3760

11

D. Pedro Arnal lo dibuxó. M. Brandi lo grabó.

1. Templo de los Paganos en Efeso.
2. Tabernaculo de Moyses.
3. Catacumbas de los Christianos.

HISTORIA
DE LOS TEMPLOS
DE LOS PAGANOS,
DE LOS JUDIOS,
Y DE LOS CHRISTIANOS:

ESCRITA EN FRANCES,
Y DEDICADA
A LA REYNA DE FRANCIA,

POR EL ABATE BALLET,
Cura Párroco de Gif, y Predicador de S. M. Christianísima.

TRADUCIDA EN CASTELLANO

POR EL MISMO QUE HA TRADUCIDO LAS INSTRUCCIONES GENERALES, EN FORMA DE CATECISMO, &c. DEL P. FRANCISCO AMADO POUGET.

TOMO PRIMERO.

CON PRIVILEGIO EN MADRID
EN LA IMPRENTA DE BENITO CANO.
MDCCLXXXIX.

HISTORIA
DE LOS TEMPLOS
DE LOS FALSOS
DE LOS INDIOS
Y DE LOS CHRISTIANOS

Á LOS ILUSTRÍSIMOS
Y REVERENDÍSIMOS
SEÑORES ARZOBISPOS
Y OBISPOS DE ESPAÑA
Y SUS DOMINIOS

Ofrece este reverente obsequio

Don Francisco Antonio de Escartin.

Á LOS ILUSTRÍSIMOS

Y REVERENDÍSIMOS

SEÑORES ARZOBISPOS

Y OBISPOS DE ESPAÑA

Y SUS DOMINIOS

Ofrece este reverente
obsequio

Don Francisco Antonio de Escarzin.

A LA REYNA.

SEÑORA:

La Historia de los Templos que tengo la honra de ofrecer á V. M. no seria digna de parecer baxo un nombre tan augusto, si solamente comprehendiese una relacion curiosa de los diversos Edificios levantados para el culto, así entre los Paganos, como entre los Christianos, ó si no atendiese mas que á

la erudicion, al estilo, y á todos los ornatos de la eloquencia; pero encierra verdades importantes á la fé y á la piedad; que es lo que me anima, y me hace esperar el que será bien recibida de V. M. Jamás ha habido Pueblos en la tierra sin religion, ni religion sin culto exterior; que es la razon por que siempre ha habido Altares y Templos en todos los siglos. El Demonio reynaba en los Templos de los Paganos; pero el verdadero Dios siempre ha sido adorado en los de los Christianos.

V. M. admirando el zelo de Constantino, de Theodosio, de Justiniano para erigir Templos al Señor, se representará con

con gozo el de nuestros gloriosos Monarcas, que han caminado sobre sus huellas. ¿Quántos suntuosos edificios? ¿Quántas sobervias basilicas en este Reyno de Francia, ricamente dotados, testifican sus reales liberalidades?

¿Quién no ha de recordarse, Señora, de la tierna piedad de las Helenas, de las Pulquerias, quando contempla á V. M. á los pies de los Altares? V. M. no está ménos recogida, ménos humillada en la presencia del verdadero Dios, que aquellas piadosas Emperatrices. La hermosura del Santuario, la pompa de las santas Ceremonias no le interesan ménos.

Por otra parte, Señora, me

anima á presentar á V. M. esta Obra, el que mis primeras producciones han tenido la gloria de salir á luz baxo vuestro amparo, y V. M. la bondad de manifestarme que leia mis últimos Sermones con satisfaccion. Dichoso yo que puedo todavía renovar el profundo respeto con que soy

De V. M.

el mas humilde, mas obediente, y mas fiel súbdito,

Ballet, *Cura Párroco de Gif.*

PRE-

PREFACIO.

Aunque el fin principal, que me he propuesto en esta obra, sea el tratar de las Iglesias de los Christianos : no obstante me ha parecido que no seria ageno de mi plan, el hablar tambien del Templo de los Judíos, y aun de aquellos que los Paganos edificáron en honor de sus falsos Dioses. En efecto, este conjunto me parece prueba claramente, que todos los diferentes pueblos de la tierra, ya sean Idólatras, ya Judíos, ya Christianos, han convenido siempre en este punto : que es necesario elevar Templos á la Divinidad, y tri-

tributarle un culto fijo y determinado.

No por esto se ha de entender, que pueda encerrarse el Ser Supremo, inmenso y soberanamente feliz en sí mismo, en estos edificios limitados y materiales, ni que consista su felicidad en el culto que le tributan sus criaturas. El Altar mas grato que se puede consagrar á la Divinidad, es el corazon: Dios habita en él con complacencia, quando es puro, y se halla desprendido de las cosas terrenas.

¿Pues quáles la razon por que edificamos Templos? Los mismos Gentiles nos la enseñan. No por contemplacion á

los

los Dioses, dice Lactancio (1), sino por contemplacion á los hombres, se edifican los Templos. El corazon del hombre, dice Séneca, es el verdadero Altar, en que Dios quiere se le honre. ¿Quién no creerá que se está oyendo hablar á un Christiano? Los Templos materiales no sirven, pues, sino para tributar á Dios con mas recogimiento el culto interior que le es debido.

Si pide á sus criaturas edificios particulares, no lo hace por aumentar su gloria: esta es infinita é incapaz de acrecen-

(1) Lib. 6. de las Instituciones Divinas cap. 5. Séneca en los Libros Morales.

centamiento, si solo por atraernos á sí por medio de algun objeto sensible, y para que alcanzemos con nuestros rendimientos, y la ingenua confesion de nuestra dependencia, sus socorros y sus gracias.

El mismo Dios explica con toda claridad este asunto, quando, mandando á Salomon que le edificase un Templo en Judea, añade: »Yo lleno con »mi presencia el Cielo y la »tierra«. En efecto, no es esto lo mismo que si le dixese: Yo no te pido un asilo para encerrar en él mi grandeza infinita: en mí se contienen todas las cosas, sin que haya cosa que pueda comprehender-

derme. Si os pido, pues, que me edifiqueis un Templo, es con el fin, de que vosotros podais congregaros en un lugar, separado de las habitaciones de los hombres: en un lugar santo, consagrado á mi culto, y á los homenages supremos que me son debidos. Yo santificaré este Templo, luego que le hubiéreis construido, escucharé vuestras súplicas, y oiré vuestros ruegos: por vosotros, no por mí, os mando hacer el Templo.

Oigamos al Apóstol San Pablo; véase como habla á los Sabios de Atenas. Se forma una idea muy grosera de la Divinidad, el que piensa que pue-

puede ser encerrada en un edificio material: aquel que ha criado el Cielo y la tierra no puede habitar, á la manera de un simple mortal en Templos, construidos por la mano de los hombres.

Pero de esta verdad no puede inferirse, que Dios no habita de un modo particular en nuestros santos Templos. Porque este grande Apóstol combatia la idea grosera de los que se imaginaban á la Divinidad de tal modo encerrada, y (por decirlo así) estrechada en los lugares santos, que no podia hallarse en ninguna otra parte.

Pero tal vez dirá alguno,

su-

supuesto que Dios se halla en todos los lugares, ¿por qué, quando queremos inclinar los fieles á respetar nuestras Iglesias, les decimos que Dios está presente en ellas? A lo que respondo con S. Agustin (1), que Dios, á la verdad, está en todas partes, y que no puede ser encerrado en ningun lugar separadamente; pero que por un efecto de su misericordia, y por acomodarse á nuestra flaqueza, ha querido, que el lugar donde nos congregamos á hacerle súplicas, se llame Casa de Dios, y Templo del Señor; por quanto

(1) En el Lib. de las qüestiones, quæst. 20.

to nos hace sentir en él su presencia de un modo particular.

Estas verdades fundamentales de nuestra santa Religion no necesitan de una explicacion mas difusa. Véase el plan de esta Obra, que divido en tres partes.

La primera, trata de los Templos de los Paganos.

La segunda, del Templo de los Judíos.

La tercera, de las Iglesias de los Christianos.

HISTORIA DE LOS TEMPLOS.

PARTE PRIMERA.

De los Templos de los Paganos.

Expondré en esta Parte primera la antigüedad de los Altares en general, y de los Templos de los Paganos, la alta idea que de unos y otros tenian formada, las predicciones de su ruina, y la época de su decadencia.

CAPITULO I.

Antigüedad de los Altares en general y de los Templos de los Paganos.

No debiendo confundirse los Altares con los Templos, dividiré este capítulo en dos artículos.

En el primero haré ver la antigüedad de los Altares, así entre los que adoraban al verdadero Dios, como entre los Paganos ó Idólatras.

En el segundo manifestaré la antigüedad de los Templos de los Paganos.

ARTICULO I.

Antigüedad de los Altares en general.

Se puede decir que los Altares son tan antiguos como el mundo, y es preciso subir hasta la creacion para hallar el orígen de ellos.

No se puede decir lo mismo de los Templos: porque pasáron muchos siglos sin que se viese levantado en la tierra ni aun uno solo, ya sea en el pueblo de Dios, ya sea entre los Paganos. La razon de esta diferencia consiste, en que el hombre podia pasar sin Templos, esto es, sin edificios suntuosos elevados en ciertos lugares; pero no podia pasar sin Altares, porque en to-

todo tiempo está obligado á tributar al Criador el culto supremo que le es debido.

Jamás ha habido pueblos sin Religion, por consiguiente jamás ha habido pueblos sin Altares: porque el culto es una secuela necesaria de la Religion.

Siendo el hombre criatura racional, le fué precisa la Religion desde el momento en que fué criado. Porque ¿cómo podia conocer á su Criador, sin confesar la dependencia que de él tenia, y sin tributarle sus respetos?

Aunque la ceguedad del hombre llegó al extremo de manera que adorase un leño ó una piedra, no por eso dexaba de tener una Religion, bien que falsa. La Religion, pues, supone necesariamente un culto exterior, no ménos entre los adoradores del verdadero Dios, que entre los adoradores de los Idolos: luego siempre hubo culto, oraciones, votos y sacrificios, por lo mis-

mo que siempre hubo Religion verdadera ó falsa.

Desde los primeros tiempos del mundo invocáron al Señor los justos, y desde el mismo tiempo se hizo adorar el Demonio por aquellos hombres que habia engañado. De suerte que el culto de los Idolos es casi tan antiguo, como el del verdadero Dios: al Demonio en todos tiempos se le han dedicado Altares del mismo modo que á Dios; y se puede decir que la época de unos y otros es tan antigua como el mundo.

Ello es cierto, dice San Agustin, que en el mundo siempre ha habido alguna Religion verdadera ó falsa. Los primeros descendientes de Adan no abandonáron el culto del verdadero Dios, sino para abrazar el de los Idolos. Luego, segun este Santo Doctor, no pueden profesar los hombres Religion alguna verdadera ó falsa, sin un culto exterior de signos, ceremonias, y sacra-

cramentos, sin unirse y congregarse para tributar los respetos debidos á la Divinidad (a).

¿Qué se debe concluir de este lugar de San Agustin? que puesto que ha habido siempre una Religion verdadera ó falsa, y un culto exterior, por consiguiente ha habido siempre Altares. De esto tenemos pruebas auténticas en la antigüedad sagrada y profana.

No bien habia salido del Arca Noe despues del Diluvio, quando levantó un Altar al Señor, y le ofreció un sacrificio (b). Este pasage prueba claramente la antigüedad de los Altares entre los que adoraban al verdadero Dios.

La

(a) In nullum nomen Religionis, seu verum, seu falsum, coagulari possunt homines, nisi aliquo signaculorum, seu sacramentorum visibili consortio colligantur. S. Agust. lib. 19. contra Faustum.

(b) Ædificavit Noe Altare Domino. Gen. c. 8. v. 20.

La Idolatría tuvo tambien los suyos desde los primeros tiempos. ¡Quántos adoraban ya los Idolos en los tiempos de Abrahan! ¡Qué extendido se hallaba ya el culto de los falsos Dioses! ¡Quántos Altares, quántos Templos campestres no habian construido ya los Paganos!

Aquí tal vez me dirán: pero Abrahan, que se llama el Padre de los Creyentes, imitó la supersticion de los Idólatras, pues es dicho expresamente en el libro del Génesis, que plantó un bosque en Bersabé, é invocó el nombre del Señor Dios eterno (c).

Imposible es que aquellos que me pongan esta objecion, no conozcan desde luego que ellos mismos me suministran la respuesta. Pero es necesario exponerla con la mayor claridad. Yo

(c) Abraham plantavit nemus in Bersabee, & invocavit ibi nomen Domini Dei æterni. Gen. c. 21. v. 33.

Yo confieso desde luego, que Abrahan se hizo un Templo campestre sobre el mismo gusto que los de los Paganos, es decir, que colocó un Altar en un bosque en el recinto de unos árboles plantados con simetría. ¿Pero qué Divinidad era la que él adoraba allí? ¿Enderezaba acaso sus súplicas, ú ofrecia sacrificios á estatuas de madera ó de piedra? Los libros sagrados nos afirman lo contrario, y dicen que en aquel lugar invocaba el nombre del Señor Dios eterno, *invocavit ibi nomen Domini Dei æterni*. Luego no se puede acusar á Abraham de idólatra.

Supongamos que los Paganos se edificasen un Templo sobre el gusto de nuestras Iglesias, y que en él adorasen á los Idolos, hechos por la mano de los hombres; ¿los mirariamos como fieles por la sola semejanza del edificio? No sin duda. ¿Pues por qué hemos de notar á Abraham de Idólatra, solo porque

adoró al verdadero Dios en un Templo semejante al de los Paganos? No es la forma exterior del Templo la que declara, si el hombre es fiel ó idólatra, sino la Divinidad que en él se adora.

El exemplo de nuestros Padres en la fé es una prueba evidente de esta verdad. Despues de la ruina del Paganismo, y las conquistas del gran Constantino, de ningun modo tratáron de destruir los Templos de los Paganos estos heroes del Christianísmo; ántes bien se contentáron con purificarlos, y despues celebráron en ellos los sagrados misterios.

Solo me resta ahora hablar de los Templos portátiles: tanto los Hebreos, como los Idólatras usáron de ellos desde los primeros siglos.

El Tabernáculo (d), dentro del qual se contenia la Arca, era el Tem-

(d) Exod. c. 25.

Templo portátil de los Hebreos. El mismo Dios habia dado la traza para su construccion. En él se comprehendian la Mesa, el Propiciatorio, el Altar de Holocaustos, el Santuario, el Santo de los Santos, las Tiendas y Lámparas, que siempre habian de estar encendidas.

El Tabernáculo no estaba fixo en ningun lugar, le transportaban y colocaban baxo de unas tiendas; y esto es lo que hizo prorrumpir á David en estas palabras, quando formó el designio de edificar un Templo al Señor. „Yo me aver-„gûenzo de habitar en un Palacio „de cedro, miéntras que la Arca „Santa habita baxo de tiendas de „campaña.„ Es pues constante que los Templos portátiles, en que se ofrecian sacrificios al verdadero Dios, se usáron ya en la antigüedad mas remota.

La antigûedad profana nos suministra tambien exemplos de los Templos portátiles de los Paganos; en

en ellos habia ciertos nichos, en donde colocaban sus Idolos, esto es, las Estatuas que representaban á sus falsos Dioses.

El Señor reprende amargamente á los Israelitas por la boca del Profeta Amos (e), que hubiesen llevado al desierto el Tabernáculo de Molok, uno de los Dioses que adoraban los Paganos, y de que le hubiesen tributado los honores y el culto que á él solo se debian.

ARTICULO II.

Antigüedad de los Templos de los Paganos.

Es cosa averiguada, como ya hemos advertido, que en el tiempo de Abrahan todavía no se habia construido ningun Templo en parte alguna de la tierra. Los adora-

do-

(e) Amos, cap. 5. v. 26.

dores del verdadero Dios, del mismo modo que los Idólatras, sólo usaban de Templos ó Altares portátiles, en los que ofrecian sacrificios, los unos á la Divinidad, y los otros á los Idolos. Pero se dió nombre de Templo al que Abraham hizo construir en Bersabé, porque era fixo y permanente: no siendo en la realidad sino un Templo rústico.

Los Griegos fuéron los primeros que edificáron Templos, y levantáron edificios suntuosos en honor de sus Dioses. Con todo no pretendo yo fixar la época del primer Templo de los Paganos, ni determinar el nombre del que le hizo construir. El orígen de estos edificios, destinados al culto público es muy antiguo, y por conseqüencia precisa muy obscuro.

Si se hallaren sabios capaces de ver la luz en este cahos de la antigüedad, y de señalar el año en que se edificó el primer Templo de

de los Paganos, y el nombre de aquel que le hizo construir; yo respetaré su talento, alabaré sus descubrimientos, ó á lo ménos no me emplearé en destruir sus conjeturas. Por ahora me limito á probar que los Templos de los Paganos son muy antiguos.

Al Demonio se habian consagrado muchos Templos sobre la tierra, y principalmente en Egipto mucho ántes que existiese el Templo de Jerusalen, que es el primero que se edificó en honor del verdadero Dios.

Así tanto en la antigua, como en la nueva Ley, quando se trata de quienes fuéron los primeros que construyéron edificios destinados al culto público, se debe decir que los adoradores de los Idolos han precedido á los Israelitas, y á los Christianos.

El Demonio que no se ocupa, sino en extender sus conquistas, en engañar á los hombres, y triunfar de ellos,

ellos, les inspiraba sin duda aquel zelo, que los inclinaba á levantar edificios suntuosos en honor de sus falsos Dioses. Este Príncipe de las tinieblas reynaba en estos Templos, y hacia que le adorasen estos pueblos ciegos.

Allí tenia sus Altares, se le ofrecian sacrificios, é immolaban víctimas; allí daba sus oráculos, los que consultaban con entera confianza, oian con sumo respeto, y con los que se conformaban rendidamente.

Allí veia con complacencia á los hombres criados para adorar á Dios, criador de Cielo y tierra, postrarse como quien suplica humildemente delante de unas estatuas que no tenian movimiento: allí los mantenia en su culto estupido, y estrechaba con sus cadenas, prescribiéndoles una Religion incapaz de refrenar las pasiones.

Los Sacerdotes mismos, aquellos Ministros impíos del culto del

del Demonio, ó estaban tan ciegos como aquellos pueblos Idólatras, ó á lo ménos se valian de su necia credulidad, para satisfacer á su avaricia y á su ambicion.

Era un acto de Religion en estos pueblos desventurados el contribuir á la construccion de los Templos, enriquecerlos, y hacer en ellos galerías magníficas: hacian consistir en esto su gloria, y aun sacaban de aquí la prueba que justificaba el culto, que tributaban á sus falsas Deidades. Y esto es lo que nos dan á entender los improperios que decian á los primeros Christianos, porque no tenian Templos.

Con efecto en los primeros siglos del Christianísmo hasta la conversion del gran Constantino, aquel piadoso y magnánimo Emperador, que dió la paz á la Iglesia, los Christianos no tenian Templos. Se juntaban para los exercicios de piedad; daban en ellos al Señor el cul-

culto que le es debido, y asistian á la celebracion de los misterios sagrados; pero esto se hacia en las casas de algunos Fieles zelosos, que les servian de Templos. Esta es la razon, porque San Pablo da el nombre de Iglesia á ciertas casas particulares.

Tambien nos enseña la historia que algunos Emperadores Gentiles concedieron á los Christianos la facultad de congregarse en ciertos lugares, ántes que imperase Constantino.

Los Paganos, como hemos dicho, se gloriaban de profesar una Religion, cuyo exercicio era libre de tener Templos, y echaban en cara á los Christianos el ser miembros de una secta proscripta, sin Templos, sin Altares, sin culto público. „Vosotros, les decian, no „teneis Templos, vuestras juntas es„tan condenadas por el gobierno, „os veis precisados á ocultaros en „lugares subterraneos, para celebrar vues-

„vuestros misterios y vuestras asam-
„bleas.„

Estas acusaciones á la verdad eran injustas, pues los Christianos se extendian y multiplicaban á pesar de las persecuciones y de la espada; pero no dexan de probar evidentemente que los Paganos tuviéron Templos mucho ántes que los Christianos.

Despues de haber demostrado la antigüedad de los Templos de los Paganos, espérase sin duda de que yo hable en particular de los que fuéron los mas famosos; y esto es lo que voy á executar, sin detenerme en una larga enumeracion, que seria bastante enfadosa.

El Templo de Cadiz, dedicado á Hércules, es uno de los mas antiguos: este era un edificio suntuoso, que se distinguia por su magnificencia, donde se admiraba toda la delicadeza del arte.

Los Templos de Diana, de Creta, de Dindymene, de Deurgne-

me-

menes, de Orco, de Neptuno Eqüestre, eran tambien muy célebres.

Rufino (f) nos pinta como un Templo sobervio el que habia en Alexandría, dedicado á Serapis, que atrahia la curiosidad y la admiracion de todos los Extrangeros. Teodosio el Grande, habiéndose apoderado de esta ciudad en el curso de sus conquistas, no quiso destruirle, ántes bien lo dió á los Christianos.

El Templo de Diana en Efeso era sin contradiccion, segun lo que refieren los Historiadores, uno de los mas hermosos y curiosos de la antigüedad (g). Para satisfacer la supuesta piedad y curiosidad de los muchos extrangeros que no podian ir á ver este edificio maravilloso, se vendian unos modelitos de él, á que llamaban pequeñas Dianas.

Es-

(f) Rufin. hist. lib. 2. c. 22.
(g) Vitruv. lib. 3. c. 12.

Esta fué la causa, porque un platero de Efeso, que ganaba mucho en la venta de estos modelos, sublevó el pueblo contra San Pablo, que predicaba contra los honores divinos que se daban en toda el Asia á Diana (h).

En fin no debemos omitir aquel famoso Templo, llamado Panteon, porque estaba consagrado á todos los Dioses. El zelo ciego de los Paganos les hacia mirar á este edificio sobervio como el asilo de todas las Deidades. Concedióle al Papa Bonifacio IV. el Emperador Phocas.

Estos son los principales Templos de

(h) Act. Apost. c. 19... Demetrius... argentarius, faciens ædes argenteas Dianæ, dixit:.. Paulus hic suadens, avertit multam turbam, dicens, quoniam non sunt Dii, qui manibus fiunt... magnæ Dianæ Templum in nihilum reputabitur, & destrui incipiet Majestas ejus, quam tota Asia, & orbis colit.

de los Paganos, que subsistiéron hasta la ruina del Gentílismo, sucedida baxo el imperio del Gran Constantino, y que habia sido anunciada por casi todos los Profetas, como verémos en el capítulo III. de esta primera parte.

No debe causarnos admiracion el ver en la antigüedad profana un número casi infinito de Templos erigidos en honor de los falsos Dioses: el Paganísmo era la Religion dominante, protegíanlo los Señores del mundo, los sabios procuraban mantenerle, y ocultaban cuidadosamente todo lo que en él habia de ridículo.

Por lo tanto era muy fácil hallar en los grandes, y en los pueblos dedicados al culto que se les predicaba, recursos para atender á los gastos necesarios. Luego que el espíritu *humano* se halla preocupado y obscurecido, el dinero en nada se estima: todos sacrifican gustosos sus bienes, para ganarse par-

tidarios, y sostener sus errores. Y ojalá Dios que no hubiesemos visto en el Christianismo mismo exemplares de estas ciegas profusiones.

CAPITULO II.

Los Paganos tenian formada alta idea de sus Templos.

La ceguedad de los Paganos nos parecerá bien digna de compasion, y de nuestras lágrimas, si fixamos un poco la atencion en los objetos miserables de su culto. En efecto ¿qué es lo que adoraban estos pueblos ciegos? estatuas mudas y sin movimiento, que léjos de poderlos socorrer, ni aun siquiera podian escucharlos: hombres manchados con los mas vergonzosos desórdenes, obscurecidos con los mas infames delitos. Vé aquí quales eran los objetos dignos de su culto.

Unas figuras de madera, de piedra, ó de plata, que habian visto fabri-

bricar en la casa del artífice, les parecian dignas de su incienso. El Sol, la Luna, y los Astros fuéron tambien objeto de su culto y de sus homenages. Los animales mas viles, y los insectos eran tenidos en ciertos pueblos por Deidades. Casi todas las cosas eran Dioses en Egipto, si se exceptua el verdadero y único Dios, criador de Cielo y tierra.

Aunque no podemos llorar dignamente la ceguedad de los Paganos, sin embargo que daban pruebas de su locura y extravagancia, elevando á la clase de Dioses unos objetos tan despreciables; con todo no podemos dexar de convenir, que la conseqüencia, que sacaban de tan ciega creencia, era legítima.

Creian que la Divinidad exîge un culto supremo de Templos, de Altares, y de Sacrificios. Su religion á la verdad era falsa, absurda y extravagante; pero exîgia de aquellos á quienes su locura habia puesto en

la clase de Dioses el que se congregasen para honrarlos con culto público y sacrificios solemnes.

Es verdad, que si se exceptuan ciertos sabios de entre ellos, todos creian que estas pretendidas Deidades necesitaban de adornos, de riquezas, y de estar metidas en un Templo portatil, ó en magníficos edificios para estar resguardadas de las injurias del tiempo. Esto era justamente en lo que consistia su ceguedad. Pero á pesar de unas ideas tan locas, discurrian con exâctitud, quando pensaban que toda Religion pide necesariamente un culto exterior, y por consiguiente Altares, Templos, y Sacrificios.

De aquí provenian, como ya hemos dicho, aquellas habitaciones solitarias, aquellos bosques consagrados, en donde se juntaban para honrar á sus Dioses, y ofrecerles sacrificios, ántes que se hubiese construido ningun Templo.

De aquí provenia aquella emula-

lacion de zelo, piedad y generosidad en levantar á los Dioses edificios soberbios, en adornarlos y enriquecerlos con todo lo mas precioso que tenian.

No se puede concebir idea mas sublime de los lugares consagrados á la Divinidad, que la que tenian los Paganos de aquellos parages, donde se juntaban para tributar culto público á sus ídolos, é implorar los socorros de sus Dioses, faltos de todo poder. La menor irreverencia se miraba como un atentado, capaz de causar las mas horribles calamidades.

Con esta persuasion se purificaban ántes de entrar en sus Templos; quando estaban dentro se postraban y se abatian delante de sus ídolos; y por la misma razon estableciéron leyes muy severas contra los que tuviesen la avilantez de faltar al respeto de estos lugares.

El Autor de la vida de Alexan-

dro Magno (i) nos ha conservado un pasage, que basta para hacernos conocer hasta qué punto de delicadeza llevâron los Paganos el respeto ácia sus Templos, y ceremonias sagradas. Sirviendo cierto dia en un Sacrificio un page de este Príncipe, y teniendo el incensario, le cayó en el brazo una brasa que le causó los mas vivos dolores. Con todo sufrió con paciencia este mal, y aunque todos los asistentes percibiéron el olor de su carne abrasada, no se le oyó ni un ay, ni ménos sacudió la brasa, temiendo que se interrumpiese el órden del Sacrificio, si dexaba caer el incensario.

Oh! si los Christianos, que adoran un solo Dios, Criador de Cielo y tierra, que confiesan abiertamente la verdad de nuestros misterios, que creen que Jesu Christo ver-

(i) Quint. Curt.

verdadero Dios y hombre está presente en nuestros Altares, se formasen la misma idea de nuestras Iglesias, y guardasen en ellas el mismo respeto, no nos veriamos entónces precisados á hacer invectivas contra las irreverencias sacrílegas, que en ella se cometen, como las harémos en la tercera parte.

Pero continuemos aclarando las grandes ideas, que los Paganos tenian de sus Templos. Xerxes, Rey de los Persas, juzgando que los Templos eran injuriosos á la Divinidad, y no acomodándose al modo de pensar de los otros Paganos, que creian podia estar encerrada en estos edificios limitados, quiso honrar á sus Dioses, y hacer conocer su sabiduría, destruyendo todos los Templos de la Grecia.

Aunque este Príncipe Pagano pensaba mejor que los demas; no por eso se debe aprobar su conducta, ni hemos de dexar de condenarla. Digo, pues, que Xerxes hi-

zo

zo mal en abusar de su poder, que se hizo temible por la rapidez de sus conquistas, haciendo quemar los Templos edificados en la Grecia. Esto se prueba con dos razones.

La primera consiste en no tener una idea justa de la Divinidad, por quanto admitia la pluralidad de Dioses. Y así pensaba tan groseramente como aquellos que creian á la Divinidad capaz de estar encerrada en el pequeño recinto de un Templo material. Este infeliz Príncipe no se aprovechó de la luz que se le habia manifestado, á cuyo favor debió reconocer la vanidad de sus ídolos. Porque, ó no hay sino un solo Dios, ó no hay alguno.

La segunda razon que me obliga á reprobar la conducta de este Príncipe, es el que neciamente condenaba el zelo de aquellos que habian edificado Templos en la Grecia, y consagrado ciertos lugares al culto religioso. Por falsa y ridícu-

la

la que ella fuese, tenian sin embargo necesidad de algunos lugares particulares para congregarse, hacer sus rendimientos, y ofrecer sacrificios á los que tenian por sus Dioses. Esto se funda en el sentimiento de San Agustin, el qual asegura, que ninguna Religion verdadera ó falsa puede exîstir sin culto exterior.

Volvamos ahora al atentado de Xerxes contra los Templos. Los Iconios, y los Griegos miráron con tanto horror esta profanacion, que dexáron á la posteridad un monumento de sus excesos sacrílegos, para ponerle á la exêcracion de todos los siglos. Penetrados del mas vivo dolor, se les representaban sus Dioses sumamente indignados de los ultrages que habian recibido, viendo sus Templos y sus Altares reducidos á cenizas.

Se juntáron, pues, á deliberar lo que convenia hacer, para perpetuar en quanto estuviese de su parte la memoria de la impiedad de es-

este Príncipe sacrílego: esta fué su resolucion. Decretáron que se pronunciasen anatemas, y estableciesen penas contra los que redificasen los Templos que Xerxes mandó abrasar (k).

De estos dos fragmentos de la historia antigua, es fácil inferir claramente que los Paganos formaban muy alto concepto de sus Templos, que los respetaban como agradables á sus Dioses, y que miraban como un atentado sacrílego el profanarlos, despreciarlos, y aun el tenerlos por inútiles. La idea que todos los pueblos concibiéron de la accion de Xerxes, es una prueba convincente de lo que vamos diciendo.

Con efecto ¿qué causa les obligaba á mantener las ruinas de estos Templos destruidos y abrasados? el respeto que ácia ellos tenian. Quisiéron que permaneciesen aquellos mo-

(k) Isocrat. in paneg.

monumentos públicos y duraderos de la impiedad de unos hombres, atrevidos y sacrílegos para con los Dioses, segun su modo de pensar. Si se hubieran dexado llevar de los movimientos de su zelo, muy pronto hubieran visto levantarse sobervios edificios sobre las ruinas de los primeros Templos; pero tambien se habria olvidado luego el crimen de aquellos, que los habian destruido: en lugar que las tristes reliquias que escapáron de los golpes y las llamas, renovaban de continuo la impiedad de Xerxes.

Si los Iconios y los Griegos no hubieran edificado despues otros Templos, su zelo por la gloria de sus Dioses ultrajados no hubiera guardado conseqüencia; pero tardáron bien poco en construir otros, igualmente magníficos que los primeros.

En donde se vé una nueva prueba de la grande idea que los Paganos tenian de sus Templos. Se sentian

tian penetrados del mas profundo respeto, sorprendidos de temor, siempre que entraban en ellos; y hacian todos sus esfuerzos para adornarlos, y enriquecerlos. Era entre ellos una obligacion indispensable el contribuir á su construccion y su ornato, y juzgaban que esta accion era una de las mas loables y gloriosas que podian hacer.

Muy léjos de tratar de sencillo y apocado el corazon de aquellos, que sacrificaban una parte de sus bienes á los gastos de los Templos, y al mantenimiento de los Sacerdotes que en ellos servian, ántes los alababan como hombres religiosos, zelosos y gratos á sus Dioses.

Confieso ingenuamente que su culto era necio, que iba mezclado en él la locura de pensar que agradaban á sus ídolos con el culto que les tributaban, y las ofrendas que les hacian. Convengo desde luego en que necesitaban estar bien ciegos, para esperar de unas es-

estatuas frias los socorros que necesitaban, como es la curacion de una enfermedad, el libertarse de un contagio, el feliz exîto de un negocio importante, el buen suceso de una guerra; pero á lo ménos obraban consiguientes. Respetaban como Dioses á los ídolos que tenian en sus Templos; luego debian creer, que les eran necesarios los Templos, y no perdonar gasto alguno en construirlos y adornarlos. Creian que estos Dioses merecian todos sus respetos; luego debian entrar en los Templos con un profundo temor. En efecto no solo debian, sino que siguiendo sus principios lo executaban tambien así.

Por el contrario ¡qué inconsequëncia se nota en la conducta de la mayor parte de los Christianos! Iluminados con las luces de la fé, saben que el verdadero Dios habita en nuestras Iglesias, que estas son sus Templos, y que en ellas nos dispensa los favores mas singu-

gulares; con todo ¿qué limosnas dan para la construccion y ornato de estos santos lugares? ¿Con qué disposicion vienen? ¿Y quál es la compostura que ellos guardan?

Pero no anticipemos una reflexîon, que tal vez parecerá estar fuera de propósito, y que tendrá lugar mas oportuno en la tercera parte de esta obra.

CAPITULO III.

La ruina de los Templos de los Paganos, anunciada por sus Oráculos, y por los Profetas inspirados de Dios.

La Religion Christiana se estableció sobre las ruinas del Paganísmo. Dexó de haber Templos, quando nosotros empezamos á edificarlos; su proteccion se acabó, quando cesáron nuestras persecuciones. Sus protectores se declaráron por nosotros, convertidos á nuestra Religion los Césares, los que hiciéron destruir los Templos erigidos por

por sus antecesores, y echáron por tierra los ídolos que les habian merecido adoracion.

Decian los Nerones y los Dioclecianos en el acaloramiento de su ira: „Destruyamos la secta de los „Christianos, no toleremos uno si„quiera en nuestro imperio: todos „aquellos que no adoren nuestros „Dioses, que rehusaren entrar con „sumision en nuestros Templos, y „ofrecer en ellos el incienso que les „es debido, sean declarados enemi„gos del Estado, y como rebeldes „á las órdenes del Emperador con„denados á la muerte; y para ello „los Gobernadores esparcidos en „las diferentes Provincias, quando „otro remedio no haya, usarán con „ellos los mas crueles suplicios; „queremos ensuma destruir en su „orígen esta secta.„

„Apoderaos, decian en sus edic„tos sangrientos, de todos los Chris„tianos que podais hallar, cargad„los de cadenas, y sepultadlos en

„los mas obscuros calabozos: dis-
„poned ruedas, potros y cadalsos:
„encended hogueras, ponedles de-
„lante de los ojos el cuchillo de-
„gollador, inventad á competencia
„tormentos lentos y crueles, mue-
„ran todos, y no quede uno siquie-
„ra, y ya que desprecian á nuestros
„Dioses, sean otras tantas víctimas
„para aplacarlos (l).„

Así se explicaban aquellos Emperadores idólatras, dice San Agustin, esperando destruir la Religion Christiana, sin saber que debia establecerse sobre las ruinas del Paganismo.

Al contrario, los Emperadores que despues abrazáron la Religion de Jesu-Christo, los Constantinos, los Teodosios, habláron un lenguage muy diferente. „Destruyamos, „de-

(l) Extinguite Christianos, tollite Christianos; nec unus remaneat. August. in Psalm. 136.

„decian, el Paganismo, proscriba-
„mos de nuestros Estados el culto
„insensato de los ídolos, hagamos
„abatir los Templos donde se ve-
„neran: la Religion Christiana, esta
„ Religion santa y divina, sea sola
„la que reyne en todos los lugares
„que nos estan sujetos, la sola que
„tenga templos y Altares, y la única
„que goce de tranquilidad en su
„culto y en sus sagradas juntas ó
„Congregaciones.„

Esta admirable mudanza, esta santa novedad, este prodigio superior á todas las fuerzas humanas, que se vió despues de trescientos años de persecuciones, quiero decir, un número quasi infinito de Templos, dedicados al verdadero Dios: todos los de los Paganos, ó destruidos, ó dados á los Chistianos para servirse de ellos, despues de purificados: el imperio tranquilo de la doctrina de Jesu-Christo sobre toda la tierra: la proteccion, la liberalidad de los Emperadores

en favor de los Christianos: todas estas grandes maravillas prueban con evidencia la divinidad de nuestra Religion sagrada, y las habian anunciado mucho tiempo ántes los Profetas, inspirados por Dios.

Antes de referir estas profecías, y de probar el cumplimiento de ellas, nos parece conveniente, y muy conforme á lo que llevamos dicho, el mostrar que la ruina de los Templos de los Paganos, y por consiguiente del Gentilísmo, estaba anunciada tambien por sus Oráculos.

El Cardenal Pedro Damian refiere un pasage histórico, con que se prueba claramente que los Oráculos de los Paganos, habian predicho el fin de su Reyno, y la destruccion de sus Templos.

Los Romanos habian edificado un Templo soberbio en honor de la Victoria. Creian que esta pretendida Diosa habia protegido tanto sus armas, que no podian ménos de manifestarle su reconocimiento.

To-

Todas las provincias que habian subyugado, todas las naciones que habian sometido á su imperio, testificaban que la Victoria les habia acompañado y protegido en todas las batallas, y que habia estado siempre como alistada baxo sus banderas; por tanto se creian obligados á erigirle un Templo y Altares, para darle señales de su reconocimiento.

Estos pretendidos sabios llevados de la curiosidad de saber lo futuro, y con la esperanza de averiguar la duracion de este famoso Templo, que habian edificado por medio de sus Oráculos, los que consultados, diéron esta respuesta: „Es„te Templo exîstirá hasta que pára „una Vírgen. „

Los vencedores del Universo hiciéron construir otro Templo mucho mas magnífico, que el de que acabamos de hablar, dándole el nombre de eterno. No obstante, sus esperanzas se desvaneciéron, se arruinó al nacer Jesu-Christo, época

en que cesáron todos los Oráculos, y empezando á bambalear el Paganismo, conoció que estaba próxîma su ruina (m).

Bien puede cada uno opinar como quisiere acerca de los Oráculos del Gentilismo; lo cierto es, que ellos mismos diéron estas respuestas. Todas las predicciones de las Sibylas, y de todos los demás Oráculos no fuéron imaginadas ni inventadas por los Christianos: en las obras de los Paganos mismos es donde las hallamos. Los Santos Doctores se valiéron de ellas en los primeros siglos, para probar que el Mesias habia nacido de una Vírgen, y es bien seguro, que no se hubieran atrevido á citarlas, si hubieran conocido que podian ser desmentidos por los Paganos.

¿Por qué no podria Dios permi-

(m) Cardin. Petrus Damian. Serm. in nativit. Salvator.

mitir que los Oráculos de los Idólatras les anunciasen la decadencia del Paganísmo, y la ruina de sus Templos? ¿Acaso no puede en la manera que le pluguiere manifestar su voluntad?

El Demonio ciertamente es incapaz de preveer lo futuro, pero Dios puede revelárselo, y aun servirse de él como instrumento para revelarlo á los hombres.

Aunque este espíritu de mentira sea enemigo de toda verdad, no por eso dexa de decirla algunas veces, con el fin de seducir ó turbar la quietud de los hombres. Quándo se transformó en Angel de luz, y citó la Escritura á Jesu-Christo en el desierto, ¿no hablaba verdad?

Balaan era un falso Profeta, y no obstante anunció el nacimiento del Mesias con la alusion de una estrella que salia de la casa de Jacob (n)

(n) Lib. Numer. c. 24.

No debemos, pues, admirar el que los Oráculos de los Paganos hayan anunciado la ruina del Paganismo, y la destruccion de sus Templos.

Pasemos ahora á las predicciones de los Profetas, inspirados por Dios, y hallarémos en ellas este asunto mucho mas circunstanciado. En ellas vemos no solo la ruina de la idolatría, anunciada muchos siglos ántes que sucediese, sino tambien el nacimiento, los progresos, las victorias, y la duracion de la Religion Christiana. ¿Quién podrá con pruebas tan evidentes dudar de su divinidad y preeminencia sobre todas las demás Religiones del Universo?

Todo lo que sucedió al tiempo de la conversion del Emperador Constantino, está pintado con la mayor exâctitud, y con unos rasgos de luz capaces de disipar las mas espesas tinieblas. Yo me atrevo á hablar ó escribir con toda esta seguri-

ridad : si en el Siglo desgraciado en que vivimos, se halla tan poca fé, si merece tan poco aprecio nuestra Religion santa, es porque ó no se conocen, ó no se quieren conocer las altas causas, que obligáron á mirarla como la obra del Altísimo. Vamos á las pruebas.

Véase como los Profetas anuncian los progresos maravillosos de la doctrina de Jesu-Christo: „La „Judea, ni una provincia, ni un „imperio serán ellos solos bastantes „para contener el número de mis „discípulos: los Gentiles y los Ju„díos no constituirán sino un solo „pueblo: aniquilad el Paganísmo, „para que el Christianísmo se le„vante sobre sus ruinas: destruid „los Templos: derribad los Altares: „haced pedazos los ídolos, y sobre „las ruinas de sus Templos destrui„dos, sus Altares derribados, y sus „ídolos despedazados, se edifiquen „Templos al verdadero Dios, le„vántense Altares, para ofrecer en „ellos

„ellos el sacrificio del Cordero sin „mancha, que brille en ellos la „Cruz, y eríjanse trofeos á la san„tidad, y á la fé de los Mártires. „Todo el Universo entero es es„trecha habitacion para los pueblos „que han abrazado el Evangelio, „que se predicará en toda la tier„ra y á todas las naciones (o).„

Los Profetas tambien anuncian claramente la ruina del Paganísmo, con aquellas palabras que no pueden tener otra interpretacion: „El „Señor que es eterno y todo po„deroso, hará cesar el culto abo„minable, que se tributa á los fal„sos ídolos. Todos estos Dioses que „los hombres ciegos se han forma„do, serán destruidos, no restará „ninguno en la tierra. En vano los „Emperadores les hacen construir „Templos magníficos: en vano po„nen

(o) Angustus est mihi locus, fac spatium mihi, ut habitem. Isaiæ. c. 49.

„nen su confianza en esas falsas Dei-
„dades: yo no dexaré uno solo:
„todos serán aniquilados (p): el
„hombre mismo, ántes idólatra, re-
„conocerá su error, y destruirá
„con sus propias manos esas esta-
„tuas de oro y de plata, que se ha-
„bia fabricado, y á quien tributa-
„ba sus homenages (q). Está seña-
„lada en mis decretos, no solo la
„destruccion de los ídolos del pa-
„ganismo, sino tambien el dia mis-
„mo en que serán destruidos y ani-
„quilados (r).

Los Profetas no se limitan á estas predicciones: anuncian igualmente en términos muy claros la conversion de los Señores del mundo, de aquellos Emperadores, de aquellos Gran-

(p) Attenuabitur Dominus omnes Deos terræ. Sophon. c. 2.

(q) Projiciet homo Idola argenti sui, & simulacra auri sui, quæ fecerat sibi, ut adoraret. Isai. c. 2.

(r) In illa die idola penitùs conterentur. Isai. c. 2.

Grandes, que abrazáron el Evangelio, y se declaráron protectores de la Iglesia. Nos los pintan avergonzados de haber imitado á sus Padres en sus extravíos, y de haber adorado, como ellos, á los Dioses de madera y de piedra. Esto es lo que nos enseñan aquellas palabras: „Los ojos altivos serán hu„millados, la grandeza de los hom„bres será abatida, y solo el Se„ñor exâltado en aquel dia (s).„

El cumplimiento de esta Profecía se vió verificada luego que comenzáron los Apóstoles á predicar el santo Evangelio, y mas particularmente en la conversion del Emperador Constantino. Entónces abrazáron el christianísmo los mas sabios Filósofos, los mayores ingenios, que habian sido como los de-

(s) Oculi sublimes humiliati sunt, & incurvabitur altitudo virorum: exaltabitur autem Deus solus in die illa. Isai. c. 2. v. 11.

demas, esclavos del error, y sujetáron sus conocimientos y sus luces á las divinas tinieblas de nuestros misterios y á la santa locura de la Cruz.

Los Justinos, los Ciprianos, los Arnobios abandonáron el Paganísmo, por abrazar la Religion de Jesu-Christo. Aquellos ingenios sublimes, de que se habla figuradamente en el Evangelio, llamándolos pájaros del Cielo, viniéron á descansar á la sombra del árbol magestuoso, que cubre con sus ramas toda la tierra, esto es, el seno de la Iglesia, que se habia levantado sobre las ruinas del Paganísmo.

Se viéron Príncipes los mas poderosos, humildemente postrados al pie de la Cruz, quando el Gran Constantino hizo poner sobre su diadema esta señal de nuestra salud, y la colocó en sus estandartes. No se contentó su piedad con haberse sometido á nuestra santa Religion, sino que vino á ser su

mas

mas firme apoyo y su protector el mas zeloso.

¿Habrá alguno por obcecado que esté, que no conozca la prediccion de esta mudanza maravillosa en aquellas palabras de Isaías? „Los „Reyes serán los que os alimenta„rán; se postrarán delante de vo„sotros para adoraros, y besarán el polvo de vuestros pies (t).„

Convengo desde luego en que el Profeta habla de Jesu-Christo, de su doctrina, y de su Iglesia, fiel depositaria de ella; pero como sabemos que todos los Reyes y Emperadores de la tierra estaban sumergidos en la idolatría, quando Jesu-Christo vino al mundo, los protectores que, segun su profecía, tendría la Iglesia, son con efecto los Príncipes Paganos, que abjurá-

(t) Erunt Reges nutritii tui . . . vultu in terram demisso, adorabunt te, pulverem pedum tuorum lingent. Isai. c. 49. v. 23.

ráron la idolatría para someterse al yugo de la fé, ó por mejor decir entrar en la dichosa libertad de hijos de Dios.

Comenzó, pues, á cumplirse esta profecía en el nacimiento del Salvador, quando los Sabios, que en el Evangelio se llamaban Reyes, renunciáron el culto de los ídolos, y viniéron desde el centro del oriente á Belen para adorarle, y ofrecerle presentes. Pero quando tuvo mas particularmente su cumplimiento, fué en la conversion de Constantino, como llevo dicho, y quando los Reyes y Príncipes de la tierra, que hasta entónces habian perseguido á los Christianos, se hiciéron sus mas zelosos defensores.

El Christianismo, sostenido por una proteccion tan poderosa, empezó á reynar en toda la tierrra: los Christianos celebráron con tranquilidad sus asambleas, y exerciéron libremente las ceremonias de nuestra santa Religion.

Los

Los Césares hechos discípulos de la Cruz los protegian; ya no habia tyranos á quienes pudiesen temer: hubiera sido completa su felicidad, si no hubieran tenido hereges que combatir.

El Paganísmo habia empezado á caer desde que el Christianísmo empezó á establecerse; pero su ruina fué universal, quando triunfó el Evangelio.

CAPITULO IV.

Zelo del Emperador Teodosio en destruir los Templos de los Paganos.

Aunque el objeto de este capítulo sea solo tratar del zelo que manifestó el Emperador Teodosio en destruir los Templos de los Paganos; creo no se me reprehenderá, si refiero en pocas palabras la historia de un Príncipe tan grande, y tan digno de aprecio por todas sus qualidades. Así pido al Lector me perdone esta digresion. Por

Porque ¿cómo podiamos hacer mencion de Teodosio, sin renovar á los lectores la memoria de tantas virtudes, como le hiciéron apreciable á la Religion, y todas las prendas maravillosas que concurriéron en él, para hacerle un gran Príncipe, un Católico sincéro, un Protector de la Iglesia, un penitente, un Santo?

Teodosio fué asociado al imperio por Graciano. Dios que le destinaba para esta dignidad suprema, y para hacer la felicidad de su Iglesia, le anunció en una vision la corona imperial que habia de ceñir sus sienes tan gloriosamente. Teodoreto y Socrates, historiadores eclesiásticos, refieren de este modo la vision (u).

„San Melecio, Obispo de An„tioquía, se apareció en un sueño „á

(u) Theodoret. hist. lib. 5. c. 6. Socrat. lib. 5. c. 8.

„á Teodosio, y le cubrió con un „manto imperial. Tuvo esta vision „ántes que Graciano le hubiese aso„ciado al imperio, y este santo Pre„lado fué como el Profeta de su „elevacion futura.„

El exîto justificó la realidad de esta aparicion. Parece que Dios por un efecto de su misericordia quiso anunciar á Teodosio, que le habia elegido para propagar la fé católica, destruir la idolatría, extirpar las heregías, y consolar á la Iglesia.

Véase aquí un acontecimiento singular, que prueba igualmente la aparicion de que vamos hablando. Este Príncipe zeloso habia Congregado en Constantinopla un Concilio con la aprobacion del Papa Dámaso, para sosegar las turbaciones de la Iglesia y reunir, si posible fuese, en el seno de esta madre afligida los Arrianos, los Macedonios, y todos los demás hereges.

Partió Teodosio al Concilio, y ha-

habiendo entrado en esta sagrada asamblea, que se componia de los mas grandes Obispos, y de las mas resplandecientes lumbreras de la Iglesia, se llenó de admiracion, luego que advirtió estaba allí el piadoso Prelado, que en sueños le habia vestido el manto imperial. Le reconoció, sin que nadie le dixese quien era, se levantó, y fué á abrazarle con veneracion.

Andando el tiempo, cayó enfermo en Tesalonica, y fué bautizado por Arcolo, Arzobispo de esta ciudad, Prelado de santidad eminente, y que estaba muy sinceramente unido á la doctrina de la Iglesia.

Luego que recuperó la salud, trató con este grande Arzobispo de los medios mas convenientes, para que la Religion floreciese, y despues de estas conferencias fué quando publicó aquel famoso edicto, que tanto atemorizó el partido de los Arrianos, y fué para ellos un golpe mortal.

En este edicto, que mandó publicar por todo el imperio, ordenaba á todos sus vasallos que siguiesen la fé de la Iglesia Romana, que enseñaba el Papa Dámaso, y el Arzobispo de Alexandría.

¿Qué miedo no debian concebir los hereges, que entónces turbaban la Iglesia, de un Emperador tan zeloso y sumiso á la santa Sede? Si habian podido sorprender á otros Príncipes, si habian extendido hasta entónces sus Iglesias, y aun logrado que se les diesen las de los Católicos, veian que baxo de Teodosio la espada del imperio se unia con la espada espiritual, para contener los progresos de su perniciosa doctrina.

Publicó Teodosio otro edicto, en que mandaba á los hereges restituyesen á los Católicos todas las Iglesias de que se habian apoderado. Esto era propiamente servirse de la autoridad que Dios le habia confiado, y obedecerle humildemente,

te, conformándose con sus intenciones: porque como hubiera podido cumplir las obligaciones de un Príncipe Católico, si se hubiera mantenido tranquilo y en inaccion, miéntras que la Iglesia se veia agitada de las mas violentas tempestades.

No dexó Dios de recompensar aun en esta vida el zelo de este grande Emperador. La victoria parecia adicta á sus banderas, triunfando de sus mas poderosos enemigos: que esa es la ganancia de los Príncipes que sirven á Dios, y toman por su cuenta el defender sus intereses; de lo que tenemos excelentes pruebas en la sagrada Historia.

El tirano Eugenio experimentó por sí mismo lo que puede un Príncipe protegido por el Cielo, y sujeto á la voluntad de Dios. En vano confiaba en el número y ardor de sus tropas, en vano les prometia, para animarlos al combate contra Teodosio, y restablecer

el Altar de la victoria. No dexaba de ser este un excelente medio para animar las tropas paganas ; pero ¡ quán débil era contra un exército sostenido por la proteccion del Cielo , que combatia baxo el estandarte de la Cruz ! ¿ Qué auxîlios no halló el exército de nuestro Emperador en un Príncipe Christiano y temeroso de Dios ? ¿ En un Príncipe que se disponia para la guerra con las oraciones , los ayunos, y visitas de los pobres ? Eugenio fué derrotado , y Teodosio quedó vencedor.

En esta ocasion brilló sobremanera la confianza que la fé inspiraba á Teodosio , á quien al ver sus oficiales que la victoria estuvo algun tiempo inclinada en favor de Eugenio , le aconsejáron que ordenase la retirada. ¿ Y qué respuesta os parece que dió en una circunstancia tan crítica ?

„No es justo , dixo , que la Cruz „que marcha delante de mis legio-

„nes,

„nes, retroceda á la vista del ído-
„lo de Hércules, que lleva Euge-
„nio á la frente de sus tropas.

¿Se podria imaginar una respues-
ta mas excelente, mas noble, mas
christiana, ni mas digna de estar
gravada en el corazon de todos los
hombres? ¿No se conoce claramen-
te que fué dictada por una fé viva,
y una entera confianza en la pro-
teccion del Dios de los exércitos?

A todas las demas virtudes, que
adornaban su alma, juntaba Teo-
dosio un fondo inagotable de cle-
mencia. Su corazon fué penetrado
del mas vivo dolor, quando le di-
xéron que los Autores de una con-
juracion, tramada contra su vida,
habian sido descubiertos, encarce-
lados, y condenados á muerte, que
iban á pagar su atentado en el últi-
mo suplicio.

„Que vayan al instante, dixo
„este Emperador lleno de bondad,
„y les digan, que yo les perdono,
„que pueden retirarse á donde qui-

„sieren, sin temor de que los in-
„quieten.„

No era su insensibilidad ó su debilidad la que le hacia obrar de este modo, sino la clemencia christiana, que le inspiraba la caridad Evangélica. El hecho siguiente nos convencerá de esta verdad.

Obligado de las urgentes necesidades del Estado, impuso este piadoso Emperador á sus pueblos un nuevo tributo, que anunció en todo su imperio. Quando se publicó en la Ciudad de Antioquía, todos sus habitantes se viéron en la mayor consternacion. Una tropa de sediciosos, hombres sin religion ni fidelidad, puesto que rehusaban pagar el tributo al César, segun el precepto de Dios, y pagar los impuestos á una Magestad de la tierra, que tenia derecho para exîgirlos, segun enseña San Pablo, y á la que no se podrian negar sin pecado: una tropa, repito, de sediciosos sublevó el pueblo, y excitó una rebelion

lion general en toda la Ciudad. Entónces se dexáron ver todos aquellos excesos á que arrebata ordinariamente el furor de un populacho, animado de hombres sediciosos.

Habiéndose juntado tumultuariamente estos infelices, se esparciéron despues por todos los quarteles de Antioquía, y descargáron su ira sobre lo que debian mirar con mayor respeto. Despedazáron las imagenes y las estatuas del Emperador, las de sus hijos, Arcadio y Honorio, y las de la Emperatriz Flaccila, las que arrastráron por la Ciudad, haciendo en ellas toda suerte de insultos y de ultrages.

Esta rebelion ignominiosa era un crimen atroz, que merecia se castigase con el mayor rigor: porque siendo los Reyes segundas Magestades, todo aquel que los ultraja debe ser castigado con la mayor severidad. Por lo que irritado el Emperador resolvió en los primeros movimientos de la ira acabar con to-

todos los habitadores de Antioquía, y reducir á cenizas la Ciudad.

El Gobierno habia ya comenzado á hacer por órden del Príncipe las informaciones jurídicas; y hallándose, segun ellas, que los principales de la Ciudad eran los mas culpados; cargados de cadenas, y encerrados en prisiones, esperaban la respuesta y sentencia del Emperador. En vano las mugeres, y las madres se echaban á los pies de los Jueces, para ablandarlos en favor de sus maridos y sus hijos delinqüentes. Pero como la ofensa se habia hecho contra la persona del Emperador, él solo podia perdonarla.

Flaviano, Obispo de Antioquía, tomó á su cargo el solicitar esta gracia, á cuyo fin partió á Constantinopla á verse con Teodosio. Era Flaviano un Prelado recomendable por su santidad, su sabiduría, su zelo, y sus trabajos por la fé. Teodosio le miraba con vene-

ra-

racion, y aquellos infelices no podian tener un intercesor mas poderoso para con él.

En efecto este santo Obispo habló al Emperador con tanta energía, que le movió á compasion, y le hizo derramar lágrimas. Teodosio enternecido le otorgó la gracia que pedia, y perdonó á los culpados.

¡Oh de quánta gloria es á un Príncipe christiano usar de clemencia con los desgraciados, que se postran á sus pies, y se arrepienten de sus delitos! Entónces es quando, por así decir, cesa de ser hombre para no dexar ver otra cosa que lo de christiano.

Fué, pues, la respuesta que dió el piadoso Emperador á Flaviano: „Nada tiene de estraño el que no„sotros perdonemos á los demás „hombres, siendo hombres como „ellos; lo que si debe causarnos „admiracion, es el que Dios se hi„ciese hombre por nosotros, y el „que rogase por sus enemigos, y

„aun

„aun por aquellos que acababan de „crucificarlo.„ La fé de este Príncipe es la que habla, su caridad es la que perdona.

Este rasgo de clemencia por parte de Teodosio le grangeó los corazones de todos los habitantes de Antioquía, los obligó á adherirse mas estrechamente á su servicio, y añadió al respeto que le tenian los sentimientos del mas vivo reconocimiento. Celebráron esta accion con fuegos y regocijos públicos, y aquella alegría general fué el triunfo de la clemencia y de la caridad.

Teodosio á pesar de la dulzura, que le inspiraba nuestra Religion santa, no dexó de cometer un exceso de crueldad, que no queremos disimular; pero lo expió con la docilidad con que se sujetó á la penitencia pública que le impuso San Ambrosio.

En el año de 389. los habitantes de la Ciudad de Tesalónica pasáron á cuchillo á algunos oficiales del

del Emperador, y tambien uno de sus Tenientes Generales. Teodosio irritado con esta accion, se dexó llevar de los primeros ímpetus de su ira, y entregó esta Ciudad al furor de los soldados, que pasáron á cuchillo siete mil de sus habitantes.

Algun tiempo despues, viniendo el Emperador á la Iglesia, San Ambrosio, que era Arzobispo en ella, le esperó á las puertas, le reprehendió su crueldad con valentía verdaderamente Episcopal, y le prohibió la entrada. Entónces este Príncipe, sorprendido con semejante prohibicion, alegó el exemplo de David, á quien Dios perdonó, no obstante que habia cometido dos grandes crímenes. „Pues supuesto „que le habeis imitado en sus ex„cesos, replicó el Santo Prelado, imi„tadle igualmente en su penitencia.„

Esta respuesta llena de generosidad, fué un golpe mortal para el Emperador, en quien causó tal sensacion, que consternado, se some-

metió sin dilacion, y con humildad á la penitencia pública, qual si fuera un simple particular. Los Grandes no se deben avergonzar de someterse á los Ministros del Señor en todo lo que concierne á lo espiritual: obedecer á éstos es lo mismo, que obedecer al mismo Dios, cuyas veces hacen en la tierra.

La fortaleza de San Ambrosio es digna justamente de nuestros elogios; pero lo que sobre todo merece nuestra admiracion, es la docilidad del Emperador. Supo respetar la voz de Dios en la de su Arzobispo, se sometió gustoso á la penitencia pública, y no se avergonzó de ocultar baxo el silicio toda la pompa imperial. Al considerarle en este hábito, me parece mucho mas grande que en los dias de sus victorias, porque entónces triunfaba de los demás, y en esta ocasion triunfaba de sí mismo.

En todo lo que llevamos dicho, se echa de ver fácilmente, la piedad,

dad, el valor, la clemencia y la penitencia de nuestro Grande Emperador. Veamos ahora su zelo en destruir la idolatría y sus Templos.

Jamás Príncipe alguno christiano vió con mas dolor el que los Paganos tuviesen Templos, ni jamás Príncipe alguno empleó con mas zelo su autoridad en destruirlos. Aunque el Christianísmo estaba muy floreciente desde los tiempos de Constantino, y en todas partes tenia Templos; la idolatría todavía tenia muchos mas, y San Gerónimo asegura que á pesar del zelo de Teodosio, permanecian en muchas ciudades del oriente Templos dedicados á los ídolos (x).

Por lo demás, si este Príncipe no logró destruir enteramente los Templos de los Paganos, lo que no fué por falta de zelo, á lo ménos hizo destruir un grande número de ellos.

(x) S. Hieron. de locis hæbraicis.

ellos. Libanio, autor de aquellos tiempos, se lamenta de que los arruinaban con furor. A la verdad no podia servir á un Pagano de mucho gusto el ver que fielmente se executaban las piadosas órdenes del Emperador.

Entre todos los Templos de los Paganos, que entónces fuéron arruinados, hubo uno tan grande como una ciudad, segun lo refiere la historia, y que era comparable al famoso de Serapis en Alexandría.

Me parece que debo prevenir una objecion ántes de poner fin á esta primera parte. Se me dirá que Constantino y Justiniano trabajáron del mismo modo que Teodosio en destruir los Templos de los Paganos. Convengo en esto. Pues ¿por qué se ha de atribuir particularmente su destruccion á este Emperador? Por la razon de haber arruinado mayor número que el de los otros Emperadores.

HISTORIA DE LOS TEMPLOS.

SEGUNDA PARTE.

De los Templos de los Judíos en Jerusalen.

Los Judíos ó Israelitas tuviéron sucesivamente dos Templos en Jerusalen, edificados en honor del verdadero Dios. El primero lo edificó Salomon, y el segundo Zorobabel. Distinguirélos con respecto á lo que era particular á cada uno de ellos; y los uniré en lo que al uno y al otro fuese comun.

CAPITULO I.

Del primer Templo de Jerusalen, edificado por Salomon.

El primer Templo de los Judíos lo edificó en Jerusalen de Judea Salomon, hijo de David. Dios le habia pedido mucho tiempo ántes, y habia hablado de él por boca de los Profetas.

Este Templo fué muy celebrado: era la gloria de los Judíos, y la admiracion de los extrangeros: la hermosura de este edificio, las riquezas que contenia, moviéron aun á los Paganos á visitarlo, y á mirarlo con veneracion, como dirémos mas adelante.

El Señor habia elegido el lugar en que se edificó; habitaba en él con complacencia, y lo habia distinguido con favores y gracias singulares. Sin embargo este santo asilo dexó de serlo para los Judíos; quan-

quando delinquiéron ; Dios hizo ver á este pueblo ingrato, que vanamente confiaba en su santo Templo, todas las veces que abandonaba el verdadero culto.

Y así experimentó los mas crueles contratiempos, y fué entregado á la rapiña feroz de los enemigos del verdadero Dios. Muchas veces se vió profanado por Príncipes impíos, y purificado por Príncipes virtuosos. Muchas veces fué robado y saqueado, y muchas veces se reparáron sus ruinas con mucha magnificencia. Los Judíos en fin llegáron al colmo de su prevaricacion, y Dios en su ira les quitó este Templo, que era la gloria de la nacion.

Nuestro fin por ahora es dar una idea de todos los diferentes sucesos, que pertenecen á este famoso Templo. La historia me los subministra, y bastará compendiarlos.

Pero en un asunto de tanta extension trataráse sumariamente del lugar en que se construyó este cé-

lebre edificio ; de los preparativos que hiciéron David y Salomon ; las riquezas que en él se empleáron; los Reyes que lo profanáron, robáron y destruyéron ; de los Príncipes que lo purificáron , y restituyéron á su primer esplendor. Yo no haré mas que referir lo que dice la historia sagrada.

Señaló Dios con prodigios admirables el lugar, en que queria se levantase este primer Templo, consagrado á su culto : esta es la razon, porque expresamente dice en la Escritura. „Yo he elegido este „lugar (y).„

Aunque la gloria de edificar un Templo al Señor se reservó á Salomon ; con todo David fué á quien Dios hizo saber por medio de un milagro el lugar, donde queria se construyese este Templo que pedia. Este Príncipe por su zelo y por su amor

(y) Elegi locum istum. lib. 2. Paralip. c. 7.

amor á la gloria de Dios, mereció entrar á la parte de la gloria con su hijo, y saber del mismo Señor el lugar, donde debia construirse este Templo. Ved aquí el prodigio que Dios obró, para hacerle conocer su voluntad.

Este Santo Rey habia comprado el terreno que pertenecia á Ornan, con el designio de consagrar este lugar al culto del Señor, y de sacrificar en él víctimas que le fuesen agradables. Hizo pues erigir un Altar en el campo de Ornan, y en él ofreció un Sacrificio. Al tiempo de hacerlo conoció David por medio de un estupendo milagro, que era aquel el lugar, donde debian echarse los fundamentos del Templo, que pedia en la Judea.

Para manifestar que este era el lugar que elegia, baxó un fuego del Cielo sobre el Altar, y consumió el holocausto: con cuyo glorioso espectáculo, arrebatado de la admiracion David, exclamó:

Esta es la casa del Señor (z).

San Agustin dice que el lugar, en que el Patriarca Jacob vió la escala misteriosa, es el mismo de que hablamos, y en donde se edificó en adelante el famoso Templo de los Judíos. Para probarlo refiere aquellas palabras, que dixo Jacob en su rapto maravilloso. „¡Qué terrible es este lugar! No es „otra cosa que la casa del Señor, „y la puerta del Cielo (a).„

Las quales palabras mira este Santo Doctor como el Oráculo de un Profeta, inspirado por Dios, que anuncia que el primer Templo de los Israelitas seria construido en este mismo lugar (b) Al-

(z) Hæc est Domus Dei. lib. 1. Paralip. c. 22. v. 1.

(a) Quam terribilis est locus iste! non est hîc aliud, nisi domus Dei, est porta Cœli. Gen. c. 28. v. 17.

(b) Prophetia est. . . quia in illo loco futura erat domus Dei. S. August. lib. 1. quæst. super Gen. quæst. 85.

Algun crítico hábil refutará quizas este sentimiento de San Agustin : yo no intentaré responderle, ni es mi ánimo entrar en este género de controversias. Me contento con haber probado por la Escritura que el mismo Dios señaló el lugar donde queria, que los Israelitas le edificasen Templo.

Todavía se puede traer otra prueba que me parece convincente. En todos los proyectos de David, y los preparativos que hacia Salomon para la construccion del Templo, no vemos que se delibere ni aun una vez, sobre qual debia ser la porcion de tierra, que se separase de los usos profanos, para consagrarla únicamente al culto del verdadero Dios. Estaba pues elegido, señalado y demarcado el lugar.

Por lo que asegurado Salomon del sitio donde debia edificar el Templo, no pensó mas que en executar las órdenes del Señor ; y hacer magníficos preparativos ; los que

tambien habia hecho David, aunque sabia que la execucion de este santo edificio estaba reservada para su hijo.

Y reconociendo este religioso Príncipe que le iban faltando las fuerzas, y que se acercaba el término dichoso de sus dias, juntó á los grandes de su Corte, les rogó encarecidamente ayudasen en la construccion del Templo á Salomon, que habia de subir á su trono, y encargó á este jóven Príncipe, que iba á sucederle, executase con zelo y con amor las órdenes del Señor.

David dexó á Salomon todos los materiales y todas las riquezas, que habia podido acopiar: le señaló el lugar donde habia de levantarse este célebre edificio, y le trazó una especie de plan de todas sus diferentes partes; le designó igualmente el número de Levitas, Cantores y Porteros (c). Que es la parte que cupo á

(c) Lib. 1. Paralip. c. 28. & 29.

á David en la construccion del famoso Templo de Jerusalen.

Luego que Salomon subió al trono, dió principio á la execucion de este vasto proyecto. Se hallaba entónces como inundado de la Sabiduría divina; su zelo por la gloria de Dios era ardiente: su piedad tierna, por lo que empleó todos aquellos medios que le suministraba un reyno poderoso y opulento. Con este fin escribió al Rey de Tiro para tener maderas preciosas.

Es cosa maravillosa, y digna de admiracion, el ver en la Escritura la multitud de obreros, y sobrestantes que se empleáron en esta obra (d): el órden tan admirable que se observaba en el trabajo, y los

(d) Se ocupáron ochenta mil hombres en sacar y labrar la piedra; setenta mil en trasportar lo que era necesario conducir, y tres mil y trescientos inspectores. L. 3. Reg. cap. 3.

los inmensos gastos que se hiciéron. Como Salomon era mas rico que sus antipasados, y la sabiduría acompañada del amor al verdadero culto, reynaba todavía en su corazon, no se debe extrañar que hubiese construido un edificio, que era la admiracion del universo.

Dexóse, pues, ver en la Judea este Templo, que obscurecia la gloria de todos los de los Paganos, por la delicadeza del arte, el gusto de la arquitectura, sus ricas columnas, sus soberbios pórticos, y la suntuosidad de su adorno. Dios lo vió tambien con complacencia, manifestó en èl su poder, prometiendo que en él dispensaria con pródiga mano los favores mas señalados.

No obstante, para castigar la prevaricacion de los Judíos ingratos, permitió el Señor que despues este Templo, que habia sido sus delicias, fuese profanado por hombres sacrílegos.

La

La Escritura nos enseña que su gloria se obscureció, que el Santuario fué manchado con las abominaciones de los incircuncisos, el Altar echado por tierra, los tesoros robados, y violentadas las puertas.

Se viéron á la verdad Reyes llenos de piedad y zelo, que derramáron lágrimas sobre las ruinas del Templo, que las reparáron restituyéndole por algun tiempo su gloria y explendor; pero aumentándose mas cada dia los pecados de los Judíos, los priváron al fin del Templo.

Comenzaré á dar una idea de las profanaciones que muchos de los Reyes impíos, y enemigos del verdadero culto cometiéron.

Acaz fué uno de los que se señaláron mas por su idolatría, porque llenó de ídolos todos los lugares de su reyno, é hizo levantar en todas partes Altares, para sacrificar á los Dioses de las naciones

nes. Y aunque Dios habia castigado su impiedad, sujetándole á la dominacion del Rey de Siria; con todo desde el punto en que se vió libre, volvió á ellas. Entónces manifestó el aborrecimiento que profesaba á los Hebreos, porque habiendo entrado en el Templo, hizo pedazos los vasos, cerró las puertas, é hizo levantar en varios parages de Jerusalen Altares, para ofrecer en ellos sacrificios á los Demonios (e).

Fuè aun mucho mas furiosa la tempestad que vino á descargar sobre Jerusalen, y el lugar sagrado. Nabucodonosor acometió á esta Ciudad, la tomó, se apoderó de los tesoros del Templo, y los mandó transportar á Babilonia, quemó la casa del Señor, y todo lo que en ella habia mas precioso (f).

Ma-

(e) Lib. 2. Paralip. c. 28.
(f) Lib. 2. Paralip. c. 36.

Manasés tuvo la desgracia de seguir por algun tiempo las huellas de aquellos Reyes impíos y sacrílegos: porque mandó construir un Altar que consagró á los Astros (g). El que habiendo pasado desde el trono á un lóbrego calabozo, reconoció su impiedad, la detestó é hizo penitencia. Su pecado no obstante subsistió mucho tiempo despues de él. Porque aunque este penitente Príncipe lloró los errores en que habia caido, no por eso dexáron de continuarlos sus sucesores. ¡Oh que funestas consequências traen consigo los exemplos de los Grandes! Porque aunque se arrepientan de su conducta escandalosa, dexan siempre muchos imitadores de su irreligion, y muy pocos de su penitencia.

Sin embargo habia muchos Israelitas piadosos, á quienes la deso-

(g) Lib. 2. Paralip. c. 33.

solacion del Templo tenia sumergidos en un mar de amargura. Regaban con lágrimas sus tristes ruinas, y suspiraban sin cesar, al ver interrumpidas las sagradas solemnidades, miraban no sin razon el Templo, como una prenda del amor de su Dios; sabian que le habia pedido; y que habia ofrecido que resplandecerian en él sus misericordias. ¿Pues cómo podrian dexar de afligirse al considerar sus ruinas, y al ver adorado al Demonio sobre sus Altares? Así que estos virtuosos Israelitas nunca pudiéron hallar el menor consuelo, hasta que llegáron algunos Reyes piadosos que purificáron el Santuario, reparáron sus ruinas, y restableciéron sus solemnidades.

Ezequías reparó las impiedades de Acaz. Este era un Príncipe religioso, y lleno de zelo por la gloria de Dios. Y al ver oprimida á Jerusalen con el peso de tantos males, como habian caido sobre ella, al

al considerar la desolacion é ignominia en que se hallaba el Templo; penetrado del mas vivo dolor, é inflamado ardientemente su zelo, juntó á los Sacerdotes y Levitas, y les habló con la mas viva eloqüencia del estado deplorable, en que se hallaba el lugar santo.

¡Oh quánto bien puede causar un Rey piadoso en sus vasallos! Sus discursos, y sobre todo su exemplo hacen comunmente mas impresion y fruto, que las exhortaciones patéticas de los mas zelosos Predicadores. Los pueblos acostumbrados á contemplarle y respetarle, miran todo lo que sale de su boca, y autoriza su conducta, como una ley inviolable. Quando los Soberanos, que son segundas Magestades, respetan á la primera, pueden vivir casi siempre seguros del buen exîto de sus palabras.

Una prueba de esto bien clara tenemos en Ezequías, que temia y honraba al Señor. Este Príncipe man-

mandó abrir las puertas del Templo que estaban cerradas, y purificó el santo lugar, que habian profanado los enemigos del Pueblo de Dios. Sus súbditos se empleáron con todo ahinco en ayudar su zelo, y todo se executó con el aparato de las mas augustas y respetables ceremonias (h).

Manasés que sucedió á Ezequías, no siguió las pisadas de este Santo Rey: porque profanó la casa del Señor, y se abandonó al culto de los falsos Dioses, pero las desgracias que experimentó despues le hiciéron volver sobre sí. Amon, su hijo y sucesor, le imitó en su idolatría, sin imitarle en la penitencia.

Dios suscitó á Josías para librar á su Templo de la ignominia, de que le habian cubierto sus predecesores. Nunca se alabará bastantemente su zelo, ni se admirarán sus

(h) Lib. 2. Paralip. c. 28.

sus gloriosos sucesos. Fué uno de los mas ilustres restauradores del Templo de Jerusalen. Mereció los elogios pomposos de aquel que es la misma verdad. El Espíritu Santo alaba con magnificencia en la Escritura el zelo de Josías por el culto del verdadero Dios, y la hermosura de su santa casa. Reparó sus ruinas, restituyéndolo á su antiguo esplendor (i).

Los Judíos tenian en su Templo una confianza ciega; lo respetaban como un asilo seguro, que en sus continuas apostasías los defendia del castigo. Pero experimentáron lo contrario: porque enojado Dios, permitió que les quitasen este Templo; y aunque despues tuviéron otro, lo perdiéron tambien por su dureza y obstinacion en el pecado.

CA-

(i) Llb. 2. Paralip. cap. 34.

CAPITULO II.

Porqué no quiso Dios que David edificase el Templo de Jerusalen.

Aunque el Templo de Jerusalen no habia de contener en sí sino sombras y figuras, aunque no se habian de ofrecer en él sino sacrificios imperfectos, y habia de ser profanado, saqueado, y destruido por los no circuncidados; sin embargo para dar Dios mas alta idea de este santo edificio, quiso que fuese erigido por un Príncipe justo, inocente, y lleno de Sabiduría, esto es, por Salomon.

Como el Templo, que se habia de levantar al Señor en la Judea, era una obra santa, quiso que el que se habia de encargar de su construccion, no hubiese perdido la inocencia de su corazon al emprenderla: precaucion muy conveniente á aquel lugar que habia de santi-

tificar con su presencia. Pues ¿qué ideas de santidad no deberémos concebir nosotros con mayor razon de nuestras Iglesias?

Pero ¿por qué no se creyó digno á David de executar esta grande obra? ¿Por qué fué preferido á él su hijo? Son muchas las excelencias y prerrogativas, que hacian recomendable á David, por las quales parece que merecia esta gloria. Dios habia escogido á este Príncipe, y le habia formado á medida de su corazon. El Mesías debia nacer de su posteridad, y Jesu-Christo hijo de Dios, debia llamarse en la tierra hijo de David. ¿No eran estos títulos suficientes para que tuviese el honor de edificar el primer Templo del Señor? Las virtudes de este Santo Rey parece que igualmente le hacen digno de esta prerrogativa: su zelo por el culto de Dios: su amor á la ley: su paciencia en los trabajos, y su penitencia despues del pecado.

A lo que se añade haber formado el proyecto de edificar un Templo, ántes que le intimase Dios sus órdenes por el Profeta Nathan, avergonzándose de habitar en una casa de cedro, en un soberbio palacio, miéntras que la Arca de la Alianza no tenia lugar fixo. Estas reflexîones piadosas le obligáron á comprar el terreno de Ornan, que Dios habia elegido, y manifestado que era de su agrado por medio del prodigio admirable, de que arriba hicimos mencion. Para este efecto aquel Príncipe religioso tenia hechos magníficos preparativos: habia trazado el plan del Templo, y dispuesto las ceremonias que en él debian observarse.

¿Quál, pues, pudo ser la razon de no querer Dios que David edificase el Templo de Jerusalen, sino Salomon su hijo?

Seriamos demasiado temerarios en hacer esta pregunta, si el Señor no nos hubiera manifestado por

sí

sí mismo la causa de la preferencia. El mismo Señor ha sido quien nos ha descubierto lo que le induxo á preferir á Salomon á David, lo que no se puede reflexionar sin temblar.

„Príncipe, le dixo Dios por bo„ca del Profeta, no eres tú quien „tendrá la gloria de edificar un „Templo á mi nombre, sino tu „hijo Salomon, que reynará des„pues de tí. No eres tú digno de „esta honra, porque has derrama„do mucha sangre, y has sostenido „largas guerras (k).„

Dios no echó en cara á David el pecado que habia cometido con Bethsabé, porque lo habia llorado y expiado, y se lo habia perdonado. Este crímen que habia manchado su corazon y su reyno, estaba ya

(k) Multum sanguinem effudisti, & plurima bella bellásti: non poteris ædificare domum nomine meo. Lib. 1. Paralip. c. 22. v. 8.

ya borrado. Un pecador verdaderamente penitente, no debe ya mirarse como pecador, sino como un justo que vive á los ojos de Dios, y le es agradable. Solamente la sangre que David vertió tantas veces en largas guerras, es la que le inhabilitó para edificar un Templo al Señor. Por estas palabras fácilmente se echa de ver la santidad que queria imprimir en el Templo de Jerusalen.

Pero tal vez dirá alguno, ¿pues qué es culpable en un Príncipe emprender guerras justas, y mantenerlas, no por extender ambiciosamente sus fronteras, sino por defenderlas? ¿No se llama el Señor Dios de los exércitos y de las batallas, del mismo modo que el Dios de la paz? Sí, sí por cierto, nombres son estos de la misma Escritura. Pero como las guerras aunque sean justas dexan siempre despues de sí algunas manchas, aun siendo inocente David, no era bastante puro

ro para edificar un Templo al Señor.

Fundada en este principio la Iglesia Christiana, mira como irregulares é incapaces de las funciones Eclesiásticas, á los que contribuyen á la muerte de algun hombre, aun quando la merezca.

Y como el Templo, que Dios pedia en la Judea, debia servir para los sacrificios, y en él habia de resplandecer muy particularmente la divina clemencia para con su pueblo; no quiso que aquel, cuyas victorias habian sido regadas con tanta sangre de los morrales, le levantase un edificio, donde debia colocarse el trono de la misericordia.

¿Qué idea, pues, deberémos concebir de la santidad de los Templos de la nueva Ley, quando Dios quiso que el que le edificaba el primer Templo de la antigua fuese, no solo puro é inocente, sino tambien dulce y pacífico?

CAPITULO III.

Las prevaricaciones de los Israelitas fuéron causa de las profanaciones, y de la ruina del Templo de Jerusalen.

Como los dos Templos de Jerusalen, esto es, el primero edificado por Salomon, y el segundo por Zorababel, sucesivamente fuéron profanados, robados y destruidos; mi intencion en este capítulo es la de hablar indistintamente de cada uno de los dos, exceptuando aquellas cosas que pertenecen á cada uno de ellos en particular. Advertencia que me ha parecido precisa ántes de entrar en el asunto.

Dios no habia pedido un Templo en la Judea, para que los Judíos se gloriasen de tener un edificio tan suntuoso. No habia mandado construirlo en Jerusalen, para que se contentasen con admirarlo. Sus designios eran dirigidos á usar de misericordia

ricordia para con su pueblo ; véase de que forma habla la Sagrada Escritura.

Este santo edificio se habia levantado para congregar en él al pueblo. No debia ser sino una casa de oracion y de sacrificios. El Señor habia prometido estar presente en ella de un modo particular, y derramar sus gracias y beneficios, pero baxo ciertas condiciones. „Si mi „pueblo, dice, me invocare en es„te Santo lugar con sencillez de co„razon, si implorase mi socorro con „confianza, si no adora sino á mi „solo: yo le escucharé, yo le oy„ré, y le colmaré de beneficios.„

Todo lo contrario hiciéron los Israelitas : colocáron su confianza en los vanos ídolos. Arrastrados por el exemplo de las naciones, cayéron muchas veces en la idolatría. Irritado el Señor hizo que echasen de ver por la experiencia, que en vano ponian su gloria, y su confianza mal entendida en este soberbio

bio edificio, miéntras que provocaban su ira con sus prevaricaciones. Su infidelidad, pues, vino á ser toda la causa de que se les quitase el Templo, con cuya pérdida amenazaban los Profetas á los Judíos, como se lee repetidas veces en los sagrados libros.

Estos mismos Profetas anunciáron mucho tiempo ántes que sucediesen las furiosas tempestades, que habian de descargar sobre el Templo, y advirtiéron á los Judíos que se les habia de quitar el Templo en castigo de su pecado. Su infidelidad es la que introduxo los impíos en el Santuario para profanarlo, robarlo y destruirlo.

El Profeta Jeremías anuncia la desolacion y la ruina del Templo; pero al mismo tiempo vitupera en este pueblo ingrato los crímenes, que irritáron al Señor, y casi llamáron á los impíos á este lugar sagrado. He aquí las palabras con que se explica, hablando en el nombre del mismo Dios. „Yo

„Yo haré, dice, que venga una „tempestad horrible sobre este Tem„plo, que es la gloria de mi pue„blo; yo afligiré este lugar que ele„gí, en donde quise derramar siem„pre mis beneficios. Su gloria se „obscurecerá, el oprobio y la igno„minia reynarán en él, será man„chado con las abominaciones; y „los Israelitas piadosos regarán con „lágrimas sus ruinas.„

El Profeta expone despues los crímenes, que irritáron al Señor, y traxéron estas desgracias sobre Jerusalen. „Abandonáron, dice, al „Dios de Abrahan, de Isac, y de „Jacob, que los habia sacado de la „servidumbre de Egipto: ellos mis„mos hiciéron que sirviese para „usos profanos este Santo Templo: „obráron en él como en un Tem„plo de los ídolos; en él ofreció„ron sacrificios á los Dioses extran„geros; y este lugar sagrado, don„de se invocaba el nombre del ver„dadero Dios llegó á ser el asilo

„de

„de los prevaricadores. Todas estas „infames apostasías, dice el Profe„ta, son las que atraerán sobre vo„sotros el azote, con que os he „amenazado de parte del Señor ir„ritado (l). „

Ved ahí predichas y anunciadas las escandalosas escenas, que los impíos representáron en el Templo de Jerusalen. Por lo que no debemos extrañar que haya permitido el Señor las profanaciones, los robos, y la destruccion de aquel Templo, habiéndolo profanado su pueblo con sus idolatrías.

Pero si Jeremías anunció las desgracias que habian de venir sobre el Templo, y lo habian de cubrir de oprobios. Tobías estando cauti-

vo

(l) Ego inducam afflictionem super locum istum, eò quòd dereliquerint me, & alienum fecerint locum istum: & libaverunt in eo Diis alienis, quos nescierunt ipsi, & patres eorum. Jerem. cap. 19. v. 3. & 4.

vo en Ninive, inspirado del espíritu de Dios, anunció á los verdaderos Israelitas un oráculo de mucho consuelo, y les prometió un segundo Templo.

Dios hizo que se corriese en favor de su fiel siervo el velo que ocultaba los siglos futuros, mostrándole reedificado el Templo, los Altares, los sacrificios, los Sacerdotes, y los Levitas restablecidos: Tobías veia el regocijo público, oia los cánticos de alegría, que resonaban en Sion, y excitaba los Israelitas á dar de antemano pruebas de su reconocimiento al Señor (m): No refiero sus propias palabras, porque era menester copiar casi todo el capítulo: me contento con citarlo.

Quando Tobías anunciaba estas felices predicciones, ya habia padecido grandes males el pueblo de Dios ba-

(m) Lib. Tob. cap. 13.

baxo el reyno de los impíos; de los que se valió Dios para hacer mas públicas sus venganzas, á que le obligaban los atentados sacrílegos, de que hemos hecho mencion.

El pueblo Judaico gemia baxo de una larga y afrentosa cautividad, despues que el Templo habia sido profanado y saqueado. Esta es la razon porque Tobías, del mismo modo que Jeremías, descubre á los Judíos la causa de todas sus desgracias, y les asegura que les habian venido por sus pecados. „Nues„tros pecados, dice este Santo va„ron, son los que han encendido „la ira del Señor contra nosotros, y „y los que han causado estas des„gracias que han caido sobre nues„tras cabezas. Esta larga y afrento„sa cautividad que sufrimos, es la „pena de nuestras iniquidades pasa„das. El Señor ha permitido que „los impíos se apoderen de Jeru„salen y de su Templo; que que„dasemos abatidos baxo sus armas

„vic-

„victoriosas; que nos cargasen de „cadenas, y nos arrastrasen á la „cautividad. Juzguemos lo enorme „de nuestros crímenes por la pér„dida del Templo, de la patria, y „de nuestra libertad.„

„Si, Jerusalen, Ciudad de Dios, „en quien se complacia, á quien „habia colmado de favores, el Se„ñor te ha humillado, y ha permi„tido que caigas en el oprobio é „ignominia, para castigar tus culpa„bles apostasías. Tus manos se han „manchado con sacrificios impuros, „Tú has ofrecido á los Dioses de „las naciones un incienso sacrílego: „¿No merecias Tú perder tu Tem„plo y tu libertad (n)?„

Nada irrita tanto al Señor como el abuso que se hace de sus dones.

(n) Dispersit nos, & castigavit nos propter iniquitates nostras.... Jerusalem, civitas Dei, castigavit te Dominus in operibus manuum tuarum. Lib. Tob. c. 13. v. 5. & 11.

nes. La substraccion de la gracia es el castigo del mal uso, que hacemos de la gracia misma; y el menosprecio de los Altares se castiga con la pérdida de los Altares y de los Templos. Y esto es lo que anuncian á los Judíos aquellas palabras del Evangelio: se os quitará el Reyno de Dios (o).

Si los Judíos no hubieran abandonado al Señor, tampoco el Señor los hubiera abandonado. Los Acazes, los Manasés, los Nabucodonosores, los Antiocos no hubieran extendido sus conquistas hasta Jerusalen: el mismo poder, el mismo brazo insensible, que los habia sacado de Egipto, hubiera contenido los proyectos atrevidos de aquellos Príncipes sacrílegos. La Ciudad santa, que fué el teatro de sus victorias, hubiera sido el de sus der-

(o) Auferetur à vobis regnum Dei. Matth. c. 21. v. 43.

derrotas: el Templo nada hubiera perdido de su esplendor, los Sacerdotes y los Levitas hubieran exercido tranquilamente sus funciones sagradas, y aquel pueblo desgraciado no hubiera caido en la cautividad ignominiosa de Ninive y Babilonia.

Vemos tambien en la Escritura, que solo por castigar los crímenes de este pueblo ingrato, permitió Dios que Antioco Epifanes cometiese tantos excesos y abominaciones en el Templo de Jerusalen.

Esta es la idea que nos da el Espíritu Santo de las impiedades de aquel Príncipe infiel. „Entró con „orgullo en el Sancta Sanctorum, „derribó los Altares, hizo pedazos „los vasos, y tuvo el atrevimien„to de colocar en el mismo San„tuario el ídolo abominable de la desolacion (p).„

An-

(p) Intravit in sanctificationem cum su-

Antioco atribuia sus victorias á su valor y á su poder: sin advertir que él no era mas que un instrumento, de que se servia la mano de Dios para castigar los pecados de su pueblo. Los impíos sirven á los designios adorables de Dios, para castigar á los que le han ofendido, y probar la fidelidad de sus siervos; mas despues los humilla Dios baxo del irresistible peso de su cólera. Castiga los pecados que ha permitido, y toma venganza de las ofensas cometidas contra su Magestad.

El Rey de Siria pareció durante algun tiempo, que era el árbitro de la suerte de los Hebreos: hizo temer su poder, que se hizo formidable por la felicidad que tuvo en sus empresas: hizo apostatar un gran

---

perbiâ, & comminuit omnia. Ædificavit.... abominandum idolum desolationis super altare Dei. Lib. 1. Machab. c. 1. v. 22.

gran número de Judíos, y afligió á los piadosos Israelitas.

La persecucion es muy peligrosa, quando es suscitada por un Príncipe poderoso, á quien nada parece puede resistir, y que decide soberanamente de los bienes y de la vida de aquellos que no le obedecen. Pero aquellos que son fieles á Dios, no son trabajados sino por cierto tiempo.

Antioco fué detenido en la carrera de la maldad, que él se prometió acabar felizmente. Pero Dios dexó caer sobre él su mano vengadora, abatió este coloso de soberbia, derribó su trono, hizo pedazos su cetro en sus propias manos, le afligió con un mal que le obligó á confesar su dependencia, y á reconocer el soberano dominio de aquel Señor omnipotente, con quien tuvo el atrevimiento de querérselas apostar. Este Príncipe sacrílego, perseguido de la divina justicia, y como oprimido de la ira

del Cielo espiró de un modo miserable en los montes.

Todas las abominaciones cometidas por Antioco en el Templo de Jerusalen estaban ya anunciadas, y previstas por el Profeta Daniel. Este gran siervo de Dios á favor de la revelacion que tuvo del Cielo, penetró la obscuridad de lo futuro, y anunció que seria colocada en el lugar santo la abominacion y desolacion (q).

Cuyo Oráculo cita Jesu-Christo en su Evangelio, quando anuncia la ruina del Templo, y el sitio de Jerusalen baxo los Emperadores, Tito y Vespasiano (r).

La abominacion en el lugar santo, que debia preceder á la ruina entera del Templo, es segun muchos Padres, y muchos intérpreres, aquel ídolo abominable que Antioco puso

(q) Dan. c. 9. v. 27.
(r) Matth. c. 24. v. 15.

só en el Santuario, y que segun nos enseña la historia, era la estatua de Jupiter Olímpico.

No deben pues admirarnos las desgracias que sucedièron al primero y al segundo de los Templos de Jerusalen; porque Dios no dexó obrar á los Príncipes impíos, ni les concedió la victoria sobre los Israelitas, sino para castigar los pecados de este pueblo ingrato, y repetidas veces idólatra. Ninguna cosa encendió mas la ira del Todopoderoso, como ya diximos, que el abuso de sus dones. Quanto mayores habian sido los favores de que los habia colmado, tanto mayor y mas terrible fué la venganza que tomó de ellos. Tuviéron sucesivamente dos Templos, y los dos los perdiéron, á causa de su continuada prevaricacion.

Aprovechémonos de los beneficios del Señor, conservémoslos siempre en nuestra memoria, y signifiquémosle nuestro reconocimiento por una

fidelidad inviolable en su servicio.

CAPITULO IV.

Del segundo Templo de Jerusalen, reedificado por Zorobabel.

Sesenta y nueve años mediáron entre la destruccion del famoso Templo de Salomon por Nabucodonosor, y la construccion del segundo baxo de Zorobabel.

Verémos, que á pesar de tan largo espacio de tiempo, aun habia en Jerusalen, quando se construyó el segundo Templo, ancianos que habian conocido el primero, y se hallaban en estado de notar la diferencia que habia del uno al otro.

Este segundo Templo experimentó muchas contradicciones. Costó mucho trabajo á los Judíos el lograr de los Príncipes el permiso de reedificarlo. Despues que lo alcanzáron, muchas veces los turbáron en sus trabajos sus enemigos. Nada ménos se

se necesitaba que el zelo ardiente de estos piadosos Israelitas, para superar tan grandes dificultades.

¿Pero qué poder tienen los designios de los hombres contra los designios de Dios? ¿Quién puede resistir á su voluntad? ¿Quién puede impedirle executar sus proyectos de misericordia? Por mas que los hombres conspiren y se unan todos, para oponerse á las órdenes del Señor; el Señor dexa burlados sus vanos esfuerzos, y no les queda sino la verguenza de haber concebido en su imaginacion unas empresas tan locas.

El segundo Templo estaba anunciado por un Profeta: así será edificado á pesar de todas las oposiciones de los enemigos del Señor. Como tiene en su mano los corazones de los Reyes, inspiró á los Emperadores, Ciro y Darío, sentimientos favorables ácia los Judíos, y suscitó á Zorobabel, para animar á sus hermanos á excitar su

valor abatido, y trabajar en la construccion del segundo Templo.

Todo es grande en Zorobabel, su nacimiento, sus empleos, su zelo, su valor; así tuvo la gloria de contribuir mas que otro alguno de los principales de su nacion á la reedificacion del Templo de Jerusalen.

El era uno de los primeros Príncipes de la sangre de David, el mas ilustre de la casa Real, uno de los Xefes de los Judíos, que volviéron de Babilonia á Jerusalen. En su corazon se habia encendido un zelo ardiente por la reedificacion del Templo; por lo que formó el plan y trabajó en su execucion, con tanto aliento, que pudo vencer las mayores dificultades.

Una de ellas fué la oposicion de los Samaritanos. Estos eran enemigos de la Ciudad Santa. Envidiosos de la gloria de los Judíos, se complacian en verlos en el abatimiento y el dolor: era para ellos ma-

te-

teria de un grande contento, el verlos regar con sus lágrimas las ruinas del Santuario. Así para perpetuar la alegría impía, que esto les causaba, y la justa amargura de los Judíos, hiciéron todos sus esfuerzos para oponerse á la construccion del segundo Templo. Se valiéron de medios iniquos, y tentáron en varias ocasiones indisponer á Artaxerxes contra los Judíos.

Pero Dios que se rie de los resortes secretos, que mueve la política mundana, hizo inútiles todos su proyectos. Zorobabel triunfó de todas las contradicciones, y dispuso se comenzase á trabaxar en el edificio, que queria levantar (s).

Es cierto que los Judíos habian alcanzado de los Emperadores, Ciro y Darío, el permiso de edificar un nuevo Templo en Jerusalen; pero este último le habia revocado. Así su ánimo tan pronto se alentaba, tan pronto se abatia baxo el rey-

(s) Lib. 1. de Esdr. c. 4.

reynado de estos dos Príncipes. Dios inspiró finalmente otros sentimientos á Darío, y confirmó el permiso de Ciro,

Entónces los Judíos se aplicáron con todo su esfuerzo á la construccion del Templo. Se vió un ardor increible en el trabajo, un órden, unos progresos, que llenáron de admiracion á sus enemigos, excitáron sus zelos y su furor: pero triunfó el zelo de los Judíos, se finalizó la obra de Dios, y Jerusalen tuvo un segundo Templo.

Este santo edificio, segun un Profeta, debia exceder en gloria al primero: con todo no era tan magnífico, ni con mucho, como el de Salomon: habia entre uno y otro una diferencia muy considerable, tanto por el gusto de la arquitectura, quanto por la riqueza de sus adornos.

Los Israelitas espirituales, que adoraban los designios del Señor, y que saludaban de léjos al Mesías, como dice San Pablo, vivian satis-

tisfechos con tener un segundo Templo, y esperaban con fé aquel, cuya presencia habia de hacer toda su gloria. Por el contrario los Israelitas carnales, que no gustaban sino de aquellas cosas que hacian impresion en sus sentidos, incapaces de ver mas léjos, gemian y lloraban viendo este nuevo edificio.

La gloria del segundo Templo, y su preeminencia sobre el primemero, anunciada por el Profeta Ageo, se fundaba en la venida del Mesías, que habia de santificar este lugar con su presencia, y no en la hermosura de lo material de su fábrica. Este era el íntimo conocimiento de los Israelitas espirituales. Los demás se imaginaban que debia consistir la gloria del Templo en sobervios pórticos, ricas columnas, maderas preciosas, y tesoros terrenos. El no ver todos estos adornos exteriores, era la causa de sus lágrimas. Y no podian dexar de sentirse penetrados de dolor, al com-

pa-

parar este segundo Templo con el primero.

Veian un simple edificio en quien no se hallaban, ni la hermosura ni la riqueza, que admiraban todos en el de Salomon. No dexaban de echar ménos aquel Templo famoso, que habia sido la admiracion del universo, y que habia obscurecido por el gusto de su arquitectura, por su delicadeza y primor del arte, los mas suntuosos edificios de la Grecia. No debe pues extrañarse, que no hallando en el segundo las mismas bellezas, los fastidiase, y lo mirasen como insuficiente, para reparar la pérdida del primero.

Con todo para alentar su espíritu, habia enviado el Señor al Profeta Ageo, que habló en estas palabras á los ancianos del pueblo, á Zorobabel, y al gran Sacerdote.

„Hay sin duda algunos entre vo„sotros, dixo hablando con los an„cianos, que viéron el Templo de

„Sa-

„Salomon en todo su esplendor, ¿y „quál es la presente constitucion „en que veis esta casa? ¿Qué es lo „que parece á vuestros ojos en „comparacion del anterior? nada sin „duda (s). „ Y dirigiendo la palabra á Zorobabel, al gran Sacerdote, y á todo el pueblo, dixo: „Virtuoso „Príncipe, Pontifice del Señor, Pue„blo que habitais este pais, armaos „de fuerza, no os acobardeis, tra„bajad con ardor hasta dar fin á la „empresa; el Señor está con vo„sotros, la gloria del segundo Tem„plo obscurecerá la del primero (t).„ Si

(s) Quis in vobis est derelictus, qui vidit domum istam in gloriâ suâ primâ? Et quid vos videtis hanc nunc? Numquid non ità est, quasi non sit in oculis vestris? Aggæi. c. 2. v. 4.

(t) Confortare, Zorobabel, dicit Dominus, confortare, Sacerdos magne, & omnis populus terræ: & facite, quoniam ego vobiscum sum.... Magna erit gloria domûs istius novissimæ plus quàm primæ. Aggæi. c. 2. v. 5. & 10.

Si se reflexiona sobre estas palabras del Profeta, fácilmente se notarán dos cosas. Primeramente declara, que el nuevo Templo es nada, si se compara con el primero: así lo confiesa á los ancianos que lo habian visto. En segundo lugar asegura á Zorobabel y al gran Sacerdote, que la gloria de este segundo Templo obscurecerá la del primero. Exâminemos estas dos proposiciones.

I. Es cierto, segun el testimonio aun de los mismos Judíos, que habia muy grande diferencia entre el Templo de Salomon y el de Zorobabel. El primero deslumbraba la vista con su riqueza y hermosura, de tal manera que causaba grande admiracion á todos los que le miraban; miéntras que el segundo no tenia cosa alguna que lo hiciese recomendable, si se paraba la atencion en lo material del edificio.

Así en la famosa fiesta de la dedicacion de este segundo Templo,

plo, muchos de los Sacerdotes, Levitas, principales del pueblo, y ancianos que habian visto el de Salomon, lloráron amargamente al contemplar el Templo edificado por Zorobabel; el qual por lo que mira á la belleza, en ninguna cosa podia compararse con el primero. Esdras es el que nos refiere este hecho (v).

II. El Profeta Ageo habia añadido, que la gloria de esta segunda casa obscureceria la de la primera. No habia de ser esto á la verdad por la riqueza de los adornos exteriores, sino por alguna gloriosa prerrogativa, que debia ser particular á este segundo Templo. El mismo Profeta nos enseñará: son sus expresiones no ménos claras que sublimes. „Den-

(v) Plurimi de Sacerdotibus, & Levitis, & Principes Patrum, & Seniores, qui viderant Templum priùs, cum fundatum esset, & hoc Templum in oculis eorum, flebant voce magnâ. Lib. 1. Esdræ. c. 3. v. 12.

„Dentro de un momento yo „comoveré el Cielo, la tierra y la „mar: yo comoveré todas las gen- „tes. ... y vendrá el deseado de to- „das las naciones, llenaré esta casa „de gloria: mia es la plata, y mio „es el oro: la gloria de este Tem- „plo será mayor que la del prime- „ro: en él reynará por mí la paz.„

Hagamos reflexîon sobre esta famosa profecía, y exâminemos con atencion sus diferentes partes.

Primeramente dice Dios por la boca de su Profeta: „Dentro de un „momento comoveré el Cielo, y „la tierra, el mar y todos los pue- „blos.„ Un momento llama el Espíritu Santo los quinientos y quince años, que pasáron desde el segundo año del Reyno de Darío hasta la venida del Mesías, porque los siglos son momentos comparados con la eternidad, como dice David, mil años no son para los ojos del Señor, no solo lo que un dia, aun ménos que un dia que ya ha pasado.

Pro-

Prosigue, que comoverá todas las naciones. Y sabemos por la historia profana del mismo modo que por la historia Sagrada, todos los grandes acontecimientos, las guerras, las revoluciones, los Oráculos, los prodigios que precediéron, y que en cierto modo anunciáron al Salvador de los hombres.

Dice que se dexará ver el deseado de todas las naciones, esto es, aquel que es el objeto de la esperanza, y de los suspiros de los justos.

„Que es dueño del oro y la pla-
„ta, que la tierra oculta en lo pro-
„fundo de sus entrañas, que es lo
„mismo que si dixera: La sencillez
„de este Templo no os haga te-
„nerle á ménos: todos los teso-
„ros me pertenecen: si yo hubiera
„querido un edificio suntuoso, y
„mas rico que el de Salomon, un
„solo acto de mi voluntad bastaria.„

„Yo llenaré esta casa, por muy
„pobre que aparezca, de una glo-

„ria que obscurecerá la de mi primer „Templo. Esta gloria la recibirá del „mismo Dios que vendrá á honrar„lo con su presencia, y llenarlo de „su magestad.„

Y concluye diciendo: „Yo haré „que reyne la paz en este santo lu„gar.„ ¿No habia de gozar el Templo de esta preciosa prerrogativa, estando destinado para la mansion de aquel, á quien la Escritura llama el Dios de la paz?

Hasta aquí el verdadero sentido de la Profecía de Ageo. Si los Judíos lo hubieran entendido, no hubieran despreciado su segundo Templo.

Ahora convendrá hacer algunas reflexîones sobre la conducta adorable del Señor, sobre el zelo de los piadosos Israelitas, que superáron todos los obstáculos, que se oponian á sus trabajos: sobre la tristeza de los Judíos ancianos que despreciaban malamente el Templo de Zorobabel, y sobre la gloria que le

le hizo precioso á los Judíos fieles.

Aunque Dios para castigar los pecados de los Judíos, como ya hemos dicho, permitió que el impío Nabucodonosor profanase y destruyese el Templo de Salomon; no por eso se ha de inferir que no sean de su agrado los Templos edificados para honra suya. Para pensar así, era menester haber olvidado, que el mismo Dios pidió el que edificó Salomon. Seria preciso ignorar, que inspiró á Zorobabel, y á los mas distinguidos entre los Judíos el generoso designio de construir un segundo Templo en lugar del primero, y que dispuso los corazones de los Emperadores, que entónces reynaban, en favor de los Israelitas, que solicitaban con ansia este permiso. Reprehender el zelo de aquellos que edificaron los primeros Templos, es faltar al respeto debido á las órdenes y voluntad del mismo Dios. La institucion de los Templos en nuestra santa Religion es divina.

Y así nunca será bastantemente alabada la noble constancia de Zorobabel, y de los Judíos que se empleáron en la construccion de la casa del Señor. ¿Si les hubiera faltado el ánimo y la constancia, hubieran triunfado de todos los obstáculos, que les oponian los Samaritanos, para impedirles edificar el segundo Templo?

Bien pronto se desvanecen las mas santas empresas, quando el zelo por la gloria de Dios, ni es sincéro ni ardiente: entónces faltan todos los recursos; las dificultades parecen insuperables; la floxedad, la tibieza hallan siempre algun pretexto con que procuran autorizarse.

No sucedió así á los piadosos Israelitas, que ayudaban los esfuerzos de Zorobabel; nada los intimidaba, ni desanimaba: las contradicciones léjos de apocarlos, no hiciéron mas que inflamar su ardor: trabajaban por la gloria de Dios, y quedáron vencedores. La

La causa, que excitaba al llanto á los que habian conocido el de Salomon, era, como ya hemos dicho, la simplicidad y la pobreza de este santo edificio, que no se parecia al primero en la magnificencia. ¿Pero eran estos verdaderos hijos de Abrahan? ¿Tenian la fé de aquel grande Patriarca? ¿Es acaso la riqueza del edificio material lo que hace al lugar santo y sagrado? ¿Por ventura no es la presencia de Dios, el culto supremo que se le tributa, los sacrificios que se le ofrecen, las gracias que allí comunica á los que se juntan en él para honrarle? Pero todo esto lo tenian en nada, porque esta casa del Señor era sencilla, y estaba desnuda de los adornos exteriores. ¡Qué ceguedad!

En fin el Profeta Ageo habia dicho que la gloria de este Templo excederia á la del primero. Fácil es convencernos de esta verdad. Dios ciertamente habia prometido á Salomon, que haria se conociese

su presencia en el Templo, que le habia edificado, y que repartiria en él abundantemente sus gracias. Pero esta presencia era muy diferente de aquella con que honró el Templo de Zorobabel: puesto que el Verbo eterno, encarnado, revestido de nuestra carne, entró en él, y se ofreció en sacrificio á su Padre.

En el primer Templo de Jerusalen su presencia era de proteccion y de amor; en el segundo era real y corporal. Jesu-Christo Dios y juntamente hombre entró en él muchas veces, se sentó en medio de los Doctores de la ley, y les llenó de admiracion su sabiduría con lo sublime de sus divinas respuestas. Esta es, pues, la razon de haber excedido la gloria del segundo Templo, aunque sencillo y pobre á la del primero, segun la profecía.

Sobre este principio debemos mirar las Iglesias de las aldeas, no obstante su pobreza, como muy su-

superiores á los mas suntuosos edificios profanos.

CAPITULO V.

De las tres dedicaciones del Templo de Jerusalen, que hicièron Salomon, Zorobabel, y Judas Macabeo.

La solemnidad de la dedicacion entre el pueblo Judaico se hacia con gran pompa: su celebracion que era muy concurrida duraba por ocho dias.

En la Iglesia Christiana dura la dedicacion de sus Templos, para hacerla solemne, los mismos dias que entre los Judíos. Pero como sus Templos estan destinados á un culto mas puro y mas perfecto, á un sacrificio de un precio infinito: todo lo que practica en esta augusta ceremonia es mucho mas santo, mas sagrado, mas agradable á Dios que quanto se practicó en la dedicacion del Templo de Jerusalen.

Entónces habia mucho esplendor, mucha magnificencia, muchos animales degollados sobre el Altar. Hoy dia la pompa magestuosa de nuestras ceremonias es lo ménos digno de nota en nuestro culto, que debe ser sobre todo interior: la razon de esto es, la de haber llegado el tiempo en que haya de ser adorado el Señor en espíritu y en verdad.

El Templo de Jerusalen habiendo experimentado, como ya diximos, grandes contradicciones, habiendo sido profanado, robado y destruido por los enemigos del pueblo de Dios: halló santos y zelosos Israelitas, que le purificáron y reedificáron despues que habia sido destruido por Nabucodonosor.

Leense en la Escritura tres diferentes dedicaciones del Templo de Jerusalen: la primera por Salomon luego que se concluyó el primer Templo: la segunda por Zorobabel luego que se construyó el segundo: la tercera

ra

ra por Judas Macabeo, luego que este piadoso heroe, victorioso de sus enemigos, le purificó de todas las profanaciones con que le habian manchado los Gentiles.

La primera dedicacion hecha por Salomon se celebró en el otoño; la segunda por Zorobabel en la primavera, la tercera por Judas Macabeo en el invierno. La fiesta de esta última dedicacion, ó por lo ménos la renovacion de esta fiesta, cuya memoria celebran todos los años los Judíos, es aquella en que Jesu-Christo se halló en Jerusalen, habiendo para ello entrado en el Templo. Se advierte en el Evangelio que esto era en invierno (x).

Tratemos ahora de las ceremonias de estas tres dedicaciones, cuya relacion me parece no ménos curiosa que edificante. Des-

(x) Facta sunt Encaenia in Hierosolymis, & hyems erat, & ambulabat Jesus in Templo, in porticu Salomonis. Joan. c. 10. v. 22.

Despues que se hubo concluido el sobervio Templo, que por mandado del Señor edificó Salomon en la Judea, se pensó en la ceremonia de la dedicacion. Sin duda que Salomon lleno de la Sabiduría del Cielo, fué inspirado de Dios para hacerla con todo el aparato y decoro.

Se sabe por otra parte, que Dios habia mandado á Moyses consagrase el Tabernáculo, aunque no era mas que un Templo pórtatil. Todo lo qual nos manifiesta que la dedicacion de los edificios que han de servir al culto divino, viene ya de muy antiguo.

Yo referiré lo que se hizo por parte de los hombres en la primera dedicacion del Templo de Jerusalen; y lo que Dios hizo por la suya. Por parte de los hombres hubo oraciones, cánticos de alegría, sacrificios y fiestas: por parte de Dios prodigios y promesas.

Salomon hizo oraciones muy fervo-

vorosas: los Sacerdotes y los Levitas repetian sin cesar con sus instrumentos aquellas palabras del Salmo 135... „Dad gracias al Señor, „por que sus misericordias son eter„nas.„ Se ofreciéron Sacrificios: Salomon sacrificó veinte y dos mil bueyes, y ciento y veinte mil carneros. Esta augusta solemnidad duró ocho dias, como diximos. Luego que Salomon acabó su oracion, baxó fuego del Cielo, y consumió los holocaustos y las víctimas. Dios anunció su presencia llenando el Templo de una nube resplandeciente. Todo Israel que estaba allí congregado fué testigo de este espectáculo de gloria, á cuya vista se apoderó de todos los asistentes un religioso temor, y postrados en el pavimento del Templo adoráron al Dios de Abrahan, de Isac y de Jacob.

A esto se siguió, que Dios hizo magníficas promesas á Salomon; le dixo que este Templo le era agrada-

dable, que su pueblo no implorara en vano su socorro, que estaria presente para consolarle y enjugarle las lágrimas, y que los mas grandes pecadores que orasen en este santo lugar con sentimientos de penitencia y de compuncion, saldrian de él justificados.

La segunda dedicacion baxo Zorobabel no se hizo con menor esplendor y magnificencia. Todos los Sacerdotes y Levitas se juntáron, los Príncipes del pueblo y los Magistrados asistiéron á esta fiesta. Los que tocaban instrumentos formaban diferentes coros; y toda esta numerosa asamblea, dividida en dos partes, cantaba alternativamente las alabanzas del Señor. Ofreciéronse sacrificios, sacrificáronse víctimas: la alegría reynaba en todos los corazones. Los mismos extrangeros tuviéron noticia de esta solemnidad, y de la alegría de los Israelitas (y).

Es

(y) Lib. 1. Esdræ. c. 3. l. 2. c. 12.

Es cierto que hubo algunos Judíos que no participáron de esta alegría pública, turbándola con sus lágrimas y gemidos. Pero estos no eran sino un pequeño número de ancianos, que habian visto el Templo de Salomon, y lloráron al ver la sencillez del que Zorobabel habia reedificado.

La tercera dedicacion es la que se celebró baxo de Judas Macabeo. Basta nombrar á este piadoso Israelita, para concebir al instante la idea de uno de los mayores Capitanes que tuvo la nacion Judaica. Sostuvo largas guerras contra los incircuncisos, y los deshizo tantas veces con sus oraciones, como con su valor. Se hizo temible á sus enemigos, quando con las armas en la mano los perseguia á la frente de sus tropas; siendo aun mucho mas temible, quando cubriéndose la cabeza con ceniza, y ciñendo los riñones con el silicio, oraba fervorosamente al Dios de sus Padres.

dres. El Señor hizo prodigios en su favor, é hizo que caminase delante de él la victoria.

Despues que este zeloso Israelita, sostenido por la proteccion divina, se apoderó del Templo y de la Ciudad, se hizo esta famosa dedicacion de que hablamos.

Los infieles habian edificado Templos á los ídolos, y levantado Altares en las plazas públicas, los que hizo destruir. Despues purificó el Templo, é hizo construir un Altar sobre el qual se ofreciéron sacrificios. Se vió humear el incienso, las lámparas se viéron encendidas, los panes de proposicion presentados al Señor, á quien juntamente se dirigian votos y plegarias. Es digno de notarse, que el Templo se purificó en el dia mismo en que habia sido profanado.

Esta fiesta se celebró con magnificencia por espacio de ocho dias, y la alegría fué general. Los Judíos llevaban bastones cubiertos de

ojas,

ojas, ramos verdes y palmas en honor del Todo-poderoso, que dádoles habia la libertad de purificar su Templo.

En manifestacion de su agradecimiento hiciéron todos de comun consentimiento una órden, en la que obligaban á los Judíos á celebrar esta fiesta todos los años. Esta fué la solemnidad en que Jesu-Christo se halló, como ya diximos.

Todas estas diferentes dedicaciones, todas estas ceremonias pomposas nos hacen ver, que los Judíos tenian formada muy grande idea de la santidad de sus Templos.

La Iglesia concibe mas nobles y mas elevadas ideas de la santidad de las suyas, como verémos en el progreso de esta obra.

CA-

CAPITULO VI.

Del respeto que los mismos Paganos tenian al Templo de Jerusalen.

La Escritura y los Historiadores mas dignos de crédito nos enseñan, que los Judíos eran estimados de los Romanos: que la sabiduría de su gobierno fué admirada, y alabada por aquellos Señores del universo, tan superiores á todos los demás pueblos por sus luces, como por la fuerza de sus armas.

Pero si fixamos la atencion en la diferencia del culto, nos admirará el respeto con que miraban los Príncipes Paganos el Templo de Jerusalen. ¿Era acaso curiosidad, veneracion, ó política? No es fácil decirlo. Con todo es cierto, que los Emperadores de los Persas, los Emperadores Romanos, los mayores Generales, diéron pruebas del res-

respeto que tenian á este Templo, visitándolo, haciendo en él sus plegarias, y enviando asimismo á él ofrendas y presentes. ¿De dónde venia este respeto y veneracion? Era, á lo que yo pienso, proveniente de la proteccion, que el Señor dispensaba á los Hebreos. La Escritura nos da motivo para creerlo así.

El Dios de los Hebreos, el Dios eterno Todo-poderoso, ha obligado muchas veces á los Príncipes Paganos á reconocer su soberano dominio: protegia á su pueblo contra el furor de sus enemigos, y descargaba su mano vengadora sobre las cabezas de los que le perseguian.

Los prodigios maravillosos que obraba, los castigos terribles que exercia, los favores de que colmaba á los Israelitas, sus prosperidades, su gloria, su autoridad; todo esto obligó á los Griegos y á los Romanos á sentir en su interior, y publicar altamente, que el pueblo Judaico estaba baxo la proteccion

de un Dios justo, Todo-poderoso, y terrible en sus venganzas.

Es verdad que aquellos Paganos confesaban el poder del verdadero Dios, sin dexar el culto de los ídolos. De lo que tenemos una prueba muy clara en Ciro y Nabucodonosor. Por lo demás así como su obstinacion en el culto de los falsos Dioses era causa de su condenacion; así la confesion solemne que hacian del poder del Altísimo, era un homenage, que tributan á la Divinidad.

Esto ciertamente no sucedia sino quando los aterraba la grandeza de los prodigios, ó eran derribados del trono por la mano vengadora, y como oprimidos baxo el brazo del Todo-poderoso: pero estas confesiones, aunque forzadas, no dexaban por eso de probar la soberana autoridad del Ser supremo, á la qual nada resistir puede.

¡Qué cosa mas bella, ni mas edificante que el edicto de Ciro para

ra reedificar el Templo de Jerusalen? Este Emperador de los Persas no habla como un Príncipe dedicado al culto de los Demonios, sino como un Judío fiel, y zeloso por el del verdadero Dios. Voy á referirlo en compendio, para edificacion de los lectores, y para probar que Dios se sirve del instrumento que mas le agrada en la execucion de sus designios.

Ciro confiesa que los vastos estados, que poseia, los habia recibido del Dios de los Hebreos, criador del Cielo y de la tierra: se sujeta á sus órdenes; y quiere que se executen: consiguientemente manda á todos los grandes de Israel que se congreguen en nombre del Señor, y que trabajen con ardor en la reedificacion del Templo de Jerusalen (z).

El

(z) Hæc dicit Cyrus, Rex Persarum: omnia regna terræ dedit mihi Dominus Deus

El zelo que Ciro manifestó al Templo de Jerusalen, la parte que tomó en su reedificacion, la proteccion que concedió á los Hebreos, ¿indica todo esto que sea un enemigo del culto del verdadero Dios? ¿No se dirá mas bien que el que habla es uno de los mas fieles siervos suyos? A solo Dios pertenece valerse de sus enemigos para su gloria, y disponer de los Reyes como de los otros mortales para la execucion de sus adorables designios.

¿Nabucodonosor, aquel Príncipe que excedió á todos en la impiedad, que se atrevió á igualarse con el Altísimo, haciéndose erigir una

---

Cœli, & ipse præcepit mihi, ut ædificarem ei domum in Jerusalem, quæ est in Judea. Quis est in vobis de universo populo? Sit Deus illius cum ipso. Ascendat in Jerusalem, & ædificet domum Domini Dei Israel.... Et omnes reliqui in cunctis locis, ubicumque habitant, adjuvent eum. Esdræ Lib. 1. c. 1. v. 2. 3. 4.

una estatua en Babilonia, y publicar un edicto solemne, por el qual mandaba ser adorado en todo su imperio. Este es aquel Príncipe sanguinario, que qual si fuera Leon se arrojó sobre el Templo de Jerusalen profanándolo, saqueándolo, y destruyéndolo, llevando consigo los vasos y tesoros, y conduciendo cautivos los Sacerdotes, Levitas, Príncipes con todos los piadosos Israelitas; éste sin embargo ¿dexó de reconocer el poderío del Señor, y por ventura no lloró sus desacatos delante de Daniel?

No hubiera podido el siervo mas zeloso de la gloria de Dios alabar mejor su presencia, confesar su poder supremo sobre todas las criaturas, y la equidad de sus juicios, que el sobervio y sacrílego Nabucodonosor. Verdad es que esto solo sucedia en aquellos momentos en que descargaba sobre él la ira del Todo-poderoso con una fuerza que le abatia, y le derribaba, ó

quando sus siervos revestidos de su poder, y llenos de su sabiduría, se ponian en su presencia.

Así que Daniel le explicó sus sueños; luego que cantó en un horno ardiendo las alabanzas del Dios de los Hebreos, luego que los leones le respetáron en el lago donde le habian echado; luego que descubrió á Darío los artificios de los Sacerdotes de Bel; Nabucodonosor y Darío ¿podian ménos de reconocer el hombre de Dios, á quien inspiraba y protegia, y á quien comunicaba una parte de su sabiduría y de su poder?

Al punto que Nabucodonosor, cayó desde el trono en la afrenta é ignominia, anduvo errante con las bestias en los montes, y se hizo en algun modo semejante á ellas por transformacion milagrosa (a); se humilló baxo la mano poderosa del Se-

(a) Danielis. c. 2. v. 47.

Señor, y confesó su soberano dominio.

En un edicto solemne, que hizo publicar Darío en todo su imperio, mandó que todas las naciones temblasen delante del Dios de Daniel, y confesó, que solo él era el Todo-poderoso, y el Criador de Cielo y tierra (b). ¿Quién arrancó de la boca de este Príncipe Pagano una confesion tan pública? La proteccion maravillosa con que Dios defendió al Profeta del furor de los Leones, y la sabiduría con que habia descubierto los artificios de los Sacerdotes de Bel.

Los Paganos, pues, se han visto forzados en muchas ocasiones á confesar el poder del Dios de los Hebreos,

(b) A me constitutum est decretum, ut in universo imperio & regno meo tremiscant, & paveant Deum Danielis; ipse enim est Deus vivens & æternus in sæcula. Danielis. c. 6. v. 13. & 14.

breos, y á reconocer su divinidad. Así no es mucho que respetasen el Templo donde se le daba adoracion.

Me he extendido tanto en tratar del respeto, que aun los mismos Paganos concebian del verdadero Dios; porque me ha parecido que este asunto estaba estrechamente unido con el principal objeto de este capítulo. En efecto la grande idea, que los Paganos concebian de tiempo en tiempo del verdadero Dios, era la causa del respeto que tenian á su Templo.

Habia tambien otros motivos, que les inspiraban esta veneracion al lugar santo: en toda la Judea no habia mas Templo que este, era celebrado por la pompa de las ceremonias, la magestad del culto, el aparato de los sacrificios, y la multitud de los Sacerdotes y Levitas.

Todo lo qual contribuia á que entrasen en él con respeto los Paganos, de cuya verdad nos sumi-

ministra muchos exemplos la historia sagrada y profana.

El Evangelio nos enseña que en una grande festividad, se vió que los Gentiles, esto es, los Griegos subian al Templo de Jerusalen con los Judíos á adorar al Señor (c).

Y ántes de pasar mas adelante me veo precisado á interrumpir el hilo de mi narracion, para responder á una dificultad, que se propone sobre la mezcla de los Paganos con los Judíos, no obstante la diferencia de su culto. Oíganse ahora los diversos pareceres de los Padres, y de los Intérpretes sobre este pasage del Evangelio.

Los unos creen que estos Gentiles tenian deseo de abrazar la religion judaica, y que este piadoso designio los inducia á subir al Templo con los Judíos. Así lo sienten San Juan Chrisóstomo y San Cirilo.

Los

(c) Joan. c. 12. v. 20.

Los otros son de parecer, y esta es la opinion mas probable, que el único fin de los Paganos era el ver este Templo célebre en todos los imperios del mundo, como se dice en el libro segundo de los Macabeos.

Si se dice en el Evangelio que subiéron al Templo para hacer en él oracion; el Evangelista no por eso quiere dar á entender que orasen, y ofreciesen los mismos sacrificios que los Judíos, ni que estuviesen allí mezclados y confundidos con ellos.

Se ve por el exemplo de Heliodoro, que habia en el Templo un lugar donde era permitido á los Paganos orar al Dios de Israel. El Sumo Sacerdote habia ofrecido un sacrificio, para mitigar la cólera del Señor enojado por el atentado sacrílego de Heliodoro. Este profanador sacrílego, habiendo sido castigado severamente con la venganza del Cielo, y arrepentido de su delito ofre-

ofreció tambien sacrificio; pero como advierte la Escritura, lo ofreció en un lugar destinado para este fin. Y así no puede concluirse de este pasage, que los Paganos estuviesen confundidos en el Templo con los Judíos. Volvamos á tomar el hilo de nuestra narracion.

Josepho y Filon, que fuéron los antiguos historiadores, que escribiéron todos los grandes acaecimientos que sucediéron entre los Hebreos, y todo lo que puede honrar á la nacion Judaica, á la que ellos mismos ilustráron con sus grandes empleos, su erudicion, y su sinceridad, nos enseñan que los mayores emperadores, y los mas famosos guerreros, manifestáron un respeto singular al Templo de Jerusalen, y lo hiciéron grandes presentes (d).

Para no cargar demasiado esta re-

(d) Philo, legatione ad Cajum.

relacion, me contentaré con nombrar los mas grandes hombres, es decir, aquellos que eran tenidos por los árbitros del mundo, y cuyo modo de proceder parecia tanto mas admirable, quanto mas se conocia su adhesion á la idolatría.

¿Qué cosa mas maravillosa que ver subir al Templo de Jerusalen á aquellos Príncipes ciegos que admitian la pluralidad de Dioses, adoraban á los ídolos, y no conocian la Ley de Moyses? Sin embargo estos son hechos atestiguados por el mismo Evangelio, como hemos probado, y por los mas antiguos Historiadores.

Se vió ir allí á Alexandro Magno para ofrecer un Sacrificio. Este fiero conquistador habia formado tan alta idea del Templo de Jerusalen, y del poder del Dios de los Hebreos, que vino á invocarle en este lugar santo (e). Lo

(e) Antiq. lib. 11. c. 8.

Lo mismo hizo Pompeyo, aquel famoso Capitan, que habia extendido sus conquistas hasta la Judea, que atacó y tomó á Jerusalen. Hecho Señor de la Ciudad santa, respetó este vencedor de los Judíos su Templo, prohibió se cometiese en él irreverencia alguna, y no entró en él sino para admirarlo, y dar pruebas claras del profundo respeto con que lo miraba (f).

Marco Agripa residió mucho tiempo en Jerusalen, y miéntras que permaneció allí manifestó el respeto que tenia á este santo Templo, yendo todos los dias á hacer oracion en él (g).

El Emperador Augusto no manifestó ménos veneracion ácia esta casa del Señor, dando á entender que confiaba mucho en los sacrificios, que allí ofrecia al Dios de Is-

(f) Antiq. lib. de bello cap. 5.
(g) Philo, de legatione ad Cajum.

Israel; pues Josepho nos dice, que tenia mandado, se ofreciesen por él diariamente á su costa sacrificios (h).

La conducta de los grandes hombres del Paganismo suministra materia para unas reflexiones muy profundas. ¿Qué mezcla no se advierte en su culto? ¿Que combares no tendrian con la razon? Adoraban á los ídolos en sus Templos, y venian á invocar al Dios de los de Israelitas en el Templo de Jerusalen. ¿De dónde les venia este respeto ácia la casa del verdadero Dios? ¿Por qué hacian en ella oracion, y ofrecian sacrificios? ¡Ah! las luces eran de la razon, que á pesar de su voluntad, se abrian camino por entre las tinieblas del Paganismo.

Lo que merece admiracion es, que despues de haberse formado tan altas ideas del Dios de los Hebreos, y

(h) Joseph. lib. 2. de bello. cap. 30.

y haber manifestado tanto respeto ácia su santo Templo, no abandonasen el culto de los ídolos. Con todo, yo me atrevo á asegurar, que dexarémos de admirar esta contradiccion de sentimientos y conducta, si se exâmina la causa, porque se hallará, que Dios por su infinita misericordia iluminaba de tiempo en tiempo estos ciegos voluntarios, y les revelaba su poder y su divinidad, pero las funestas preocupaciones de la educacion, los artificios del Demonio, la dureza de sus corazones, les hacian cerrar los ojos á la luz mas clara, ó a lo ménos les impedian aprovecharse de ella.

Platon, Sócrates y Ciceron dixéron cosas maravillosas contra la pluralidad de los Dioses: Horacio hizo el mayor escarnio de las falsas divinidades: con todo aquellos grandes hombres viviéron y muriéron en las tinieblas del Paganísmo. ¿No vemos diariamente que una desgraciada preocupacion, ó la verguen-

güenza de retractarse, induce á un gran número de sabios á perseverar en unos sentimientos, cuya falsedad conocen interiormente?

No se me diga, para destruir lo que hemos afirmado del respeto que tenian los Paganos al Templo de Jerusalen, que solo iban á él por mera curiosidad. Si no hubiesen tenido otro motivo que este; ni hubieran rogado al Dios de los Israelitas, ni ofrecido sacrificios.

Tampoco se puede decir que Filon y Josepho afirmáron todo esto sin fundamento, sino movidos solamente de un zelo que los arrebataba por la gloria de su nacion; pues vemos que nombran los Emperadores y conquistadores, que fuéron á visitar la casa del Señor, señalan el tiempo que residiéron en Jerusalen, citan sus edictos, que mandaban hacer oracion y sacrificios. Es necesario, pues, convenir en que el poder del verdadero Dios, que se manifestaba en favor de los Judíos,

díos, los movió á dar estos pasos de tanta edificacion, aunque tan poco durables.

¡Ah! ¡Quántos mundanos en el seno mismo de la verdadera Religion imitan á aquellos grandes hombres del Paganismo! Vienen á nuestros santos Templos, hacen oracion y ofrendas, sin dexar sus perversas inclinaciones, y sin renunciar los ídolos que adoran dentro de su corazon.

CAPITULO VII.

El Templo de Jerusalen, los de los Paganos, y las Iglesias de los Christianos, eran asilos seguros para los que habian cometido algun crimen. Revocacion de este privilegio por el abuso que de él se hacia.

Como los Templos son casas de oracion y de sacrificios, en donde se juntan los hombres, para invocar á la Divinidad, mitigar su ira,

é implorar su misericordia, no es extraño, que los que han tenido la desgracia de cometer algun crimen, hubiesen hallado siempe en los lugares santos un asilo seguro contra los procedimientos de la justicia.

Ninguna cosa mas regular, que el que los desgraciados, que por acaso, ó por flaqueza se habian hecho reos de algun crimen, se viesen seguros en un lugar, en donde los mayores pecadores, arrepintiéndose, no imploran en vano la clemencia del Señor irritado. (Desde luego se advertirá, que esto no es así hablando de los Templos de los Paganos.)

El privilegio de refugio para los delinqüentes pasó de los Hebreos á los Griegos, y de éstos á las Iglesias de los Christianos. Este es el órden que guardarémos en todo este capítulo.

El Templo, pues, de Jerusalen era un asilo seguro para los delinqüen-

qüentes. ¿Quáles eran estos delinqüentes? Aquellos que habian cometido algun crimen por acaso ó flaqueza, y no aquellos que le habian cometido con malicia y designio premeditado. La Escritura nos da pruebas convincentes de estas dos proposiciones.

Dios, cuya misericordia es infinita, que no quiere la muerte del pecador, sino su conversion, no contento con abrir á los delinqüentes un asilo en el Templo de Jerusalen, habia tambien expresamente ordenado que hubiese un gran número de ciudades, donde pudiesen refugiarse sin el menor temor de la justicia humana. Así se explica sobre esta materia, hablando con Moyses en las llanuras de Moab á lo largo del Jordan.

„De todas las ciudades que die„reis á los Levitas, habrá seis en„tre ellas, que servirán de refugio „á los fugitivos, para que aquel que „hubiere derramado la sangre de al

„gun hombre, pueda retirarse á „ellas, y además de estas seis ha„brá otras quarenta y dos, es de„cir, que habrá quarenta y ocho „con sus arrabales. Luego que hu„biereis pasado el Jordan, señalad „las ciudades que deberán servir de „refugio á los fugitivos que derra„maren contra su voluntad la sangre „de algun hombre.... Habrá tres „de la parte de acá del Jordan, y „tres en el pais de Canaan... El „fugitivo permanecerá en la ciudad „ádonde se hubiere refugiado has„ta la muerte del Sumo Sacerdote, „que hubiere sido consagrado con „el oleo santo (i).„

Ante todas cosas es necesario advertir, que estas ciudades de refugio estaban comprehendidas en el número de las que se habian concedido á los Levitas; por lo consiguiente eran unas porciones consagra-

(i) Lib. Num. cap. 35. v. 6.

gradas al Altar, ciudades santas separadas de las demas por el objeto á que se destinaban: y esta es la razon porque solo á ellas fué concedido el derecho de asilo.

En segundo lugar, se ve por las palabras del mismo Dios, quales eran los delinqüentes que tenian derecho de refugiarse en estas ciudades, y podian contarse seguros. No eran indiferentemente toda suerte de delinqüentes: Dios no quiso llenarlas de malvados, ni de prevaricadores voluntarios de su Ley. Es muy extraño que algunos hayan pensado que pudo ser el lugar santo, refugio para los que son el azote de la sociedad. Los homicidas involuntarios, esto es, aquellos que por acaso y contra su voluntad habian vertido la sangre de algun hombre, eran los únicos que podian refugiarse allí. Este es el solo crimen, que Dios exceptuó del rigor de las leyes.

En quanto á los homicidas voluntarios, bien léjos de hallar segu-

ridad en las ciudades señaladas; el Templo y aun el mismo Altar no les libraban del castigo que merecia su crimen. Así lo declara Dios expresamente en el libro del Exôdo.

„Si alguno matase á su próximo „de caso pensado, y le hubiere „puesto asechanzas; le arrancareis „aun de mi Altar, para hacerle mo„rir (k).„

Dios no queria, segun esto, que el lugar santo, ni aun el Altar mismo, sirviesen de asilo seguro á los prevaricadores voluntarios de su ley, para aquellos, es á saber, que habian cometido voluntariamente un homicidio. En vano se acogian al Templo, en vano se asian de los Altares; pues mandaba los arrancasen de allí para hacerlos padecer el suplicio que merecia su crimen. La

(k) Si quis per industriam occiderit proximum suum, ab Altari meo evelles eum, ut moriatur. Exod. cap. 21. v. 14.

La Escritura nos da un exemplo grande de tan justa severidad.

Joab habia derramado la sangre de dos Príncipes illustres: y estando ya David con un pie en el sepulcro, é inspirado sin duda por el Señor, que no quiere que el homicida voluntario quede impune, encargó á su hijo Salomon, que estaba para subir al trono, castigase á aquel homicida segun el rigor de la ley.

Joab conociendo el daño que le amenazaba, quiso salvarse en el Templo, y puesto al pie del Altar, se abrazó con él creyéndose seguro en este lugar inviolable. Banayas, comisionado por el Príncipe, entró en el Templo, y temiendo profanar el Altar, si executaba las órdenes que se le habian dado, mandó á Joab que saliese: rehusó éste obedecer, y respondió, que no saldría, juzgando que se libraba del castigo á la sombra del Altar. Pero se engañó, porque pagó sus ho-

micidios voluntários al pie del mismo Altar.

No debe estrañarse execucion tan sangrienta en el lugár santo, porque así lo mandaba expresamente la ley de Dios, en el libro 3. de los Reyes, en donde se lee: „El „Tabernáculo y el Altar de ningun „modo servirán de asilo seguro al „hombre, que derramó, de caso „pensado, la sangre de su próxi„mo (1).„

Pasemos ahora á los Templos de los Paganos. He dicho que el derecho de asilo para los delinqüentes, pasó del Templo de Jerusalen á los de los Griegos. Añado que usáron de este derecho, llevándolo al exceso.

Como aquellos idólatras tenian grandes ideas de sus Templos, temian violarlos y ofender á sus Dioses, si arrancaban de ellos á los de-

(1) Lib. 3. Reg. cap. 2. v. 28.

delinqüentes, que á ellos se habian refugiado. Este respeto ciego era el que los obligaba á mirarlos como asilos seguros, aun para aquellos que habian cometido los mas horribles crímenes. ¡Ciertamente hacian un grande honor á sus Dioses juzgándolos protectores de los mas insignes malvados!

Con esta loca persuasion los nietos de Hércules levantáron en Atenas un Altar á la Misericordia, en donde los mayores delinqüentes hallaban un asilo seguro contra los procedimientos de la justicia.

Pero por mucho que se hayan excedido los Paganos en extender este privilegio, esto no debe admirarnos: porque los Dioses que adoraban en sus Templos, podian autorizar estos abusos: tributaban honores divinos á hombres que habian consagrado con sus exemplos los homicidios, los incestos, los desórdenes mas vergonzosos. Y así tenian algun motivo para creer, que aque-

aquellas pretendidas divinidades protegian á los que eran reos de semejantes crímenes: y á la verdad todos los malvados que se refugiaban á sus Templos, tenian derecho para esperarlo todo de aquellos Dioses, á quienes habian imitado.

¡Pero quánta diferencia hay de los Templos de los Paganos á los nuestros! ¡De los Dioses que ellos reverenciaban al Dios que nosotros adoramos! Tributaban honores á estatuas de piedra y de madera. Dioses que se habian hecho infames por sus desórdenes, y detestables por sus crueldades. Nosotros adoramos un Dios, que es el orígen de toda pureza, cuya misericordia, y todas las demás perfecciones son infinitas: un Dios que condena hasta los malos pensamientos y deseos criminales.

Convengo sin embargo, en que nuestras Iglesias, del mismo modo que los Templos de los Paganos, fué-

fuéron en algun tiempo asilo, donde ciertos delinqüentes estaban seguros: y de donde no era permitido sacarlos violentamente para castigarlos segun el rigor de las leyes.

Grandes Emperadores han mantenido este derecho de asilo por respeto, sin duda, á la casa del Señor: Graciano, Valentiniano, Teodosio el Grande, Honorio, y Teodosio el Jóven, estableciéron penas contra los que extragesen violentamente á un hombre de la Iglesia, donde se habia refugiado (m).

Pero no tardarémos mucho en ver los abusos que ocasionó este privilegio, que se extendia á un número bastante grande de delitos. Los Emperadores, Tiberio y Antonino habian abolido el derecho de refugio en los Templos de los Paganos: los Emperadores Christianos mo-

(m) Cod. Justin. lib. 1. tit. 12. lib. 6. tit. 29.

moderáron el de las Iglesias, y exceptuáron de él ciertos crímenes.

Andando el tiempo todavía hiciéron mas, aboliéron del todo este privilegio. En efecto las leyes humanas fundadas sobre la Ley divina, no debian ser despreciadas por los malvados, que habian merecido ser condenados con el mayor rigor. Nosotros respetamos las causas, que obligáron á conceder á nuestras Iglesias el derecho de refugio; pero no podemos ménos de probar las razones que obligáron á suprimirlo.

Nuestros Templos á la verdad son asilos seguros, segun el espíritu de la Religion; ¿pero para qué especie de gentes? Para los justos, que se juntan en ellas, á adorar al Señor en espíritu y verdad, para darle gracias por los favores recibidos, y pedirle los auxîlios que necesitan para continuar fielmente en su servicio. Son tambien asilos para los pecadores contritos y humillados, que vienen al pie del Trono

no á implorar la clemencia de Jesu-Christo, solicitando con lágrimas su perdon, pedirle asimismo con ahinco la gracia para vencer sus pasiones, como para vivir en su santo amor, y perseverar en él hasta el fin de su vida.

Sin embargo de lo qual nuestras Iglesias no deben ser, ni serán jamás retiros seguros, para aquellos miserables, que se arrojan á cometer un delito con la esperanza de la impunidad, y que vienen á ellas, no para llorar humildemente sus pecados, sino para despreciar con insolencia la severidad de la justicia.

¿Qué idea formariamos de nuestras Iglesias, si pensasemos honrarlas dexando en ellas un malvado, que tiene todavía las manos teñidas, y para decirlo así, humeando con la sangre de su hermano: un ladron, un adultero, un incestuoso, un infame? ¡Ah! ¿No seriamos nosotros mas ciegos que los mismos Emperadores Paganos, que quitáron este

te

te privilegio á los Templos de sus falsos Dioses? ¡Nosotros protegeriamos á los que Dios quiere que sean castigados!

A la verdad no podemos tener tan alta idea como se merecen nuestras Iglesias, ni mirarlas con todo aquel respeto que les es debido; debemos contar con la clemencia y tierna misericordia de Jesu-Christo que asiste en nuestros Tabernáculos: nunca esta confianza podrá ser excesiva, porque su misericordia y su poder no tienen límites. ¿Pero cómo debemos corresponder á estas grandes ideas? ¿Quándo habran de esperarse los preciosos efectos de la bondad, que venimos á solicitar á nuestros santos Templos? Quando asistimos á ellos con recogimiento, con modestia, con piedad, con un sincéro dolor de nuestros pecados.

Estos son los que consiguen un asilo seguro en nuestras Iglesias, y los que pueden hallar gracia delante

te del Señor; pero no aquellos que quebrantan voluntariamente las leyes divinas y humanas.

En el Evangelio leemos que nuestro Señor arrojó del Templo de Jerusalen á los mercaderes, que vendian en él las cosas mas necesarias á los sacrificios, añadiendo que su casa era casa de oracion, y no cueva de ladrones. ¿Cómo podriamos nosotros pensar, segun esto, que nuestras Iglesias, que son mucho mas santas, pudiesen servir de asilo seguro á los malvados, infamados con los mas detestables crímenes?

CAPITULO VIII.

De los vanos esfuerzos que hizo Juliano Apostata, para reedificar el Templo de Jerusalen.

Antes de hablar de los vanos intentos, que hizo Juliano Apóstata, para reedificar el Templo de Jerusalen, y de las causas que á esto

to le movièron ; me ha parecido debia hacer algunas reflexîones preliminares, y delinear el retrato de este famoso enemigo de los Christianos. Espero que el lector no se disgustará de esta especie de digresion.

Dios saca freqüentemente su gloria de los esfuerzos que los hombres hacen para obscurecerla : hace brillar la verdad de su doctrina en los mismos acontecimientos que parecen mas á propósito para destruirla. Como muda quando quiere los lobos en carneros ; así tambien permite algunas veces que los corderos se muden en lobos rapaces. Dexa obrar por algun tiempo á los apóstatas é impíos, que despues de haber gustado el don de Dios, y de haber sido iluminados con la luz del Evangelio, se vanaglorian de blasfemar contra el ser supremo, y de combatir las verdades que hasta entónces creian.

El reyno de estos miserables no es duradero : Aquel que manda á los vien-

vientos, y á las tempestades los detiene en su carrera sacrílega; el poder con que se hallan, que tanto los engrie, tiene sus límites, como el de los Magos de Egipto. Está fixado el término de sus imposturas y de su impiedad; quando han llegado á él, confiesan á pesar suyo que erráron.

Es verdad que aquellos infelices que osáron levantarse contra Dios y su santa Religion, hacen todos los esfuerzos posibles para arrastrar á los demas á su abominable partido; y se emplean en hacer muchos males, miéntras duran los dias de su pretendido triunfo. Quitan al Señor muchos adoradores: afligen y persiguen á los justos que estan firmes en la fé, atemorizan á los débiles, y animan á los libertinos.

La incredulidad fácilmente hace progresos; los que quieren perpetuar sus crímenes tienen interes en no creer nada; abrazan gustosos el partido de combatir una Religion

que enfrena todas las pasiones. El corazon, mas bien que el entendimiento, es el que pronuncia aquellas palabras necias: „No hay „Dios (n).„

En el delirio de la pasion, y no baxo el imperio de la razon, es quando desconoce el impío la divinidad, de la que todo él está investido. Los incrédulos se juzgan seguros durante su vida, pero en la muerte son hombres perplexos: toda su pretendida seguridad se desvanece, quando se ven en aquel momento terrible.

Si los incrédulos hacen tanto mal con sus perniciosos exemplos, sus discursos atrevidos y sacrílegos, sus discursos seductivos por la sutileza de los razonamientos con que obscurecen sus impiedades y sus blasfemias; ¿qué daño no hará en el Christia-

(n) Dixit insipiens in corde suo: *Non est Deus.* Psalm. 52.

tianismo un Soberano, que le abona por entregarse al culto impío de los ídolos? ¿Un Soberano que condena públicamente nuestra santa Religion, que emplea su autoridad en extinguirla, para levantar sobre sus ruinas el Paganismo?

¿Qué no se deberá temer de su poder? ¿Si hace Mártires, no hace tambien Apóstatas? ¿Si sus edictos sangrientos no intimidan á los Christianos firmes en la fé, no alteran tambien á los que fluctuan en ella? ¿Y qué sucede entónces? Miéntras que la Religion Christiana tiene pérdidas, el Paganismo recibe nuevos acrecentamientos. Miéntras que los Christianos huyen y se ocultan, los Paganos se manifiestan con arrogancia. Sus Templos estan abiertos, los nuestros cerrados, nuestro dolor es su triunfo.

Tal fué el estado del Christianismo, durante el poco tiempo, que reynó Juliano Apóstata. Digo poco tiempo, porque Dios aceleró el cas-

tigo de su apostasía, y los vanos esfuerzos que habia hecho, para destruir la Religion Christiana.

La persecucion que suscitó, ocasionó grandes ventajas á los Christianos, que estaban, segun San Pablo, arraygados, y cimentados en la fé: los unos alcanzáron la corona del martirio, los otros se consoláron, y fortalecièron con los grandes prodigios que Dios obró en favor de nuestra santa Religion, cuyo triunfo confesó este monstruo, espirando miserablemente.

Para dar en este lugar una idea exâcta de Juliano, y pintar el genio, los atentados, las impiedades, y la muerte trágica de este monstruo, que habia conspirado á la ruina del Christianísmo, tendria yo necesidad de aquel zelo, y de aquel fuego noble que brilla en los discursos de San Gregorio Nacianceno contra este Apóstata. Pero la sublimidad de este elocuente Padre de la Iglesia excede mis facultades: y por otra parte

te estaria fuera de su lugar en una relacion histórica. Me contentaré, pues, con dar una idea de ella, segun lo que pide la simplicidad de la historia.

Libre Juliano de la muerte que le amenazaba juntamente con su hermano Galo, por el socorro y amistad de Constancio, profesó el Christianismo por espacio de veinte años. Su vida parecia austera y exemplar: tenia talento, y se aplicaba mucho al estudio; desprendido, al parecer, de los atractivos y grandezas del mundo, habia entrado en la clase del Clero. Le ordenáron Lector, y se creyó capaz de poder explicar los Libros sagrados. Así se formó á la sombra de los Altares, este monstruo que habia de despedazar el rebaño de Jesu-Christo, este tirano que habia de derramar la sangre de los Christianos, el mas furioso enemigo de la Religion. ¡Oh Dios mio, quán incomprehensibles son vuestros juicios!

Muchos Padres de la Iglesia, y muchos Historiadores aseguran, que Juliano ocultaba baxo el velo de la hipocresía sus malos designios, y perversos sentimientos en el tiempo mismo, que profesaba públicamente el Christianismo. Lo que acabó de perderle, fué el trato con los Filósofos, y principalmente con Máximo de Efeso, con el qual tuvo amistad muy estrecha.

Los Filósofos de aquellos tiempos se aplicaban casi todos á la Mágia. Esta falsa ciencia fué del gusto de Juliano, y habiéndose aplicado á ella hizo en él funestos progresos, segun lo que confiesan sus mismos panegiristas. Libanio asegura, que sabia lo que pasaba en oriente y occidente con la ayuda de los Demonios, con quienes tenia comercio.

Por consejo de Máximo de Efeso renunció secretamente el Christianismo, digo secretamente porque temia á Constancio. Para declarar su apostasía, esperaba ser ensalzado

ántes al imperio, como Máximo se lo habia anunciado.

Despues que Constancio le declaró César, pasó á las Galias con un exército, en donde dió pruebas de su valor. Sitió la mayor parte de las ciudades, alcanzó famosas victorias, y penetró hasta Paris, donde se detuvo un invierno.

En fin ascendió al imperio, y entónces fué quando se declaró abiertamente enemigo de los Christianos, á los que llamaba, por irrision, Galileos.

Juliano no reynó sino veinte meses; pero en este corto tiempo hizo todos los esfuerzos que podia inspirarle el infierno para aniquilar el Christianismo. Leyes injustas, edictos sangrientos, amistades estrechas y oficiosas con los enemigos de los Christianos, todo se empleó con furor, y esto llevado al último término, todo fué inútil, porque todo fué transtornado por el brazo invencible del Todo-poderoso; que se

burla de los proyectos del impío.

El mismo Juliano confesó á la hora de su muerte, que habia sido vencido por el Dios de los Christianos, y blasfemando de sus Dioses, tributó vasallage al poder divino, que con osadía habia despreciado durante su reynado.

Ninguna cosa prueba mejor el aborrecimiento que este apóstata tenia á los Christianos, que la ley que publicó, prohibiéndoles estudiar las letras humanas, y los autores Paganos. Ya ántes les habia prohibido, segun refiere Ammiano, el enseñar la Gramática, la Retórica, y aun la Medicina (o).

Como era un Príncipe dotado de entendimiento, alegaba razones para justificar estas leyes injustas; pero no tenian otro objeto que el de hacer escarnio de los Christianos.

Decia primeramente que los Christia-

(o) Ammian. lib. 22. pag. 222.

tianos no debian estudiar á Homero y Horacio, porque no querian adorar sus Dioses. Así dexaba á su eleccion, ó leer los Poetas, adorando los Dioses que los Poetas celebraban, ó ir á sus Iglesias á explicar á Mateo y Lucas. Decia en segundo lugar, que los Christianos no deben buscar, sino la simplicidad de la fé, y dexar el estudio de las letras humanas á los que siguen la religion Griega, ó lo que es lo mismo, siguen el Paganismo.

Probando claramente con estas leyes injustas, que no tenia razon sólida, con que responder á las objeciones de los Christianos instruidos. Temia las armas que suministra la Religion estudiada y meditada; y por lo mismo queria tambien que ignorasen todas las extravagancias del Paganismo. Estas eran las verdaderas razones que le habian persuadido á prohibir el estudio á los Christianos.

No se contentó con todas estas pre-

precauciones ridículas, publicó un edicto para restablecer la idolatría en todo su imperio. Los Templos de los Christianos se cerráron, y los de los Paganos se abriéron. La Corte imperial, dice San Juan Chrisóstomo, se componia de Filósofos, de Sacrificadores, Magos, Encantadores, Adivinos, y de hombres perdidos (p).

Comprueba el encono de Juliano contra la Religion christiana el pasage siguiente. El Emperador Constantino despues de la aparicion célebre de la Cruz, que habia visto en las Galias, mandó hacer un hermoso estandarte, en que estaba representada esta señal venerable á quien llamaban *Labarum*. Este grande Emperador hacia que se llevase en la vanguardia del exército, para animar sus tropas. Juliano, pues, enemigo de la Cruz, hizo mudar esta gloriosa divisa. El

(p) Chrisostom. in Gent. pag. 676.

El Conde Juliano, su tio materno, habiendo sabido que Bonozo y Maximiliano, Generales del exército, no habian mudado los estandartes, y que llevaban siempre la Cruz sobre sus vanderas, los hizo atormentar cruelmente, y persistiendo en llamarse Christianos, los condenó á muerte, y les grangeó la gloria del martirio.

Juliano por su parte hizo morir un gran número de Christianos, y jamás reprimió el furor de aquellos que los asesinaban. La persecucion no fué larga, porque su reynado fué corto; pero causó mucho daño: la idolatría se extendió, hizo rápidos progresos, y se aplaudiéron por algun tiempo sus triunfos sacrílegos.

El aborrecimiento que Juliano tenia á los Christianos, le obligó tambien á conceder su proteccion á los Judíos errantes y dispersos. Esto fué lo que le hizo emprender el temerario proyecto de reedificar su Tem-

Templo. Aunque no profesaba mas inclinacion á la Religion de los Judíos, que á la de los Christianos; de esta suerte se prometia reducirlos á un muy corto número, despues de haberse servido de ellos para arruinar los Christianos (q).

Los Judíos, segun advierte San Ambrosio (r), hacian los mayores esfuerzos para merecer la proteccion de este Apóstata, y valerse del aborrecimiento que tenia á los Christianos. Con este intento pusiéron fuego á la grande Iglesia de Alexandría, á dos de Damasco, y á muchas otras en diferentes lugares.

Juliano, como hábil político é hipócrita refinado, dice en una de sus cartas, que quiere reedificar el Templo de los Judíos en honor de Dios, á quien estaba dedicado. Se vió lisongeada esta nacion ciega y er-

(q) Sozomen. 631.
(r) Ambros. epist. 17.

errante, resucitó su ánimo, hasta entónces abatido. Los Judíos arrogantes con esta proteccion del Emperador, diéron parte á todos sus conciudadanos de tan feliz novedad. Se les vió venir de todas partes del mundo apresuradamente para contribuir á esta grande obra. Su corazon los hacia caminar con ardor, y emplear prodigamente sus riquezas en esta obra.

Los Historiadores aseguran, que habian hecho palas, azadones y espuertas de plata. En este estado hacian escarnio de los Christianos llegando hasta el extremo de amenazarlos (s). San Cirilo, que á la sazon era Obispo de Jerusalen, instruido de la profecía de Daniel, y de lo que Jesu-Christo habia anunciado, se burlaba de su empresa. El exîto confirmó su locura.

Am-

(s) Teodoret. lib. 3. pag. 653. Ruffin. lib. 10. pag. 176. Socrat. lib. 3. pag. 193.

Ammiano pretende, que Juliano, el Héroe de este Historiador, que tuvo la debilidad de tributarle los mas excesivos elogios, formó el proyecto de reedificar el Templo de Jerusalen, por dexar á la posteridad un monumento ilustre, y memorable de su reynado (t).

Acerca de este punto piensa San Juan Chrisóstomo, que este Emperador impío, queria hacer vana la sentencia pronunciada por Jesu-Christo, de que jamás el Templo seria reedificado. Esperaba con esto poderse mofar con razon de los Christianos, y arruinar el Christianismo (v). El sentimiento de este juicioso Padre de la Iglesia parece mas bien fundado que el de Ammiano.

Sea lo que fuere, todos los esfuerzos de Juliano quedáron vanos. Dios

(t) Ammian. lib. 13. pag. 237.
(v) Chrisostom. in Jud. pag. 436.

Dios le confundió, é hizo admirar su poder con prodigios, que forzáron á este Apóstata del mismo modo que á los Judíos á abandonar aquella temeraria empresa. De estos prodigios dan testimonios los autores mas graves de aquellos tiempos, y aun los mismos Paganos (x).

En vano protegia Juliano á los Judíos, en vano se habia ligado con ellos, para hacer grandes preparativos, en vano habia dado á Alipio, uno de sus mas íntimos confidentes, la superintendencia de los trabajos para la construccion del famoso edificio, que habia sido destruido por órden del Cielo (y). Desde el momento en que diéron principio á la obra, se sintiéron grandes

(x) Theodoret. Ruffin. Socrat. Histor. Gregor. Naz. Orat. 4. p. 111. Ambros. epist. 40. n. 12. Chrisostom. tom. 5. p. 753. Ammian. lib. 23. pag. 237.

(y) Juli. epist. 25. Ammian. lib. 23. pag. 237.

des temblores de tierra, que hicié-ron perecer á muchos Judíos: tor-bellinos de fuego consumian los materiales.

Así la empresa de Juliano, unido con los Judíos, no sirvió, sino para verificar la profecía de Jesu-Christo, que habia anunciado, no quedaria piedra sobre piedra. En efecto este fuego encendido por la venganza divina, consumió hasta las ruinas del Templo que habian que-dado sepultadas en la tierra.

A mas de este prodigio se de-xó ver en el Cielo una Cruz de luz mas brillante, que la que habia apa-recído á Constantino. Esta marávi-lla confundió á Juliano, que se de-claraba enemigo de la Cruz del mis-mo modo que los Judíos.

Descubrió Dios tambien un te-soro precioso á los Christianos. Co-mo los obreros baxaban con cuer-das á una caverna llena de agua, halláron cavando en los cimientos el Evangelio segun San Juan, en-vuel-

vuelto en un lienzo finísimo, sin que por eso estuviese mal tratado.

Viendo Juliano todos sus proyectos confundidos, que no servian sus esfuerzos sino para verificar el Oráculo del Salvador en órden al Templo de Jerusalen, los Judíos confusos, precisados á abandonar la reedificacion de su Templo, á pesar de la proteccion é inmensas riquezas que tenian, deberia dexar de aborrecer y perseguir á los Christianos. Pero este vil Apóstata habia merecido ser abandonado de Dios. Solo quando estaba espirando, es quando confesó, aunque inútilmente, su Divinidad.

Dios hizo tambien un milagro grande, para que conociera la vanidad de los ídolos, y la extravagancia del Paganísmo. Las reliquias del Mártir San Babil depositadas en un sepulcro en el arrabal de Daphne, hiciéron callar el Oráculo del Demonio. En vano Juliano sacrificó á Apolo cerca de una fuente que le

estaba consagrada: en vano le consultó, el Oráculo estaba mudo, y supo por sus mismos Sacerdotes que la presencia de las preciosas reliquias de un mártir era lo que desagradaba á sus Dioses (z).

Entónces aquel Príncipe, desesperado con el silencio del Oráculo, mandó á los Christianos llevasen á otro lugar las reliquias del Santo Mártir. ¿Pero qué logró con eso? Bien léjos de deshonrar la Religion Christiana, ocasionó una brillante translacion, que fué la primera que se hizo en la Iglesia, y tuvo el dolor de ver que los Christianos de Antioquía la celebraban en su presencia con una pompa extraordinaria, oyéndolos cantar con alegría de su corazon aquellas palabras del Salmo 96. „Que todos „los que adoran Dioses de madera „y de piedra, y ponen su confianza en los vanos ídolos, sean para „siempre confundidos.„ Ga-

(z) S. August. Socrat. Sozomen. Theodor.

Galo que era Christiano y hermano de este Emperador Apóstata, quiso manifestar por medio de un monumento público la veneracion que profesaba á San Babil. A este fin hizo que se edificase una Iglesia cerca del Templo de Apolo, y mandó depositar en ella las reliquias del Santo Mártir. ¿Qué es lo que entónces sucedió? Cayó fuego del Cielo sobre el Templo de este falso Dios, y reduxo á cenizas el Templo y el ídolo.

Despues de todas estas maravillas debia reconocer Juliano el poder manifiesto de la Religion Christiana, y por consiguiente su Divinidad. Debiera conocer la vanidad y la nada de sus ídolos, mandar destruir sus Templos, y abrir los de los Christianos. Pero semejante á Faraon, los prodigios mas admirables que debian contribuir á convertirle, no sirviéron sino para endurecerle mas, y obstinarse en la idolatría. Continuó, pues, su furor

contra los Christianos, y despues de haberlos perseguido por espacio de los veinte meses que duró su reynado, y de haber probado todos los medios para aniquilar nuestra santa Religion, pereció miserablemente en la Frigia en el año de 363, teniendo solo de edad 32 años.

Se dice, que sintiéndose herido mortalmente, llenó sus manos de su propia sangre, y la arrojó ácia el Cielo pronunciando estas palabras de desesperacion: „venciste Galileo, „venciste.„ Añaden que blasfemó despues de sus Dioses, porque le abandonaban. ¿No era esto confesar que habia abandonado la verdad por seguir la mentira?

Por desgraciada que haya sido esta muerte, no debe sorprendernos: así debia acabar aquel indigno Apóstata, que no habia usado de su autoridad, sino para perseguir á los mas fieles siervos de aquel, que hace los Emperadores y los Reyes.

HIS-

HISTORIA DE LOS TEMPLOS.

TERCERA PARTE.

De las Iglesias.

Habiendo llegado al objeto principal de mi obra, dudé si daria una idea sumaria de esta tercera parte, pero como comprehende un grande número de capítulos, me pareció que aun el extracto mismo seria enfadoso á los Lectores. Esto es lo que me obliga á remitir á la tabla de capítulos á los que quieran saber anticipadamente los asuntos de que voy á tratar.

CAPITULO I.

De los lugares donde se congregaban los primeros Christianos á orar, y ofrecer el Sacrificio.

Despues de la Ascension de Jesu-Christo, se juntáron los primeros Discípulos en el Cenáculo á orar: no se hallaban en aquel lugar sino los Apóstoles, la Vírgen Santísima Madre de Jesus, algunos Discípulos, y algunas santas mugeres. Pero despues de la venida del Espíritu Santo, el número de Discípulos del Salvador se aumentó considerablemente. Dos Sermones de San Pedro convirtiéron ocho mil Judíos.

Como el establecimiento de la Religion Christiana era obra de Dios, ningun obstáculo podia oponerse á sus rápidos progresos. Se vió, segun habia anunciado el sabio Gamaliel, que la doctrina de Jesus Nazareno hacia en poco tiempo grandes

des progresos, á pesar de todos los esfuerzos del universo, conjurado contra ella. Bien pronto no solo la Judea, sino tambien la Antioquía, Corinto, Roma, y las mas grandes ciudades oyéron á los Apóstoles, se sintiéron conmovidas de sus discursos, sometiéndose al yugo del Evangelio.

San Lucas habla de los principios del Christianismo, y asegura que habia ya en ellos una multitud inmensa de Christianos. ¿Quánto mayor seria el número, luego que los Apóstoles dispersos anunciáron el Evangelio? Luego que volaban, por así decir, á los paises mas distantes, predicando la doctrina de Jesu-Christo, la que confirmaban á cada paso con visibles prodigios, para que así establecida su verdad, convirtiesen por este medio á un sin número de creyentes.

Ya se habia visto en otro tiempo, que en el Egipto á pesar de la crueldad de Faraon y de su Corte, los Israelitas se multiplicáron, y

llegáron á componer un pueblo inmenso en la opresion de la servidumbre. Se vió en los primeros tiempos de la Iglesia, quando todavía estaba en la cuna, que se multiplicaban los Discípulos del Salvador en la Judea y en otras partes del mundo, á pesar de todas las precauciones y amenazas, de todas las persecuciones de la sinagoga, y baxo las mismas espadas de los tiranos, que para destruir en su nacimiento esta santa Religion empleaban todos los suplicios, que podia inventar la rabia del infierno.

Es necesario, pues, que nos representemos como casi infinito el número de los Christianos, ya en el primer siglo de la Iglesia. Estaban dispersos, es verdad, segun los lugares donde habian recibido la fé; pero todos estaban unidos con el vínculo de la caridad, y de una misma doctrina; no componian, como dice San Lucas, sino un corazon y una alma.

Y perseveraban, segun el mismo Evangelista en la doctrina de los Apóstoles, en la oracion, en la fraccion del pan. ¿Pero dónde se juntaban para escuchar las instrucciones, para orar, y dar á Dios el culto que le es debido? Esto es lo que vamos á exâminar.

Se puede decir que la primera Iglesia ó primer Oratorio de los Christianos fué el Cenáculo, donde se congregáron, despues de la Ascension del Salvador.

En este lugar fué donde todos pidiéron á Jesu-Christo, que les enviase su divino Espíritu, y donde recibiéron la plenitud de sus dones preciosos.

Esparciéronse los Apóstoles despues de la venida del Espíritu Santo por diferentes Provincias, y los Christianos derramados por todas partes formaban un cuerpo considerable desde el primer siglo. El punto que ahora habrémos de tratar, será de quales sean los lugares en que los fieles

es se juntaban para el culto y celebracion de los sagrados misterios.

Para dar, pues, en este asunto una idea clara y precisa, es necesario consultar la historia de los primeros siglos de la Iglesia, sobre cuyo particular nos enseña:

I. Que desde el establecimiento de la Religion Christiana hasta el año de 230. no tuviéron los Christianos Templos públicos: sino que se juntaban en las casas de algunos fieles acomodados y fervorosos: estas casas hacian veces de Iglesias.

Hubo tambien en este tiempo y despues algunos Emperadores Paganos, que les concediéron ciertos lugares, para juntarse, y aun les diéron alguna propiedad.

II. Desde el año 230. hasta el reynado de Constantino el Grande tuviéron Templos, pero todos fuéron destruidos por el Emperador Diocleciano, uno de los mas crueles enemigos de la Religion Christiana.

Ha

Ha sido necesario hacer estas observaciones para entender los diferentes edictos de los Emperadores, aun de los Paganos en favor de los Christianos. Una vez sentados estos hechos históricos, no nos queda que hacer mas que exponerlos con mayor extension para darles mayor claridad.

Digo, pues que hubo tres especies de lugares, donde los fieles se congregaban desde que baxó el Espíritu Santo, hasta el reynado de Constantino el Grande; es á saber, las casas de algunos Christianos acomodados y fervorosos, las porciones de tierra que algunos Emperadores Paganos les concediéron para celebrar sus juntas, los Templos que se les permitió construir despues del año 230. y que mandó destruir el Emperador Diocleciano en una horrible persecucion que suscitó á la Iglesia.

Se ve por las Epístolas de San Pablo, que los primeros Christianos

nos se juntaban en la casa de algun fiel de conveniencias y de piedad, de lo que tenemos muchas pruebas: porque en la primera á los de Corinto (a), dice este Apóstol: Aquilas y Priscilo, y la Iglesia que está en su casa os saludan con mucho afecto en nuestro Señor Jesu-Christo.

En la Epístola á los Colosenses habla así: Saludad de mi parte á nuestros hermanos de Laodicea, á Ninfas, y la Iglesia que está en su casa (b).

En su carta á Filemon saluda tambien á la Iglesia que está en su casa (c).

¿Qué es, pues, lo que entiende San Pablo por la palabra Iglesia? Es claro, segun estos pasages, comprehender los fieles que se congre-

(a) 1. Ad Corinth. c. 16. v. 19.
(b) Epist. ad Coloss. c. 4. v. 15.
(c) Epist. ad Philem. v. 1.

gregaban en aquellas diferentes casas. Así es que San Pablo llama siempre Iglesia á la Congregacion de los fieles, pero no á la casa donde se congregan. Si se da este nombre á los lugares donde se juntaban, es para denotar el uso sagrado que se hacia de estos edificios.

Diráseme que San Justino y Tertuliano muriéron ántes del año 230. los que parece aseguran, que los Christianos en su tiempo ya tenian Iglesias. San Justino dice que sus asambleas se tenian en un lugar consagrado al culto divino (d). Tertuliano refiere que los Discípulos del Salvador se juntaban en el Templo, en la Iglesia á orar y ofrecer el Sacrificio (e).

Convengo en que los que no tengan conocimiento alguno de la historia, podrán tomar á la letra las pa-

(d) S. Justinii Apolog. 2. ad Antonin. Pium.
(e) Tertull. adversus Martionem, lib. 4.

palabras de que usáron aquellos dos célebres Apologistas de nuestra sagrada Religion; pero los que hayan consultado los monumentos de la antigüedad, sostendrán con nosotros, que hasta el año 230. por la palabra Iglesia, se debe entender la casa de algun fiel, adonde concurrian los demás, ó ciertas porciones de tierra que los Soberanos habian concedido á los Christianos.

Desde el año 230. hasta el reynado del Gran Constantino tuviéron permiso para construir Templos, y se empleáron en esto con zelo. Vemos que los tenian en diferentes parages quando el Emperador Diocleciano manifestó su furor contra los Christianos, y excitó en la Iglesia la mas cruel de todas la persecuciones. Todos estos hechos se atestiguan por los edictos que publicáron Constancio, Padre del Gran Constantino, Maxîmiano y Constancio. Eusebio es el que nos da noticia de estos edictos. Du-

Durante la persecucion de Diocleciano, de que acabo de hablar, los Christianos estuviéron expuestos á los mas terribles excesos del furor, y privados de las gracias que se les habian concedido en órden á sus religiosas juntas: los lugares destinados al culto divino con las propiedades que eran dependientes, les fuéron quitadas al mismo tiempo que echáron por tierra sus Templos.

Gemian viéndose sin Templos, y sin la libertad de congregarse, para cumplir con los exercicios de su Religion; pero su dolor se endulzó con los edictos de los Emperadores que ya he nombrado. El primero mandó restituir á los Christianos los lugares donde se congregaban; y las propiedades que de ellos dependian, tanto para el adorno de aquellos lugares sagrados, como para la celebracion de sus ceremonias.

Maximiano permitió á los Christianos, que reedificasen todos los Templos destruidos baxo el reynado

do de Diocleciano, y les concedió el libre exercicio de su Religion. Véanse aquí las palabras de este edicto que fué de mucho consuelo á los fieles, y prueba claramente lo mismo que hasta aquí hemos dicho.

„Hemos resuelto, decia, que „conviene usar de indulgencia para „con los Christianos que se hallan „sin Templos, y sin lugar alguno „cómodo para congregarse, y cum„plir con las obligaciones de su Re„ligion. Por lo que queriendo dar„les claras pruebas de nuestra be„nevolencia, consolarlos, y reparar „las pérdidas que han sufrido, he„mos ordenado lo siguiente.„

„Permitimos á todos los Chris„tianos que puedan congregarse en „los lugares, que hasta aquí les ha„bian sido concedidos, reparar sus „ruinas, adornarlos, hacer en ellos „sus ofrendas, y ofrecer sus sacri„ficios.„

„Permitimos asimismo, que re„edi-

„edifiquen, segun fuere su volun-
„tad, los Templos que fuéron des-
„truidos en la persecucion, y que
„ellos llaman casas de oracion ó ca-
„sas del Señor.

„Mandamos á todos, que por
„nuestra autoridad gobiernan nues-
„tras provincias, executen en sus
„distritos el presente edicto, é im-
„pidan que los Christianos sean in-
„quietados en sus asambleas ó en
„la reedificacion de sus Templos (f).„

A vista de todos estos hechos auténticos de la historia, se puede considerar baxo de tres diferentes aspectos el lugar donde se congregaban los Christianos desde el nacimien-

(f) Libenter erga hos (Christianos) indulgentiam nostram credimus porrigendam, ut rursum conventicula, in quibus orare consueverant, extruant.... Orationum domos, id est, dominica sua ut instaurent pro voluntate sua, permittimus. Euseb. Hist. Eccl. lib. 8. c. 19. lib. 9. c. 9. Epist. Max. Imp. anno 314.

miento de la Iglesia hasta el de Constantino. Era este ya la casa de un fiel piadoso y zeloso, como hemos advertido en las Epístolas de San Pablo; ya era un lugar concedido por el estado con alguna propiedad; ya por fin eran Templos públicos, que fuéron destruidos ó reedificados, segun el furor ó clemencia de los Emperadores.

Con ninguna cosa podemos probar mejor la antigüedad de las juntas piadosas de los Christianos, y por consiguiente de las Iglesias, que con estos monumentos de la historia. Con efecto por pequeño, obscuro y oculto que fuese el lugar donde se congregaban los primeros Christianos, éste era siempre su Iglesia y su Templo. Allí asistian con zelo, allí oraban con fervor, allí oian con docilidad la divina palabra, allí con amor se alimentaban del cuerpo y sangre del Salvador.

Dios era honrado en estas Iglesias

sias pobres y ocultas. Y los Christianos eran tanto mas fervorosos, quanto estaban mas oprimidos, y quanto mas amenazas y suplicios padecian. Luego que cesáron las persecuciones, se resfrió este fervor admirable, luego que se dió la paz á la Iglesia, se viéron levantar en todas partes Templos suntuosos; pero no se vió ya en ellos el principal adorno, quiero decir, la piedad de los primeros siglos.

En otro tiempo los Emperadores Paganos por respeto á nuestra santa Religion concediéron Templos á los Christianos. Hoy dia los Príncipes Christianos se ven precisados á hacer leyes para obligar á los fieles á que asistan á nuestras Iglesias con la decencia y modestia, que es debida. ¿Qué semejanza tenemos nosotros con nuestros antipasados en lo que toca á la reverencia á los lugares sagrados?

No hay cosa mas bella, y al mismo tiempo mas capaz de confundir-

nos, que el retrato que hace Tertuliano de los primeros Christianos, quando hace á los Emperadores una pintura de sus asambleas. Representa su piedad, su modestia, su postura humilde, la inocencia de su corazon, su zelo, su amor; y emplea en este admirable retrato los mas vivos colores, que caracterizan unos hombres penetrados de la grandeza de Dios y de su nada: oigámosle sus mismas palabras.

„Quando estamos congregados „en el lugar que se nos ha concedido para el culto, levantamos las „manos orando, tenemos la cabeza „siempre descubierta, y no tenemos „otro maestro que nos enseñe á orar „sino el corazon (g).„

¡Qué espectáculo tan piadoso el ver en aquellos primeros tiempos del Chris-

(g) Manibus expansis, capite nudo, denique sine monitore, quia de pectore, oramus. Tertull. Apologet.

Christianismo á los fieles concurrir en grande número á aquellos lugares pobres y ocultos, á adorar en ellos con fé al Señor, dirigirle con amor sus fervorosas súplicas, y consagrarse enteramente á su servicio! ¡O tiempos felices! ¿no tendrémos algun dia el consuelo de veros renacer?

CAPITULO II.

Constantino promulgó un edicto en favor de los Christianos, se convirtió á la fé, y protegió á la Iglesia.

Delinear el retrato de Constantino, seria pintar un Príncipe suscitado de Dios, para la execucion de sus designios misericordiosos. Su conversion es la época dichosa de la paz de la Iglesia. Desde entónces los hijos de aquella madre, hasta allí afligida y perseguida, han gozado tiempos pacíficos, sus Ministros han sido honrados y respetados, sus fiestas ce-

lebradas con pompa, y sus enemigos abatidos. Se ha dexado ver libremente con toda su belleza y todo su esplendor. Semejante al Sol que cubierto de una espesa nube, la penetra, y vuelve á aparecer con todo su esplendor, salió la Iglesia despues de trescientos años de persecuciones, de la obscuridad en que estaba abismada, y apareció brillante.

Dios, pues, destinaba un protector á la Iglesia en la persona de Constantino. Este Príncipe, nacido en el Paganísmo, puso su gloria en la Cruz del Salvador, y no triunfó sino por ella. La providencia le abrió camino al imperio, porque ella es la que dispone de los tronos y de las coronas. Pero Constantino no recibió esta dignidad suprema, sino para extender la Religion Christiana, hacerla floreciente, y que reynase sobre las ruinas del Paganísmo abandonado y destruido.

Eligió Dios el momento de su exâltacion al imperio para cum-

cumplir sus designios. La Iglesia, perseguida hasta entónces por los Emperadores, tuvo á estos por protectores. La espada temporal apoyó la espiritual. El imperio se unió al Sacerdocio para hacer que Dios reyne, se observe su ley, y su culto se propague.

¡Es posible que los que Dios hace reynar sobre los hombres, tengan tanta facilidad en hacerle reynar sobre sus corazones! Su autoridad obliga á callar á los mayores enemigos de la Religion, ocultándose sin atreverse á hablar. El zelo del Príncipe por la verdad no dexa recurso al error. En vano espera éste la ocasion favorable para manifestarse y sacar la cabeza. Miéntras que el trono está ocupado por un Príncipe religioso y zeloso, el error mudo y entredicho no puede hacer progreso alguno.

El Christianísmo experimentó en aquel tiempo quanto puede la proteccion de un Príncipe Christiano.

Constantino fué proclamado Emperador el año de 306, teniendo entónces 32 años de edad; en el año siguiente fué declarado Augusto por Maximiano.

Todo le prometia esta dignidad suprema, su nacimiento, su valor, y sus qualidades excelentes. Su Padre Constancio habia sido asociado al imperio; y habia mantenido el esplendor de su nacimiento y de su clase con un valor, y unas hazañas que lo hacian comparable con los mas grandes Generales, que fuéron la gloria de los Romanos.

Constantino habiendo sido elevado al imperio, dió pruebas de su valor en los sitios y en las batallas, y de su afabilidad á los Christianos, á quienes amaba, y protegia con una benevolencia anticipada. Digo anticipada, porque aun no habia abrazado nuestra Religion Christiana. Se iba acercando el momento de su conversion, pero aun no habia llegado. Dios le tenia escogi-

gido, y le habia de dar á conocer por medio de un señalado prodigio.

Con efecto Dios se dexó ver, y apareció con magnificencia, mostrándose al Emperador y á todo su exército por el espectáculo brillante de una Cruz luminosa. Marchaba Constantino á la frente de sus tropas, encaminándose á Italia, con determinacion de combatir al tirano Maxencio, que exercia toda suerte de crueldades contra los Romanos.

Miéntras iba siguiendo su marcha, se vió obligado repentinamente á detener, no sin admiracion, el paso á vista de una columna de luz en forma de Cruz, que apareció en el Cielo, sobre la qual estaba esta inscripcion en caractéres luminosos: *In hoc signo vinces*, es decir, por la virtud de esta señal adorable vencerás á tus enemigos. Todo su exército presenció y admiró este milagro.

Pero Dios no se contentó con presentar á los ojos del Emperador

y

y de su exército aquel resplandor divino, que rodeaba la Cruz; quiso tambien que oyese una voz fuerte y poderosa, que pronunció las palabras de la inscripcion, y se sometió á la fé todo su espíritu y su corazon.

Expliquemos el sentido de estas palabras; *In hoc signo vinces*: ¿No es esto lo mismo que si le hubiera dicho: Príncipe, á la sombra y baxo la proteccion de esta Cruz, debeis marchar contra vuestros enemigos: conviene que la planteis en vuestra corona y en vuestras banderas, pues seréis vencedor luego que empeceis á ser discípulo de la Cruz: con esta señal de la salud del mundo pondréis en fuga á vuestros enemigos amedrentados, y la victoria seguirá á vuestras banderas, sobre las que deberá colocarse?

Me parece que estoy viendo en el camino de Damasco á Saulo, deslumbrado con el resplandor de una luz celestial, abatido, postrado en tier-

tierra á impulsos de una voz todopoderosa. Hay mutaciones que Dios hace con una magnificencia y una prontitud, que anuncian el poder y la eficacia de aquellas escogidas gracias, que saca de tiempo en tiempo de sus tesoros, repartiéndolas á quien mas bien le place.

Constantino aunque Pagano no fué un espectador ocioso de esta maravilla; no cerró su corazon á las impresiones que Dios le queria hacer; se sintió penetrado, y se sometió. La gracia mudó repentinamente su corazon, inspirándole menosprecio de los falsos Dioses, con confianza en la Cruz del Salvador.

Entónces fuéron abandonados los ídolos que se llevaban á los combates, y en su lugar se viéron brillar los estandartes en que estaba colocada la señal augusta de nuestra redencion; grabóse tambien la Cruz en las armas y escudos de los soldados. Así pasó la Cruz desde el Calvario á la frente de los Em-

pe-

peradores, y el poder del Crucificado venció el poder de los Césares.

Constantino movido con este prodigio, pensó seriamente en hacerse Christiano. Hizo que le instruyesen en las verdades del Christianísmo. Se cree que fué el grande Ossio, Obispo de Cordova en España, quien le hizo este importante servicio. No se bautizó hasta la edad de 64 años por el Obispo de Nicomedia, que era Arriano. Esta circunstancia no debe hacernos dudar de la firmeza de su fé, porque San Atanasio asegura que profesó siempre sinceramente la fé de Nicea. Si pareció algunas veces que este Príncipe favorecia á los Arrianos, eso fué porque le sorprendian con sus artificios, y los miraba como Católicos. No es cosa nueva al error el ocultarse, no pudiendo hallar entrada en el entendimiento, sino á favor del manto especioso con que se cubre.

Pero por muy digno que nos pa-

rezca Constantino de los mayores elogios, no por eso disimularémos sus defectos. Se le reprehende y con razon su crueldad, de que son pruebas convincentes, su hijo primogenito Crispo, á quien hizo morir por una falsa acusacion de su madrastra; y esta misma Princesa á quien hizo ahogar en un baño muy caliente. ¿Pero acaso es conforme á razon acusarle de faltas cometidas ántes de su bautismo, y borradas con la sangre de Jesu-Christo?

¿Quántos motivos tenemos para alabar á este Príncipe, que procuró la paz á la Iglesia, que la amó y respetó? Representémonos en su reynado despedazados los ídolos, el Paganismo destruido, los Concilios celebrados baxo de su autoridad, para defender la fé católica, y sobre todo el famoso edicto que publicó en favor de los Christianos: entónces no dudarémos aplaudir los elogios magníficos, que le diéron los Concilios y los santos Doctores.

Ved

Ved aquí las palabras de su famoso edicto.

„Despues de haber exâminado „con madurez la Religion que pro„fesan los Christianos, despues de „haber oido los dictámenes y con„sejos de hombres sabios é ilustra„dos, declaramos y mandamos lo „siguiente.„

„Primeramente será libre á todos „nuestros súbditos abrazar el Chris„tianismo, y profesarle pública„mente.„

„En segundo lugar prohibimos, „se les inquiete en sus asambleas, „ántes bien mandamos que todos los „ayuden y protexan, para que pue„dan satisfacer á su piedad, y tribu„tar con tranquilidad al verdadero „Dios el culto que le es debido.„

„En tercer lugar declaramos, que „ponemos toda nuestra confianza en „el Dios de los Christianos, y que es„peramos continuará en bendecir „nuestras empresas, y hacernos co„nocer los efectos de su bondad y „de

„de su amor. En consequencia de „estas disposiciones que el Todo- „poderoso ha impreso en nuestro „corazon, queremos que todos los „Christianos, que hasta aquí han „sido oprimidos y perseguidos, sean „libres y protegidos.„

„Mandamos, que sin dilacion y „sin gasto alguno, sean puestos en „posesion de sus bienes, se re- „edifiquen sus Templos, y que to- „dos los gastos que se vieren pre- „cisados á hacer para el exercicio „de su Religion, se saquen de nues- „tros fondos, teniendo á mucha „gloria contribuir con nuestra auto- „ridad y liberalidades al engrande- „cimiento y á la magnificencia del „culto del verdadero Dios (h).„

¿Qué cosa mas favorable á los Christianos que este edicto? ¿Podia manifestar mejor Constantino su re-

pe-

(h) Euseb. hist. lib. 10. cap. 5. Edicta Constantini, & Licinii.

peto y su amor á la Religion Christiana? ¿Podia hacer conocer mas claramente en todo el imperio sus sentimientos? ¿No se creeria que este Emperador era ya Christiano, oyéndole hablar así?

Pero no paró aquí el zelo de Constantino por nuestra santa Religion: trabajó tambien en destruir la idolatría con tanto zelo, que aun siendo Pagano parecia un Apóstol. Y así Eusebio que pronunció su panegírico, tuvo cuidado en ponderar este rasgo en que tanto interesa su gloria. „Aquel religioso Prín„cipe, dice, abrasado de un fuego „todo divino por extender el culto „del verdadero Dios, se apoderó „de los Templos de los Paganos, „se los donó á los Christianos pa„ra purificarlos, y consagrarlos des„pues al Rey de los Reyes, So„berano y solo Señor de todas las „cosas (i).„ No

(i) Euseb. hist. lib. 10.

No debe admirarnos que los Christianos aceptasen los Templos de los Paganos, en cuya posesion les ponia Constantino. La Iglesia en adelante se sirvió tambien de sus Templos, despues de haberlos purificado. No hay inconveniente alguno en que un Templo que ha servido al culto de los ídolos, sirva despues al del verdadero Dios, quando ha sido purificado y consagrado con las bendiciones de la Iglesia.

Acabemos el retrato de nuestro grande Emperador, y hagamos ver el zelo con que combatió la heregía, despues de haber destruido el Paganismo. Arrio, famoso Heresiarca, se habia formado un partido numeroso. Jamás los hereges fuéron mas atrevidos, mas astutos, ni mas fecundos en expresiones equívocas. Constantino desvaneció todas las nubes con que procuraban obscurecer la verdad: vióla con todo su esplendor, mandando congregar

en Nicea un Concilio numeroso, para defenderla contra los insultos temibles de sus enemigos.

Se vió comparecer en medio de aquella célebre asamblea al Emperador, este zeloso Protector de la Iglesia, colocado en un lugar eminente. El Sacerdocio respetó al Imperio, la espada de Constantino se unió á la espada de Pedro. El Príncipe oyó á los Jueces de la fé, como á sus maestros: los Jueces de la fé respetáron al Príncipe como representándoles el mismo Dios, del qual solo recibe su poder. Este mútuo respeto ácia los límites sagrados, que separan las dos potestades, hizo que no se ocupasen, sino en hacer triunfar la verdad, y proscribir el error.

Este último pasage del zelo de Constantino por la Religion Christiana, es bien capaz de perfeccionar el carácter de este grande Emperador, á fin de significar por él la proteccion que concedió á la Iglesia.

CA-

CAPITULO III.

Constantino mandó edificar la primera Iglesia, y muchas otras; Justiniano uno de sus sucesores imitó su exemplo.

La piedad de los Soberanos es magnífica, la autoridad y la opulencia juntas ayudan á su zelo. Como son ricos y poderosos pueden executar los grandes proyectos que ella forma para la gloria de Dios y de su culto. La piedad de un Christiano, cuyos bienes son limitados, no puede sino desear los establecimientos, y las fundaciones necesarias para la gloria de Dios y la salud de las almas. Todo su poder se limita á sus deseos y á sus oraciones: puede muy bien anhelar, solicitar, instar, pero no se halla en estado de poder executar.

La piedad de los Christianos opulentos solo puede contribuir á al-

gunas empresas grandes. Las rentas mas considerables para un particular aun son muy limitadas para los grandes proyectos. Es necesario unir las liberalidades de muchos ricos, quando se trata de establecimientos importantes para la gloria de la Religion, ó el alivio de los miembros de Jesu-Christo.

Pero quando un Monarca tiene zelo por la Religion, quando la piedad reyna en su corazon, y le induce á formar proyectos para extender el culto divino, quando santamente zeloso para hacer que Dios reyne, excita la piedad de sus súbditos con la magnificencia, con el esplendor del servicio divino, con la ereccion de nuevos Templos, y con las riquezas de que los colma: ¿quién, pues, podrá detenerle, ni impedir que lleve al debido término tan piadosos designios? ¿La autoridad y opulencia no fundan acaso con todo poder su piedad?

Esto es cabalmente lo que suce-

cedió en el reynado del Emperador Constantino, luego que se convirtió á la fé. Si no se considerara que era Señor de un grande imperio, y que tenia rentas correspondientes á su dignidad suprema, causara admiracion de que hubiese podido executar todos los piadosos proyectos, que su zelo le dictaba. Pero era Emperador, y Emperador zeloso, con que todo le era posible.

Luego no es extraño que hubiese mandado edificar tantas Iglesias, que las adornase y dotase. Las liberalidades reales estan siempre colocadas al lado de la magnificencia, quando se trata de hacer pomposo el culto del Rey de los Reyes. Nuestros Monarcas han dado casi inumerables exemplos de esto. Los Templos sobervios de S. Lorenzo, y el del Palacio Real de los inválidos es una prueba evidente de lo que he afirmado; estos solos edificios bastarian para probar la piedad, y eternizar la memoria de Felipe II. de España, y de Luis el Grande de Francia.

La primera Iglesia, edificada por el zelo y piadosas liberalidades de Constantino, fué la de Ciro, de la que era Obispo Paulino (k).

Esta Iglesia en la persecucion de Diocleciano habia experimentado la misma suerte que todas las demás. El Emperador formó el designio de reedificarla. Mandó formar el plan de un edificio suntuoso, que fué diestramente executado. Se vió aparecer sobre aquellas tristes ruinas una nueva Iglesia mas magnífica que la primera. Y fué tanto lo que agradó á todos el gusto y belleza de su arquitectura, que sirvió de modelo este Templo para los demás que en adelante se construyéron.

Así que sucedió el milagro de la invencion de la verdadera Cruz, mandó Constantino edificar una Iglesia sobre el monte Olivete para honrar el lugar, desde donde nuestro Sal-

(k) Euseb. hist. lib. 10. cap. 3.

Salvador subió al Cielo á los quarenta dias despues de su Resurreccion.

Mandó tambien edificar una en Belen, en donde el Verbo eterno, que habia encarnado para nuestra salud, quiso nacer.

Estos edificios eran suntuosos, grandes, adornados, y dotados por Constantino, á fin de que se ofreciese en ellos continuamente el Oficio divino, y que la magestad y pompa de las ceremonias anunciasen la grandeza y el soberano poder del Dios de los Christianos.

Nunca podrémos admirar bastantemente la tierna y magnífica piedad que tuvo este Príncipe á los Santos lugares. Nada prueba mejor la viva fé con que creia los misterios incomprehensibles de la Encarnacion y Redencion, que el profundo respeto que mostró tener á aquellos famosos teatros de un Dios Salvador.

Constantino mandó tambien edificar muchas Iglesias en Nicomedia y Antioquía. Los Christianos tuvié-

ron Templos en todas las ciudades; podian congregarse cómodamente, y estaban animados por el zelo de su Protector, que adornaba estos Templos, establecia en ellos Ministros para cantar las alabanzas del Señor, celebrar los sagrados misterios, instruir los fieles, y elevar su espíritu con el aparato magestuoso de nuestras ceremonias.

Pero Roma fué donde particularmente señaló nuestro piadoso Emperador su zelo con mas esplendor y mayor magnificencia. En esta ciudad fué donde se viéron los mas suntuosos edificios en honor del verdadero Dios. Este religioso Príncipe quiso que se edificasen Templos á solo Dios, Criador de Cielo y tierra, sobre las ruinas de los Templos de los Paganos, y borrar la gloria del sobervio Capitolio, con la gloria que sucedió á los oprobrios del Calvario, y que Roma Christiana excediese á Roma Gentil en el número, magnificencia y riqueza de sus Iglesias. Cons-

Constantino hizo, pues, edificar en Roma una sobervia Basilica que llevaba su nombre, y se llamó por largo tiempo la Basilica Constantiniana ó Iglesia del Salvador. La edificó donde estaba el Palacio de la Emperatriz Fausta, su muger. Este Templo se llamó la Iglesia de S. Juan de Letran, ya porque el palacio de la Emperatriz Fausta era llamado la casa de Letran, ántes que la habitase, ya por haber mandado construir allí un Batisterio, donde estaba colocada la imágen de San Juan. Antes que se hubiese edificado esta Iglesia en el Palacio de la Emperatriz, se habia allí celebrado un Concilio contra los Donatistas.

La piedad de este Príncipe no se limitó á la construccion de este magnífico Templo, mandó edificar muchas otras Iglesias en Roma, de que voy á hacer mencion: la Iglesia de San Pedro en el Vaticano, en lugar de un Templo de Apolo; la de San Pedro en el parage donde

su-

sucedió su martirio; la de Santa Cruz en la casa de Sertorio; las de Santa Ines, de San Lorenzo, San Marcelino y San Pedro Mártires. En esta última se enterró Santa Elena, Madre del Emperador.

Constantino no podia dexar de edificar un Templo en honor de la Cruz: brillaba ésta delante de sus ojos aun quando era Gentil, y habia hecho la conquista de su corazon. Demás habia sido testigo del milagro que habia sucedido, quando su Santa Madre tuvo la felicidad de hallar en Jerusalen aquel instrumento precioso de nuestra salud.

En fin, Constantino mandó edificar una Iglesia magnífica en Constantinopla, que ántes se llamaba Bizanzio. Hizo consagrar esta Iglesia con la advocacion de los Santos Apóstoles, y la eligió para lugar de su sepulcro.

El zelo de este grande Emperador por la Religion, su gloria, sus progresos, merecen sin duda nues-

tra

tra admiracion y nuestros elogios. Hé aquí un hecho que manifiesta claramente hasta qué punto llevaron los Griegos la veneracion ácia este Príncipe. Honran todos los años su memoria en 21 de Mayo. Tanto como hizo por la Iglesia les obligó á darle culto público y celebrarle en sus fastos.

Pero se dirá, Constantino á instancias de Eusebio de Nicomedia desterró á Treveris á San Atanasio, el hombre de la Iglesia, y el azote de los Arrianos. ¿Cómo se podrá colorear un procedimiento tan injusto? No pretendo justificar su conducta, y sí solo disminuir su culpa. Eusebio de Nicomedia, que era un hombre falaz, obscuro, y hábil político, se habia introducido muy bien en la Corte y con el Emperador, cerca del qual residia siempre. Constantino fué engañado por este político artificioso, é hizo violencia á su corazon para desterrar á San Atanasio.

En

En lo demás aquel ilustre defensor de la Divinidad del Verbo, á cuyo dicho podemos muy bien atenernos, asegura que Constantino continuó en la fé de Nicea hasta morir

Pasemos ahora al Emperador Justiniano, uno de los sucesores de Constantino, y hallarémos en él un fiel imitador del zelo de aquel gran Príncipe en edificar Iglesias.

Justiniano sucedió á su tio Justino. Subió al trono imperial en la edad de 42. años en 1 de Abril de 527. Su reynado fué de 39 años, y así vino á morir de 81. Pocos Príncipes viven tan larga vida. Este de quien hablamos debió su salud y largos años á su sobriedad, que fué casi excesiva. Así es que no prolongan la vida, ni la cantidad ni la delicadeza de los manjares, ántes contribuyen para abreviarla.

Jamás Príncipe alguno manifestó un zelo tan ardiente como Justiniano en edificar Iglesias, adornarlas y dotarlas. Casi todos los dias

se

se veian levantar en su imperio nuevos monumentos de su piadosa magnificencia. Con todo no abandonaba los Templos vivos del Espíritu Santo, por construir y enriquecer edificios materiales.

Si alguno preguntare de donde salian todos estos fondos, es fácil dar la respuesta: era sóbrio, desprendido de los placeres, retirado, y esto en grado excesivo, si se mira que era un Emperador. Todos los Príncipes que procuren imitarle, fácilmente se hallarán en estado de suministrar todo lo necesario á los mayores gastos.

Procopio, Autor contemporáneo de Justiniano, nos ha conservado la noticia circunstanciada de las Iglesias que este Emperador mandó edificar. Por de contado mandó edificar una en su misma casa en honor de los Santos Apóstoles. Para enriquecerla escribió al Papa suplicándole le enviase reliquias. En lo que se echó de ver su devocion á las

las reliquias de los Santos qué honran la Iglesia.

Mandó construir treinta y una en Constantinopla, siendo entre todas la mas considerable la de Santa Sófia. Un número tan grande de Templos construidos en una sola ciudad por la liberalidad del Príncipe, facilitaba á los Christianos, que en ella habitaban, la oportunidad de poderse congregar con freqüencia y comodidad para celebrar el servicio divino.

Los Christianos al presente gozan la misma ventaja. No faltan Iglesias en nuestras ciudades. Muy bueno seria que la facilidad, que tienen de congregarse, no hubiese engendrado el disgusto, y aumentado el número de desertores de nuestros Templos privilegiados, quiero decir, de nuestras Iglesias Parroquiales.

Justiniano hizo tambien edificar veinte y una Iglesias en la Asia menor, en la Syria, y en la Palestina, y además

más once en el Africa. Así fuéron sesenta y tres las que mandó construir, sin contar otras muchas de que habla Procopio en general, y cuyo número no se señala.

Este Emperador fundó tambien diez hospitales y veinte y tres Monasterios. Además de que no fuéron todos estos piadosos establecimientos los únicos servicios que Justiniano hizo á la Iglesia. La sirvió tambien con sus sabias leyes y sapientísimos escritos. Tambien la edificó por la regularidad de sus costumbres, por la dulzura, y sabiduría de su gobierno, por una conducta irreprehensible, y el rigor de sus ayunos.

Todo lo qual ofrece á sus Panegiristas un dilatado campo. Así los Griegos celebran la memoria de este Príncipe en el segundo dia del mes de Agosto.

¿Pero qué es lo que veo? Una espesa nube cubre esta brillante pintura, y obscurece todo su esplendor. Justiniano, que se habia someti-

tido siempre á la Iglesia y á sus decisiones, que la habia consultado en todas sus dudas con la docilidad de hijo, concibe el pensamiento de erigirse en Doctor suyo. Hinchado con sus vanos conocimientos intentó penetrar las magestuosas obscuridades de nuestros misterios; se perdió, se desvaneció en sus ideas, segun la expresion de San Pablo, y sin esperar el juicio de la Iglesia, decidió atrevidamente sobre las materias de fé. Un grande deseo de ser tenido por un profundo Teólogo, fué la causa de caer en este exceso.

¡Qué feliz hubiera sido Justiniano, qué digno se hubiera hecho de nuestros elogios, si hubiera sabido distinguir las funciones de las dos potestades, y los límites sagrados de cada una! Hubiera sabido que Dios da á los Soberanos los conocimientos necesarios para gobernar sus pueblos, y á los primeros Pastores de su Iglesia las luces necesarias para juzgar de las ma-

materias que pertenecen á la fé. Qualquiera que intenta salir de su esfera, se expone siempre á un grande peligro. Las intenciones mas rectas no pueden en tal caso excusarse. No obedecemos las órdenes de Dios, y esto basta para que seamos culpables.

En lo demás Justiniano quizas abandonó ántes de morir sus opiniones contrarias á la doctrina de la Iglesia. Así debemos apetecer que haya sucedido, por agradecimiento á un Príncipe que tuvo siempre un zelo tan piadoso y magnífico para edificar Templos al Señor.

CAPITULO IV.

Del zelo de los Christianos en el siglo undécimo para edificar Iglesias. Razones que los movièron á obra tan santa.

En todos los siglos ha habido Christianos zelosos en procurar la pompa del culto divino. Persuadi-

dos de la necesidad de un culto exterior para elevar al hombre con sagradas ceremonias, que llamen la atencion de la alma, no omitiendo diligencia alguna para edificar Templos, cuya hermosura, riqueza, ó á lo ménos la decencia anunciasen la grandeza del que es adorado en ellos.

Hasta el siglo nono se viéron con un gozo mezclado de respeto sobervias Catedrales, célebres Abadías, ricos Monasterios, y un gran número de Iglesias Parroquiales construidas en los campos. Todos estos sagrados edificios eran otros tantos monumentos de la piedad, y de la magnificencia de nuestros Reyes, de los grandes Señores, y de los fieles zelosos de la gloria de Dios.

Pero en el siglo nono experimentáron las Iglesias tan terribles tempestades, como los dos famosos templos de Jerusalen, de que hemos hablado en la segunda parte de esta obra. Casi todas fuéron pro-

fa-

fanadas, robadas, destruidas, quemadas, y las preciosas reliquias de los Santos tratadas con ignominia.

Los Ministros mismos de los santos Altares, los Obispos, los Sacerdotes y Religiosos experimentáron el furor de los que cometian aquellos sacrilegios. Se viéron en muchos parages las ruinas del santo Templo, bañadas con la sangre de los Ministros del Señor. Todos estos hechos los atestigua la prefaccion del Concilio de Maguncia (1).

Los pueblos del Norte, los Normandos se habian extendido por todas partes para cometer tan abominables excesos. Su furor no tenia límites, sola la fuga podia libertar de su rabia. Estos eran entónces pueblos feroces, que no respetaban ni lo sagrado, ni lo profano, ni se les podia suavizar con súplicas ni lágrimas.

Ultimamente se logró disipar á fuer-

(1) Tom. 9. Concil. pag. 401.

fuerza de numerosos exércitos estos pueblos sin humanidad y sin religion. No se pudo respirar, hasta que se viéron precisados á huir. ¿Pero qué espectáculo tan triste se vió entónces? Quán suficiente era para dexar sumergidos en la mas profunda amargura á los Christianos zelosos. Muchos Cánones del Concilio de Maguncia, celebrado en el año de 888, nos refieren los estragos que hiciéron aquellos pueblos sacrílegos, y las indignidades que cometiéron con las Iglesias.

Esta fué la causa porque los Padres del Concilio permitiéron en el Canon nono, celebrar en Capillas el santo Sacrificio, hasta que se reedificáron las Iglesias destruidas por los Normandos. Permitió tambien que quando en un viage no se hallasen Iglesias, se pudiese decir Misa en el campo, ó baxo de una tienda, con tal que hubiese una tabla de Altar consagrada.

Los Christianos hiciéron ver entón-

tónces el mismo zelo en reedificar sus Iglesias, que el que mostráron los Judíos en la reedificacion del Templo de Jerusalen. Cada uno consultaba mas á su Religion, que á sus rentas; y se puede decir, que los fieles en aquella triste situacion fuéron otros tantos Ezequías, Josías, Zorobabeles, y Nehemias, que se aplicáron con un santo ardor, y con un espíritu infatigable á levantar las ruinas de los Templos del Señor. Así la misma historia nos dice, que casi todas las Iglesias se reedificáron en poco tiempo en Italia, en las Galias y en los mismos campos.

Aunque por la misericordia de Dios este reyno floreciente se halle al presente tranquilo, y la Religion y poder de nuestro Monarca mantengan la santidad y la gloria de nuestros Templos, con todo hay motivos para excitar aun el zelo de los Christianos poderosos.

¿Quántas Iglesias no hay caidas?

¿Quántas estan para arruinarse, quántas hay pobres, y aun indecentes en las Aldeas? ¡Ah! dónde se halla en nuestros dias el zelo de los Christianos del siglo undécimo! ¡Ah! se miran con insensible corazon las ruinas y la pobreza de los Altares. El luxo todo lo absorve; se viste ricamente un cuerpo que pronto se destina á la corrupcion y pasto de los gusanos: y los Templos de Dios vivo estan despreciados, sus Ministros vestidos con ornamentos tan indecentes, que se avergonzaria de llevarlos un hombre de mediana fortuna. ¡Oh, quánto hemos degenerado de la piedad de nuestros antipasados!

Un Señor de la Parroquia tiene gran cuidado de que se le hagan en el santo Templo los honores debidos á su carácter: hace vanidad de tener una sobervia casa de campo, en la que todo esté segun reglas, y atrayga la curiosidad y aplauso de los que la ven: es insensible

ble á la pobreza de su Iglesia; el único adorno que pone en ella (si éste es adorno) son sus armas que manda poner en las paredes. ¿Qué títulos son estos para ser el único á quien se deba respetar?

No obstante, es preciso confesar que debemos hacer justicia á muchos Señores de Parroquias. Se ve que muchos destinan gustosos una parte de sus rentas al adorno de sus Iglesias, y que se creen obligados á mantenerlas con la decencia que es debida á la Magestad de aquel que se adora en ellas, y la santidad de nuestras augustas ceremonias. ¡Oh, quiera el Cielo que su exemplo mueva á los demás, y los excite á imitarlos!

Voy á referir un hecho, que prueba claramente, quán apartados estamos del zelo que los Christianos del siglo undécimo tenian en edificar y adornar las Iglesias. He visto en muchas ciudades de Provincia unirse los Ciudadanos é impo-

nerse cierta contribucion para hacer un fondo á una compañía de Comediantes, y hacerles un teatro; pero nunca los he visto que escotasen con gusto, para reedificar las ruinas de una Iglesia, ó para adornarla con la decencia conveniente. Solo la autoridad, ó por mejor decir la fuerza, es la que puede costreñir á los Christianos de hoy dia, á contribuir con disgusto á estos gastos piadosos, que nuestros Padres hacian con tanta alegría, y con cierta profusion.

Pero se dirá con una risa irónica, nuestros Padres eran unos buenos hombres; convengo en ello, y mejores que nosotros. En lo demás eran mas ricos que nosotros á pesar de todos los gastos que hacian en las Iglesias. Parece que Dios les volvia ciento por uno en la frugalidad de su mesa, y hallaban unos fondos inagotables en la sencillez de sus vestidos y muebles. ¿Eran acaso de menor entendimiento, ó mé-

ménos dignos de estimacion, porque se alimentaban de mejores manjares, mas sanos y mas comunes? ¿Porque se vestian mas sencillamente, porque sus muebles eran ménos suntuosos, y no los mudaban á cada estacion? Piense cada uno como quisiere, yo por mi parte creo, que eran mucho mas sabios que nosotros. ¿Y se puede negar que eran mucho mas religiosos?

Suplico al Lector me disimule esta pequeña digresion, el respeto con que miro la memoria de nuestros padres, deberá excusarla.

Para no cortar el hilo de mi narracion y de las reflexîones que me han parecido convenientes al asunto, he reservado para este lugar una objecion que puede ponerse acerca de los destrozos que hiciéron los Normandos en las Iglesias.

¿Por qué, preguntará alguno, Dios, que preside en nuestros santos Templos, y que debe ser su defensor, permitió que aquellos pueblos

blos furiosos los profanasen, robasen y aun destruyesen?

A esta pregunta podria yo responder que los juicios de Dios son impenetrables á la prudencia humana, y que no pertenece al hombre tomarle cuentas de su conducta. Pero creo que puedo responder sin ofensa de la Magestad Divina, que permitió Dios á los Normandos cometer una infinidad de excesos sacrílegos, ó por excitar la piedad de los justos, ó por castigar la infidelidad de los christianos, y las profanaciones que cometian en las Iglesias, debiendo tener en la paz del Christianismo el mismo zelo y fervor que tuviéron en el tiempo de las persecuciones, que es lo mismo que dexamos dicho, hablando de las profanaciones, y total destruccion de los dos Templos de Jerusalen.

TA-

TABLA

De los Capítulos y Artículos contenidos en este Tomo I.

Prefacio y division de esta obra. 9.

PARTE PRIMERA.

Historia de los Templos de los Paganos. 1.

CAPITULO I. *Antigüedad de los Altares en general, y de los Templos de los Paganos.* ib.

ART. I. *Antigüedad de los Altares en general.* 2.

ART. II. *Antigüedad de los Templos de los Paganos.* 10.

CAP. II. *Los Paganos tenian formada alta idea de sus Templos.* 20.

CAP. III. *La ruina de los Templos de los Paganos, anunciada por sus Oráculos y por los Profetas inspirados de Dios.* 32.

CAP. IV. *Zelo del Emperador Teodosio en*

en destruir los Templos de los Paganos. 48.

SEGUNDA PARTE.

Historia de los Templos de los Judíos en Jerusalen. 65.

CAP. I. *Del primer Templo de Jerusalen edificado por Salomon.* 66.

CAP. II. *Porque no quiso Dios que David edificase el Templo de Jerusalen.* 82.

CAP. III. *Las prevaricaciones de los Israelitas fuéron causa de las profanaciones, y de la ruina del Templo de Jerusalen.* 88.

CAP. IV. *Del segundo Templo de Jerusalen, reedificado por Zorobabel.* 102.

CAP. V. *De las tres dedicaciones del Templo de Jerusalen, que hiciéron Salomon, Zorobabel y Judas Macabeo.* 119.

CAP. VI. *Del respeto que los mismos Paganos tenian al Templo de Jerusalen.* 128.

CAP. VII. *El Templo de Jerusalen, los de*

de los Paganos, y las Iglesias de los Christianos, eran asilos seguros para los que habian cometido algun crimen. Revocacion de este privilegio por el abuso que de él se hacia. 145.

CAP. VIII. *De los vanos esfuerzos que hizo Juliano Apóstata, para reedificar el Templo de Jerusalen.* 159.

TERCERA PARTE.

Historia de las Iglesias. 181.

CAP. I. *De los lugares donde se congregaban los primeros Christianos á orar, y ofrecer el sacrificio.* 182.

CAP. II. *Constantino promulgó un edicto en favor de los Christianos, se convirtió á la fe, y protegió á la Iglesia.* 197.

CAP. III. *Constantino mandó edificar la primera Iglesia, y muchas otras Justiniano, uno de sus sucesores imitó su exemplo.* 211.

CAP. IV. *Del zelo de los Christianos en el siglo undécimo para edificar Iglesias, razones que los movièron á obra tan santa.* 226.

dadas á luz por el Traductor de ésta.

Instrucciones Generales en forma de Catecismo, en las quales, por la Sagrada Escritura y la Tradicion, se explican en compendio la Historia y los Dogmas de la Religion, la Moral Christiana, los Sacramentos, la Oracion las Ceremonias y Usos de la Iglesia: escritas en Francés por el P. Francisco Amado Pouget, Presbítero del Oratorio, Doctor de la Sorbona, y Abad de Chambon. Con dos Catecismos abreviados para uso de los niños. Traducidas ahora nuevamente en Castellano de la edicion original del año 1702. con acuerdo del Excmo. Señor Don Francisco Antonio Lorenzana, Arzobispo de Toledo, Primado de las Españas: nueva edicion en 3. tom. en 8.° mayor: se hallará en las Librerías de esta Corte, á 50. reales en pasta, y á 44. en pergamino.

Catecismo de la Doctrina Christiana para los adultos y niños mas pequeños, ó compendio del Catecismo grande del P. Francisco Amado Pouget, con el Exercicio Cotidiano, &c. Se hallará en las Librerías de esta Corte, á 6. reales en pasta; y se dan tambien separados.

Ordinario de la Santa Misa, con el Com-

pen-

pendio de la Fé, el Exercicio Cotidiano, y algunas oraciones para recibir dignamente los Sacramentos de la Penitencia, y de la Eucaristía; separado del Catecismo grande del Padre Francisco Amado Pouget; un tom. en 8.º se hallará en las Librerías de esta Corte, á 6 reales en pasta.

Oficio Divino en la Fiesta de la Inmaculada Concepcion de Nuestra Señora, con una estampa alusiva á la fundacion de la Real y Distinguida Orden Española de Cárlos III. Se hallará en la Librería de Don Manuel Munita.

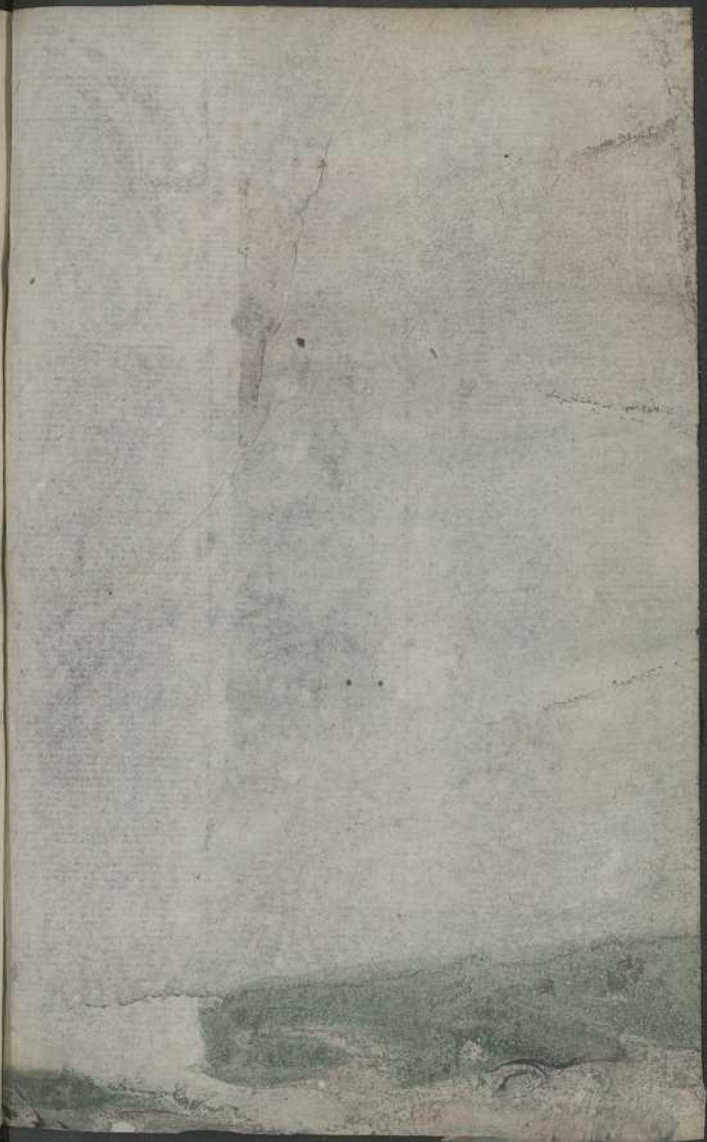
Elogio del Rey de Prusia Federico II, escrito en Francés por el Conde de Guibert: un tom. en 8.º: se hallará en la Librería de Don Manuel Munita.

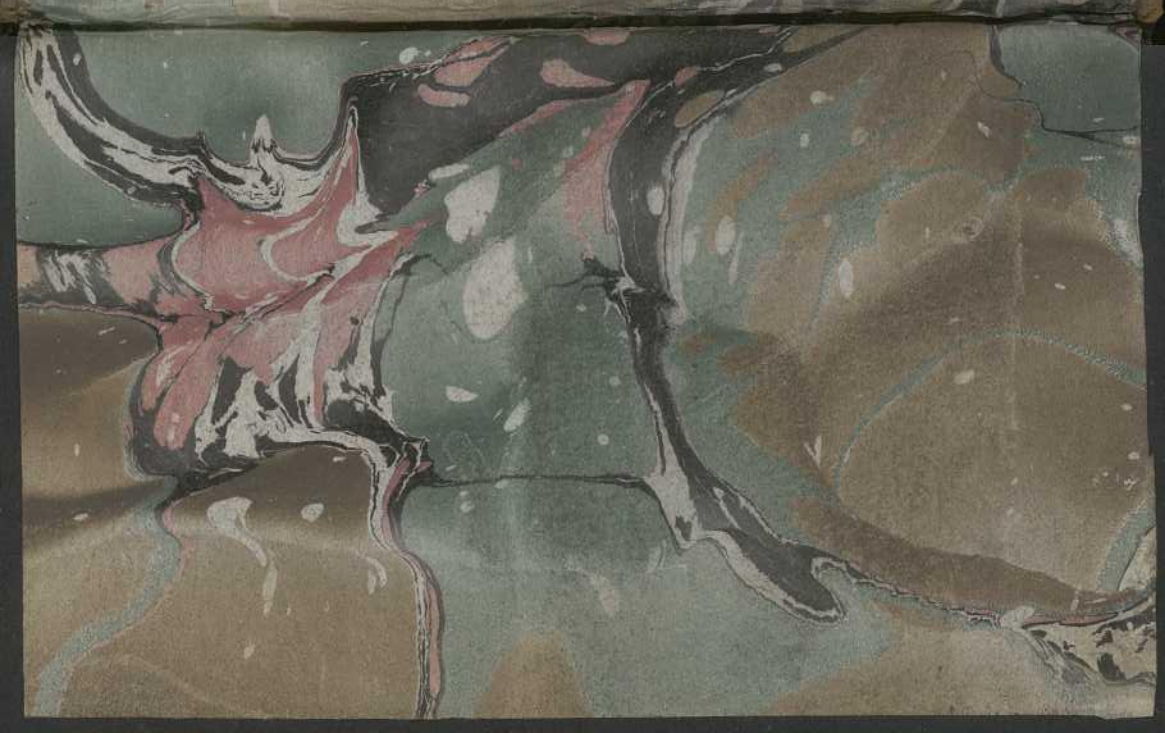
Quaresma Sagrada del Cristiano, ó Epístolas y Evangelios, que canta la Iglesia en la Santa Quaresma, y tres dias de Pascua, con breves reflexiones sacadas de los Santos Padres; el Ordinario de la Santa Misa; y Oraciones para recibir dignamente los Sacramentos de la Penitencia, y de la Eucaristía; un tom. en 8.º: se hallará en la Librería de Don Matias Escamilla, frente de las gradas de San Felipe el Real, á diez reales en pasta.

Cartas de un Español residente en Paris, á su hermano residente en Madrid, sobre

bre la Oracion Apológetica por la España, y su mérito literario; un tomo en 8.° á 9 reales en pasta, en la Librería de Don Matias Escamilla.

Guia del Estado Eclesiástico, Seglar y Regular de España en particular, y de toda la Iglesia Católica en general, que se da á luz todos los años. Contiene todos los principales individuos actuales de la Clerecía, Seglar y Regular de esta Corte: de los Ilmos. Señores Arzobispos, Obispos, Canónigos y Racioneros de todas las Iglesias Catedrales de España y América, y de los Provisores y Vicarios Generales de sus respectivas Diócesis; de los SS. Inquisidores del Santo Oficio de las Provincias, de los Superiores, Generales y Provinciales de las Ordenes Regulares; de los Eminentísimos SS. Cardenales, Nuncios Apostólicos, Patriarcas y Obispos de toda la Cristiandad, &c. un tom. en 12.° con un retrato de N. M. S. P. Pio VI. Se hallará en el Despacho de la Gazeta.





HISTOI
DELOS
TEMPL
I.
12389